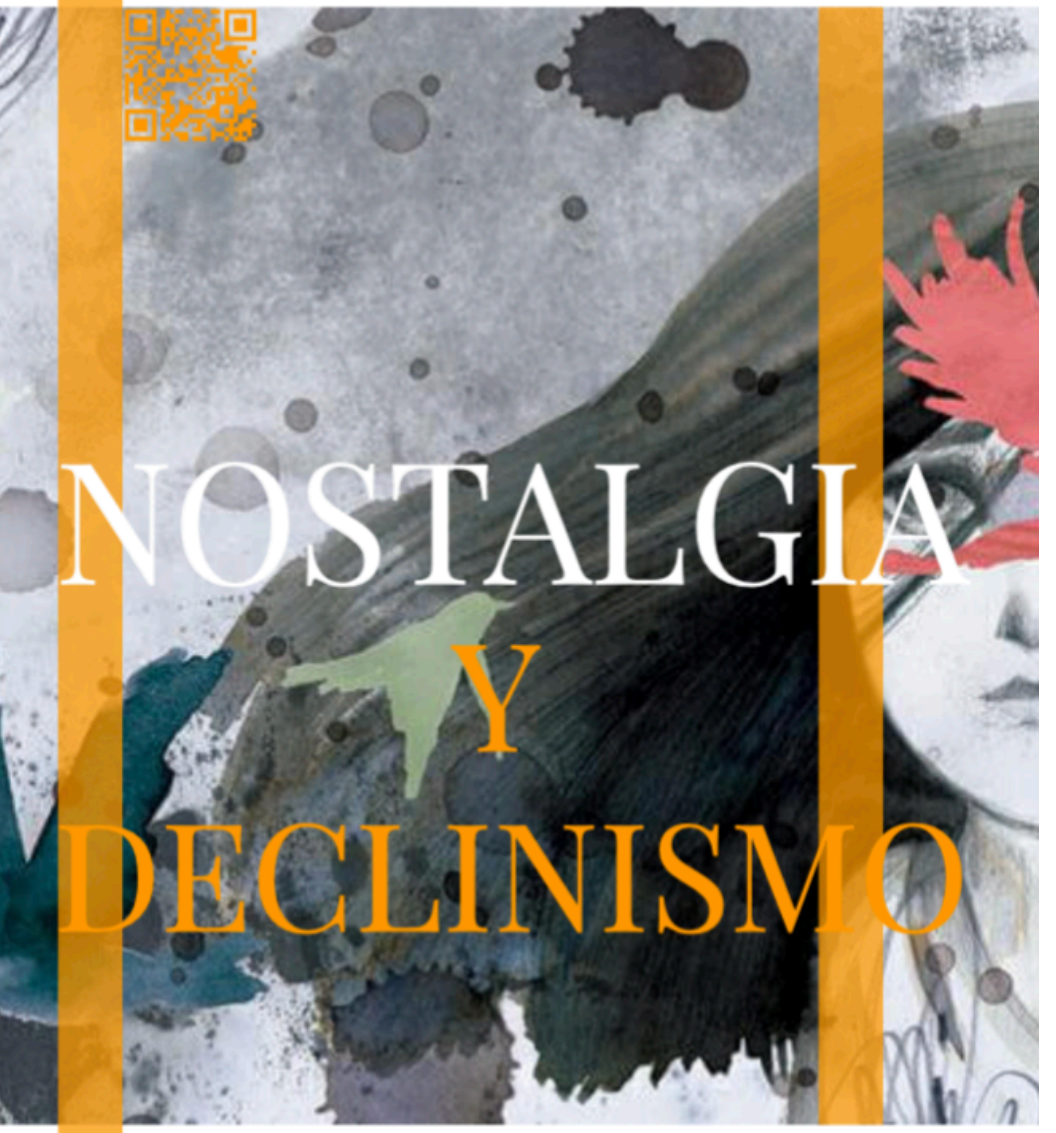

NOSTALGIA Y DECLINISMO

Una novela de Wilbert Wusynth

Nostalgia y declinismo

Una novela de Wilbert Wusynth

Por **Wilbert Wusynth**

Madrid, 2026

©WilbertWusynth

“Nostalgia y declinismo” es una novela coral sobre la memoria, la nostalgia y los usos políticos del pasado en una ciudad marcada por el cierre de su antigua fábrica textil, **la Fontana**, durante mucho tiempo corazón económico y simbólico de la comunidad. El punto de partida es la celebración del centenario de la fábrica, impulsada por el ayuntamiento con una retórica conmemorativa que presenta a Fontana como emblema de una “época dorada”, de comunidad, trabajo, pertenencia e identidad. Sin embargo, a medida que avanza la historia, esa memoria oficial empieza a resquebrajarse y deja ver todo lo que ha sido omitido: explotación laboral, silencios de clase, invisibilización de las mujeres, represión de la protesta, trabajo a domicilio no reconocido y borrados deliberados en los archivos.

Novela co-escrita con IA. Debate ético tras un libro creado con IA: ¿quién es el verdadero autor?

Wilbert Wusynth, coautor de novelas escritas con inteligencia artificial, asume sin disimulo su método de trabajo y lo defiende como una elección consciente de orquestación creativa.
Su método**:** se concibe como un director de cine, no como un guionista. La IA genera la prosa; él aporta juicio, estructura y voz, interviniendo solo cuando el resultado no lo convence. Escribe con sus propias manos alrededor del 10% del texto, sobre todo los diálogos.
Sus tesis principales:

- La categoría "100% escrito por IA" es hueca: ningún modelo genera hoy una novela autónoma de principio a fin sin dirección y edición humana. La IA es amplificador, no autora.
- Rechaza la presión de etiquetar obras por porcentaje de generación artificial. Lo considera imposible de medir y "un poco tonto"; recuerda que los escritores fantasma y los editores extensos tampoco se declaran.
- El debate sobre el oficio le interesa poco: lo que importa es la historia y su capacidad de conmover, no la genealogía de las palabras.
- Acepta que la resistencia de los autores consagrados es comprensible, pero la convivencia entre escritura tradicional y asistida

por IA es inevitable. "El genio ya está fuera de la botella".

- Critica el mal uso negligente de la IA —libros mal escritos por quien no sabe gestionar la herramienta—, no la herramienta en sí.
- Cierra con un matiz: aunque rechaza las declaraciones obligatorias, defiende la divulgación voluntaria, porque la transparencia contribuirá a normalizar el uso. La normalización, dice, vendrá del contacto y la conversación, no de las reglas.

Posición de fondo: ni apocalíptico ni entusiasta ciego. Partidario de la herramienta, crítico con su mal uso, escéptico ante los purismos y convencido de que la buena literatura se reconoce en la página, no en la huella dactilar de quien la tecleó.

Nostalgia y declinismo

Capítulo 1. El aniversario

Nadie hablaba de los malos viejos tiempos; quizá porque para hacerlo había que admitir que el pasado nunca fue inocente.

Cuando colgaron la pancarta del aniversario en la plaza, William sintió alivio antes que alegría, como si al fin alguien fuese a confirmar que no estaba loco y que el mundo, efectivamente, había sido mejor antes.

La lona ocupaba toda la fachada del edificio del ayuntamiento, una tela azul cobalto con letras doradas que decían: *Cien años de Fontana: una ciudad que recuerda*. El nombre no correspondía a un prócer, ni a un fundador, ni a un santo, sino a una fábrica. La Fontana había sido durante décadas el corazón industrial de la ciudad: una empresa de manufactura textil que llegó a emplear a casi la mitad de los trabajadores del municipio, que dejó de existir como tal en 2003 y que ahora, veintitantos años después de su cierre, iba a ser objeto de una conmemoración solemne. El ayuntamiento, en colaboración con la asociación de antiguos trabajadores y un par de fundaciones privadas, había organizado un programa de actos que se extendería durante todo el mes: exposiciones, mesas redondas, un concierto de bandas locales, una misa cantada y una gran velada final en el teatro municipal. El folleto prometía "recuperar la memoria de una época dorada" y "honrar a quienes construyeron el alma de la ciudad".

William leyó el cartel desde la acera de enfrente, con las manos dentro de los bolsillos de la chaqueta de pana y una expresión que, quien no lo conociera, podría confundir con serenidad. Tenía setenta y un años, el pelo blanco pero todavía espeso, los hombros

ligeramente encorvados como los de alguien que ha cargado peso sin querer quejarse. Antes de jubilarse había sido profesor de instituto, primero de Historia y después de Lengua, y durante un tiempo escribió columnas de opinión en el periódico local, donde firmaba piezas melancólicas sobre el declive de casi todo: la autoridad, el lenguaje, el respeto, la familia, el barrio, el silencio. Sus antiguos alumnos lo recordaban como un hombre culto y algo lúgubre, capaz de citar a Unamuno y a Cernuda en la misma frase y de interrumpirse a mitad para mirar por la ventana como si hubiera visto pasar un tren que solo él recordaba.
William no era un hombre amargado, o no del todo. Era un hombre que había confundido la tristeza con lucidez durante tanto tiempo que las dos cosas se le habían pegado a la piel como el mismo abrigo. Su mujer, hacía ya quince años, le había dicho en una discusión que vivía "como si el presente te debiera disculpas", y la frase le había dolido no por inexacta, sino porque no sabía cómo refutarla. Se habían divorciado dos años después.
Lo cierto es que aquella mañana, de pie frente a la pancarta azul, William sintió algo parecido a la compañía. No alegría, no entusiasmo, sino la confirmación tardía de algo que él había sostenido en solitario durante años: que había habido un tiempo en que las cosas funcionaban, en que la gente se conocía, en que un hombre podía caminar por su barrio y cruzar la mirada con otros hombres que trabajaban con las manos y volvían a casa cansados pero enteros. La Fontana había sido ese tiempo, o su símbolo más visible. Su padre había entrado a los catorce años como aprendiz y salió a los sesenta con una placa y un reloj. William mismo, de niño, había cruzado muchas veces las puertas de la fábrica para llevarle la comida, y todavía conservaba el olor en la memoria: aceite,

algodón, sudor, vapor, el tintineo metálico de los telares que se sentía desde la calle como el latido de un animal grande y paciente.

Ahora todo eso era un polígono reconvertido, un edificio de cristal donde funcionaba una incubadora de empresas tecnológicas y un espacio cultural que nadie usaba. Su hijo James trabajaba allí.

James.

William cerró los ojos un momento y siguió caminando.

A seis manzanas de la plaza, en una redacción que se había reducido a dos mesas compartidas y una cafetera que goteaba con la constancia de un reloj defectuoso, Sarah leía el mismo folleto del aniversario en su pantalla y trataba de entender qué le molestaba. Tenía veintiocho años, pelo corto, ojeras que le daban un aire de perpetua concentración, y una manera de fruncir la boca que su madre interpretaba como censura y que su editor interpretaba como "la chica pensando en otra pregunta que nadie le ha hecho". Sarah trabajaba en el periódico digital de la ciudad, un medio pequeño, subvencionado a trompicones, que cubría política local, cultura y sucesos con un equipo de cuatro personas. Ella llevaba la sección de memoria ciudadana, un encargo que se había inventado ella misma y que consistía, según su propia definición, en "contar la historia de la ciudad como si nadie la hubiera contado todavía".

El artículo del aniversario le había llegado por correo a las siete de la mañana. La secretaria del ayuntamiento, una mujer eficiente y algo burocrática llamada Pilar, le había enviado la nota de prensa con una sonrisa digital y un pdf de dieciséis páginas titulado *Programa Oficial de la Conmemoración del Centenario de la Fábrica Fontana*. En las primeras líneas se hablaba de "recuperar el espíritu de una época" y de "honrar la memoria de quienes edificaron la ciudad con su

trabajo". Más adelante, el texto se volvía más concreto: se mencionaba la inauguración de una placa, la publicación de un libro colectivo, una exposición de fotografías cedidas por antiguos empleados y un ciclo de charlas bajo el título *Los valores de la Fontana: esfuerzo, comunidad y pertenencia*.

Sarah subrayó esa frase en su cuaderno y escribió al margen: *¿Quién define los valores?*

No era cinismo. O no solo. Era la costumbre, adquirida en la facultad y afilada en la redacción, de desconfiar de las frases que suenan demasiado bien. Había estudiado Periodismo y un máster en Historia Contemporánea, y en ambos sitios le habían enseñado, con metodologías distintas pero el mismo énfaso, que las conmemoraciones nunca son inocentes. "Un aniversario es un discurso", le había dicho una profesora, "y todo discurso recorta." Sarah había entendido entonces que recordar es seleccionar, y que quien selecciona, gobierna.

Lo que le incomodaba del folleto no era lo que decía, sino lo que no decía. No había mención de las huelgas de los años setenta, cuando la Fontana despidió a ciento veinte trabajadores por exigir mejoras salariales. No había mención de las mujeres que entraron a coser a los dieciséis y salieron a los cincuenta con las manos destrozadas y una pensión de miseria. No había mención de la contaminación del río, que durante años llevó los tintes de la fábrica hasta el grifo de los barrios bajos. No había mención del cierre, de cómo la empresa se fue al norte de África buscando salarios más bajos y dejó a trescientas familias sin nada más que una placa conmemorativa que, por cierto, tampoco llegó a colocarse.

Sarah lo sabía porque había estado buceando en el archivo municipal desde hacía meses, por un reportaje

distinto, y había ido acumulando documentos sin destino claro que ahora, de pronto, parecían tenerlo. Le escribió a su editor: *¿Te importa si hago una pieza sobre el aniversario? No la crónica del acto, sino el contrarrelato.* El editor respondió a los tres minutos con un *sí, pero sin que parezca un panfleto*.

Sarah asintió para sí misma, cerró el portátil y se fue al archivo.

James descubrió la pancarta por la calle, no por el trabajo. Ia caminando hacia el polígono reconvertido donde tenía su oficina, un espacio que compartía con dos socios en una startup dedicada a la gestión digital de archivos patrimoniales, cuando vio la lona azul y se detuvo en seco.

Tenía treinta y cuatro años, el pelo oscuro recogido en un moño flojo, una barba corta que le daba un aire de profesor joven y una manera de andar rápida, casi impaciente, como si siempre fuera hacia algo. Se dedicaba a digitalizar memoria, una paradoja que no le hacía gracia: su empresa consistía en escanear, catalogar y poner en línea fondos documentales de archivos, museos y familias, y sin embargo su padre insistía en que vivía "destruyendo el pasado" por el simple hecho de hacerlo en una pantalla. "Lo que se toca es real", solía decir William. "Lo que se ve en una pantalla es un reflejo." James había discutido esa frase tantas veces que ya no discutía, se callaba, y el silencio entre ambos se iba espesando como una capa de barniz que nadie se atrevía a rascar.

Ver la pancarta le produjo una mezcla de cansancio y aprensión. Conocía el programa del aniversario porque el ayuntamiento había contactado con su empresa para digitalizar parte del material gráfico de la exposición: fotos antiguas, nóminas, cartillas de trabajo, la revista interna de la fábrica. James había aceptado el encargo, le parecía un trabajo honesto, pero desde entonces

sentía que estaba ayudando a construir un relato que su propio padre iba a abrazar como prueba de algo que no lo era.

Lo que le molestaba no era la nostalgia en sí. James recordaba su infancia con afecto: la casa de su abuelo paterno, el olor a café, los discos de vinilo que el viejo ponía los domingos, las caminatas al río con su padre cuando este todavía caminaba derecho. No odiaba el pasado. Lo que le producía rechazo era la conversión de ese pasado en argumento, en arma, en identidad fija. "Antes se vivía mejor", decía su padre, y James pensaba: *¿Para quién? ¿Para las mujeres que no podían tener cuenta bancaria? ¿Para los que no podían decir lo que pensaban sin que los callaran? ¿Para ti, que estabas dentro?*

Pero no decía nada de eso en voz alta. No todavía.

Esa mañana, frente a la pancarta, sacó el teléfono y le mandó un mensaje a Sarah, a quien conocía de la universidad y con quien había coincidido hacía poco en un archivo: *¿Has visto la lona? ¿Vas a cubrir el aniversario?* Sarah respondió a los pocos segundos: *Lo estoy cubriendo desde dentro. Tengo cosas que te van a interesar.*

James no respondió. Guardó el teléfono, cruzó la calle y entró en el edificio de cristal.

John Callerol vio la pancarta desde el coche, no desde la calle. Iba sentado en el asiento trasero de un vehículo municipal, uno de los pequeños privilegios que su cargo de concejal de Cultura le permitía, cuando el conductor redujo la velocidad al pasar por la plaza. "Ahí está, don Juan", dijo el conductor, señalando. "Quedó bien." John miró la lona azul, asintió con satisfacción y sacó el teléfono para mandarle un mensaje a alguien del gabinete de prensa: *Perfecto. Que mañana salga en portada del digital.*

Tenía sesenta y dos años, un rostro cuadrado y simétrico que envejecía bien, el pelo gris peinado hacia atrás con una línea impecable, y una voz grave que había aprendido a modular en años de tertulias radiofónicas y mítines de partido. John era político de los que ya casi no se hacen: local, permanente, tejido en la comunidad como una raíz de árbol viejo. No aspiraba a la presidencia del gobierno ni a un escaño nacional; le bastaba con ser alguien en su ciudad, con ser reconocido al entrar en un bar, con que la gente le dijera "don Juan" con esa mezcla de afecto y deferencia que en otros lugares sonaría ridícula y que aquí funcionaba como moneda social.

John había sido compañero de instituto de William, aunque los años los habían apartado. Mientras William se hundía en la enseñanza y en la melancolía, John había trepado por la política municipal con una constancia sin estridencias: primero como concejal de Obras, después de Fomento, ahora de Cultura. En cada cargo había mostrado un talento parecido: el de leer el ánimo de la ciudad y darle nombre. John no era un ideólogo, era un diagnosticador emocional. Sabía cuándo la gente estaba cansada, cuándo estaba asustada, cuándo necesitaba que alguien les dijera que tenían razón. Y los últimos años habían sido de cansancio y de susto: crisis económicas sucesivas, inmigración que alteraba los equilibrios del barrio, cierre de comercios, noticias de tecnología que reemplazaba empleos, una sensación difusa de que el suelo se movía. John había intuido antes que nadie que esa inquietud podía convertirse en relato, y que el relato podía convertirse en poder.

La conmemoración de la Fontana era suya. No solo la había propuesto: la había diseñado como una pieza política. No era un homenaje, era un dispositivo. Un aparato para producir identidad. El mensaje era simple

y eficaz: hubo un tiempo en que esta ciudad fue algo, en que el trabajo tenía rostro, en que los hombres se conocían y se respetaban, en que las calles eran seguras y las familias eran familias. Ese tiempo se perdió, pero podemos recuperarlo, o al menos podemos honrarlo, y honrarlo es el primer paso para reclamarlo. John no usaba la palabra "decadencia" en público, pero la insinuaba en cada frase. "Volver a ser lo que fuimos", decía, y la gente asentía sin preguntarse muy bien qué había sido eso.

Esa noche, en el despacho del ayuntamiento, John revisó el programa de actos y tachó una charla propuesta por un colectivo de memoria histórica que iba a hablar de los despidos del 78. "No es el momento", escribió en el margen. Y después, con una caligrafía pulcra, añadió: *Invitar a William Aranda como pregonero del acto central.*

Robert Sedano se enteró del aniversario por la radio, mientras limpiaba discos.

Tenía sesenta y nueve años, vivía solo en un piso del barrio alto que olía a madera vieja y a líquido para vinilos, y dirigía una tienda de segunda mano que no daba dinero pero le daba compañía. La tienda se llamaba *Tiempo Pasado*, un nombre que le parecía menos cursioso de lo que sonaba, y consistía en tres estanterías de objetos usados: discos, libros, cámaras, relojes, cartas, postales, algún mueble pequeño. No era un anticuario, era un guardián. Robert coleccionaba lo que otros tiraban, no por valor sino por peso. Un disco rayado le parecía más verdadero que uno nuevo porque había sido escuchado, porque alguien lo había puesto en una mesa y había bailado o llorado o cenado mientras sonaba. Los objetos guardaban lo que la gente no sabía guardar: la textura de un día.

La radio contó que el ayuntamiento iba a celebrar el centenario de la Fontana con un programa de actos, y

Robert dejó de frotar la portada de un disco de Chavela Vargas y escuchó con atención. No fue la noticia lo que le afectó, sino el nombre de la fábrica. La Fontana había sido el lugar donde su padre había trabajado durante treinta años y donde él mismo, durante un verano, había entrado como peón antes de que todo se fuera al carajo. Pero no era eso lo que le dolía. Lo que le dolía era que su mujer, Ana, había cosido para la Fontana en los últimos años, cuando la empresa externalizó parte de la producción a domicilios particulares, y que ese trabajo, que le destrozó las manos y le robó las tardes, fue lo que permitió a los dos pagar el alquiler del piso en el que Robert ahora vivía solo. Ana había muerto hacía nueve años. El disco de Chavela Vargas era suyo.

Robert no hablaba casi con nadie. Tenía una hija que vivía en otra ciudad y que lo llamaba los domingos, y un par de amigos viejos que pasaban por la tienda a veces y se quedaban mirando los discos sin comprar nada. William era uno de esos amigos, aunque lo veía poco: desde que William se había sumido en su discurso del declive, Robert sentía que las conversaciones con él eran menos diálogos que monólogos con un oyente. A William le gustaba tener razón. A Robert le gustaba escuchar música en la penumbra y recordar cosas que no le debían nada a nadie.

Lo que pensó al oír la radio fue: *Homenajearán a la fábrica, no a la gente que la sufrió.* Y después pensó en Ana, en sus manos, en cómo le había dicho un día, con esa manera suya de quejarse sin quejarse: "Me duele hasta cuando cojo el tenedor." Y después no pensó nada más, puso el disco de Chavela y dejó que la voz de la mujer llenara la tienda como si fuera el único objeto que quedaba en el mundo.

Elizabeth Aguirre recibió la noticia del aniversario con una mezcla de interés profesional y fatiga personal. Tenía sesenta y tres años, pelo gris cortado con severidad, gafas de montura metálica y una postura que una alumna había definido una vez como "de quien ha visto demasiado y ha decidido no bajar la mirada". Era historiadora, catedrática ya jubilada pero activa en seminarios, publicaciones y debates públicos. Había escrito cuatro libros sobre memoria colectiva, mitos nacionales y usos políticos del pasado, y en la ciudad era una figura respetada y algo temida: la mujer que siempre hacía la pregunta incómoda en las presentaciones de libros, la que citaba fuentes en las tertulias, la que desmontaba las frases hechas con una cortesía que dolía más que el insulto.

Elizabeth había conocido a William en la universidad, en los años setenta, cuando ambos eran estudiantes y el país cambiaba de régimen como quien cambia de abrigo. Habían sido pareja durante un tiempo, no mucho, lo suficiente para que ella conociera la geometría de sus tristezas y él aprendiera a desconfiar de las mujeres que leían más que él. La relación había terminado sin estridencias, pero con una herida que ninguno de los dos mencionaba. Ahora, décadas después, se veían en actos públicos, se saludaban con cordialidad distante, y a veces Elizabeth pensaba que William la evitaba no por rencor, sino porque ella era la única persona que podía decirle "no es verdad" sin que él pudiera ignorarlo.

Elizabeth conocía el aniversario de la Fontana porque el ayuntamiento la había invitado a participar en una mesa redonda sobre "memoria e identidad". Había aceptado, pero con condiciones: quería llevar documentos. El organizador, un funcionario del gabinete de John Callerol, había titubeado. "¿Qué tipo de documentos?", preguntó. "Los que incomoden",

dijo Elizabeth. Hubo una pausa. El funcionario respondió que lo consultaría. No la volvió a llamar.
Esa noche, Elizabeth escribió en su cuaderno: *Toda ciudad conmemora lo que le conviene. La memoria oficial es un museo sin vitrina de las vergüenzas.* Y abajo, con letra más pequeña: *Hablar con Sarah. Ella está trabajando en algo.*
Mary Aranda, hermana de William, exesposa de Robert, madre de Sarah, se enteró del aniversario por su hija, que le contó mientras cenaban.
Tenía sesenta y ocho años, pelo teñido de un rubio que no disimulaba del todo las canas, una casa pequeña y ordenada con jardín incluido, y una manera de hablar que parecía tranquila pero que ocultaba una corriente subterránea de observaciones afiladas. Mary era de las personas que no levantan la voz pero que, cuando hablan, dejan marca. Había sido maestra de primaria durante treinta años, se había casado con Robert a los veinticinco, se había divorciado a los cincuenta, y desde entonces vivía sola con una gata y un huerto que cuidaba con la meticulosidad de quien ha aprendido que las cosas no se sostienen sin cuidado.
Cuando Sarah le contó que el ayuntamiento iba a celebrar el centenario de la Fontana, Mary dejó el tenedor en el plato y se quedó mirándola con una expresión que su hija reconoció: era la cara que ponía cuando recordaba algo que le dolía.
—La Fontana —dijo Mary, como si probara la palabra.
—Sí. Papá va a estar encantado.
—Tu padre estuvo encantado toda su vida con cosas que no existieron.
Sarah sonrió, pero Mary no sonrió. Siguió mirándola con esa expresión que no era tristeza sino algo más seco, más parecido a la lucidez de quien ha visto demasiadas veces cómo se adorna lo que convenía adornar.

—¿Sabes lo que yo recuerdo de la Fontana? —preguntó Mary.
—Cuéntame.
—Recuerdo a mi madre cosiendo por las noches, después de lavar, después de fregar, después de atendernos. Cosía para la fábrica, pero en casa. Le pagaban a destajo. Le dolían las manos. Nunca dijo que no estaba bien. Nunca dijo que estaba bien. No decía nada. Tu padre cuenta que en la Fontana había comunidad, y tenía razón: había comunidad entre los hombres. Las mujeres cosían en silencio y no existían en las fotografías.
Sarah escribió la frase en su cuaderno, bajo el título que ya estaba usando para el reportaje: *Lo que no se ve en la lona azul*.
Margaret, la madre de William y Mary, vivía en una residencia en las afueras y tenía noventa y tres años, una edad que llevaba con una lucidez variable pero persistente, como una vela que parpadea pero no se apaga. Nadie le había contado todavía del aniversario, porque la familia no sabía si interesarle o alterarle. Margaret tenía una memoria que funcionaba por oleadas: a veces no recordaba qué había desayunado, a veces recitaba con detalle lo que había pasado en 1956, el año en que su marido entró en la Fontana y ella dejó de tener tiempo para sí misma.
Margaret era el archivo vivo de la familia, pero un archivo que nadie consultaba. William la visitaba poco, no por falta de cariño sino porque verla le producía una incomodidad que no sabía nombrar: la sensación de que su madre podía, en cualquier momento, decir algo que no encajara con la versión del pasado que él había construido en su cabeza. Mary la visitaba más a menudo, y Sarah iba con ella cuando podía.

Esa semana, sin que nadie le hubiera dicho nada del aniversario, Margaret le preguntó a Mary una tarde, mientras tomaban un té en el jardín de la residencia:
—¿Sabes lo que más me dolía de la Fontana?
Mary la miró, sin sorprenderse. Su madre hacía eso: traía cosas del pasado como quien saca una foto de un cajón.
—¿Qué te dolía?
—Que mi marido llegaba a casa orgulloso. Tenía trabajo. Traía dinero. Tenía un sitio en el mundo. Y yo también trabajaba, pero mi trabajo no existía. Yo no existía en su orgullo. Yo era la sombra.
Mary le cogió la mano. Margaret la apretó con una fuerza inesperada y dijo:
—No dejes que nadie haga un homenaje sin mencionar a las sombras.
Esa misma semana, Sarah encontró el documento. Estaba en el archivo municipal, en una caja que alguien había etiquetado como "Fontana, correspondencia interna, 1977-1982", y que nadie parecía haber abierto en décadas. Dentro había cartas, nóminas, circulares, partes de trabajo, y al fondo, bajo una pila de papeles burocráticos, un sobre amarillento con una fotografía. La foto era en blanco y negro, de grano grueso, tomada desde un ángulo que sugería que el fotógrafo no quería ser visto. Se veía la puerta de la Fontana, de día, con un grupo de hombres y mujeres en la acera. Algunos llevaban carteles. La imagen estaba movida, como si hubiera habido empujones. En primer plano, un hombre con bigote y una camisa clara hablaba con un policía. La expresión del hombre no era de rabia sino de cansancio, el agotamiento de quien ha pedido algo que sabía que no le iban a dar. En la esquina inferior izquierda, medio borrosa, se veía una mujer con la cabeza agachada y las manos en la cara. Detrás, en la pared de la fábrica, alguien había pintado con spray

una palabra que la fotografía dejaba incompleta pero que se podía adivinar: *VERGUENZA*.
Sarah le dio la vuelta a la foto. En el reverso, con tinta azul y una caligrafía apresurada, alguien había escrito: *Huelga Fontana, junio 1979. Despido de 120 trabajadores. nadie hablo despues.*
Nadie habló después.
Sarah sostuvo la foto con las dos manos, como si fuera un cristal que pudiera romperse. Pensó en su abuelo, que había trabajado en la fábrica toda su vida. Pensó en su abuela, que cosió para la fábrica desde casa y nunca figuró en ningún parte. Pensó en su madre, que había dicho "las mujeres cosían en silencio y no existían en las fotografías". Pensó en su tío William, que iba a pregonar el aniversario, y en John Callerol, que iba a aprovecharlo.
Y pensó en la pancarta azul de la plaza, con sus letras doradas y su frase programática: *Cien años de Fontana: una ciudad que recuerda.*
Una ciudad que recuerda. Una ciudad que recuerda solo lo que le conviene.
Sarah guardó la foto en una carpeta, apagó la luz del archivo y salió a la calle. El sol le dio en la cara. La ciudad seguía ahí, con su lona azul, sus cafeterías, sus pantallas, sus viejos que caminaban despacio y sus jóvenes que caminaban rápido. Todo parecía normal. Pero ella llevaba dentro una imagen que no encajaba con nada de lo que la ciudad iba a celebrar.
Era la foto de una huelga que nadie había mencionado. La foto de un silencio que se había disfrazado de orden. La foto de una vergüenza que, cuarenta y tantos años después, iba a ser borrada con una placa conmemorativa y un discurso sobre los valores de la comunidad.
Sarah caminó hacia la redacción. Llevaba la foto en la mochila, dentro de la carpeta, como quien lleva una

prueba. Pero no era una prueba contra nadie en particular. Era una prueba contra la costumbre de recordar sin grietas.
La ciudad iba a celebrar su pasado. Sarah iba a contar lo que el pasado callaba.
Y esa noche, en una casa del barrio alto, Robert puso otra vez el disco de Chavela Vargas y no supo que, en una caja olvidada del archivo municipal, una fotografía había empezado a respirar.

Capítulo 2. Lo que recordamos

El archivo municipal olía a cartón húmedo y a algo más difícil de nombrar: el olor de los papeles que han esperado demasiado para ser leídos. Sarah pasó allí las tres mañanas siguientes a su encuentro con la fotografía, sentada en una mesa de fórmica rayada bajo una luz fluorescente que parpadeaba cada doce minutos exactos —lo había contado—, mientras la empleada del fondo, una mujer de sesenta años llamada Dorotea, le traía cajas con la resignación de quien sabe que el pasado, tarde o temprano, molesta.
Sarah no buscaba más pruebas. Ya tenía la fotografía, y una prueba, había aprendido, no funciona por acumulación sino por resonancia. Lo que buscaba era contexto: nombres, fechas, testigos que aún pudieran hablar. Quería entender cómo se construye el silencio, qué mecanismos articulan la memoria que no llora. La huelga de 1979 había dejado rastro, pero un rastro disperso, como si alguien hubiera barrido aposta. En los periódicos locales de los meses siguientes no aparecía ninguna noticia del despido de los ciento veinte trabajadores. Había, en cambio, una crónica

delantera sobre la inauguración de una nueva nave de la Fontana, con foto del alcalde cortando una cinta, y otra sobre un torneo de billar entre fábricas. El silencio, reflexionó Sarah, no siempre es ausencia; a veces es presencia invertida, un ruido que se organiza para no decir.

En la caja de 1980 encontró una carta mecanografiada, sin firma, dirigida al alcalde de entonces. El remitente, un obrero que se identificaba solo como "padre de familia, sin miedo ya", reclamaba que su hijo había sido despedido "por hablar donde no debía" y que él mismo llevaba tres meses sin cobrar la indemnización prometida. La carta terminaba con una frase que Sarah subrayó en su cuaderno: *Se dijo que era por el bien de todos. Mi hijo es parte de todos y no ve el bien.* Al margen, alguien había escrito a lápiz, con letra de funcionario: *Archivado. Sin respuesta.*

A la tercera mañana, Dorotea le trajo una caja distinta, más moderna, de cartón blanco con etiqueta impresa: *Juzgado de lo Social, actas de conciliación, 1979-1983*. Sarah la abrió con cuidado. Dentro había expedientes amarillentos, algunos con grapas oxidadas que manchaban el papel. Encontró la huelga de la Fontana al cuarto archivo: veintiséis folios que documentaban una demanda colectiva presentada por un sindicato ya desaparecido, el Sindicato Independiente de Trabajadores Textiles. Los nombres de los demandantes estaban en una lista mecanografiada, trece en total, con sus números de afiliación tachados después de cada uno. La acta de conciliación, fechada en octubre de 1979, constataba que la empresa "reconoce errores administrativos en la extinción de contratos" y se comprometía a "estudiar" la reincorporación de "aquellos trabajadores cuya situación lo permita". Ninguno de los trece había vuelto. El caso quedó *sobreseído por desistimiento de*

los demandantes, según constaba en una nota posterior de 1981. Sarah buscó en los periódicos: no había noticia del sobreseimiento.

Guardó los documentos en su carpeta junto a la fotografía, y al cerrar la caja notó que las manos le temblaban. No de emoción, sino de algo más parecido a la certeza física de que el pasado no es inerte, que pesa, que respira bajo capas de olvido deliberado.

William recibió la invitación del ayuntamiento por correo ordinario, una carta en sobre blanco con membrete dorado que encontró en el buzón de su portal al volver de comprar pan. La leyó de pie, en el rellano, con la bolsa de la panadería en la mano izquierda. *El Excelentísimo Ayuntamiento de la ciudad* le solicitaba, *en atención a su reconocida labor docente y su vinculación con la historia de nuestra comunidad*, que pronunciara el pregón del acto central del centenario de la Fontana. La fecha: quince de septiembre, en el teatro municipal. La duración: veinte minutos. El tema: *El alma de una ciudad. Pasado y futuro de nuestra identidad colectiva*.

Durante un largo momento, William sintió algo que no supo identificar. No era alegría, aunque le halagaba la invitación. No era tristeza, aunque la frase *pasado y futuro* le sonó a epitafio prematuro. Era, quizá, la confirmación de una sospecha que albergaba desde hacía décadas: que su forma de ver el mundo, su melancolía obstinada, no era una enfermedad privada sino una percepción compartida que al fin alguien legitimaba. *Tienes razón*, parecía decirle la carta. *La ciudad era otra cosa. Y tú, que lo viste, eres quien debe decirlo.*

Subió a su piso, dejó la carta sobre la mesa de la cocina y se sentó frente a ella sin quitar la chaqueta. El apartamento era pequeño, ordenado con la precisión de quien ha vivido solo mucho tiempo: libros

alfabéticamente en las estanterías, discos compactos —nunca se había pasado al digital— en una torre junto al equipo de música, una foto de su hijo James a los diez años, en un camping de Asturias, en el aparador. Su mujer, en las fotos, había ido desapareciendo poco a poco, no por rencor sino por una especie de tácito acuerdo entre ex cónyuges: ella había construido una vida nueva en Valencia, con un arquitecto que no leía y que, según William supo por terceros, la hacía reír. Él había construido una no-vida, una permanencia en el umbral donde la tristeza es hábito y el hábito es hogar.
Pensó en qué diría en el pregón. Había dado conferencias, lecciones inaugurales, discursos de despedida a compañeros jubilados. Sabía modular la voz, hacer pausa antes de la cita definitiva, dejar que el silencio hiciera el trabajo donde las palabras se cansaban. Pero esto era distinto. Esto era *su* ciudad, *su* fábrica, *su* padre con la placa de jubilación y el reloj que aún guardaba en un cajón. Pensó en el olor de la Fontana, en el tintineo de los telares, en la comunidad de hombres que trabajaban con las manos y volvían a casa enteros. Pensó en que nunca había cosido, que nunca había visto las manos de su madre ni las de su ex mujer, que su nostalgia operaba con una geometría de horizontes masculinos donde las mujeres eran fondo, eran sombra, eran el silencio que permite que el ruido tenga sentido.
Y pensó, sin querer, en una frase de su hermana Mary, años atrás, durante una Navidad en la que el vino había afilado las lenguas: *Tú recuerdas la fábrica, William, pero no recuerdas quién la sostuvo cuando vosotros no veíais.* Había contestado algo, una evasión sobre la dignidad del trabajo, y Mary había cambiado de tema con la rapidez de quien sabe que no vale la pena. Desde entonces, la frase reposaba en algún cajón de su memoria, sin abrir.

Se levantó, fue hasta la ventana. Debajo, en la calle, pasaba una mujer joven con auriculares, mirando una pantalla mientras caminaba. William pensó: *Esa no sabe dónde está.* Y después pensó, casi enseguida: *Y yo, ¿sé dónde estoy?*

James recibió el encargo del ayuntamiento antes de que su padre supiera que sería pregonero. Su empresa, Archivo Vivo S.L., debía digitalizar y catalogar el material gráfico del centenario: trescientas cuarenta y siete fotografías, ciento doce documentos varios, once números de la revista interna de la fábrica y dos placas cinematográficas en soporte Super 8 que nadie sabía si se podían reproducir. El trabajo le pareció técnicamente interesante y moralmente ambiguo desde el principio. Su socio Mateo, especialista en metadatos y optimización de buscadores, se entusiasmó con la visibilidad: *Un encayo municipal, tío. Esto nos mete en circuitos.*;

James no contestó. Estaba mirando una de las fotografías que habían escaneado esa mañana: un grupo de obreros posando ante la puerta de la Fontana, 1963 según el reverso. Eran doce hombres, todos con bigote o perilla, todos con mono o camisa de trabajo, todos mirando a cámara con la expresión solemne de quien sabe que la fotografía es para siempre y que la para-siempre requiere compostura. Detrás de ellos, apenas visible, asomaba una figura femenina con delantal, sosteniendo lo que parecía ser una cesta de ropa. La mujer estaba desenfocada, como si hubiera entrado en el cuadro por accidente, como si la cámara no pudiera verla de otra manera. *Metadatos*, pensó James. *La cámara también tiene sesgos, solo que no los declara.*

Esa noche cenó solo, en un restaurante de ensaladas del polígono reconvertido donde ahora trabajaba, y le escribió a Sarah: *He visto tu mensaje. Tengo material*

que quizá te interesa. No es lo que esperas. Sarah respondió a los dos minutos: *Nunca es lo que espero. Cuándo nos vemos.* Quedaron en un café de la plaza, al día siguiente, a media mañana. James no le dijo nada a su padre. No sabía por qué.

Elizabeth Aguirre recibió la llamada de su exalumna la noche del mismo día en que Sarah encontró el documento del juzgado. La estudiante, ahora archivera en un centro de documentación provincial, le confirmó lo que Elizabeth sospechaba: el fondo documental de la Fontana en el archivo empresarial había sido "depurado" en 2003, coincidiendo con el cierre de la fábrica y la reconversión del polígono. Depurado era la palabra que usaba la administración cuando quería decir otra cosa. Según la exalumna, un veintitrés por ciento de la documentación laboral había desaparecido, y con ella los registros de accidentes de 1987-1993, las actas del comité de empresa de 1978-1982, y algo singular: el legajo completo de una trabajadora llamada Ana Sedano, casada con un empleado de la misma fábrica, fallecida en 2015. *¿Por qué solo ella?*, preguntó Elizabeth. *No lo sé*, dijo la archivera. *Quizá fue error de clasificación. Quizá no.*

Elizabeth colgó y permaneció largo rato en la penumbra de su estudio, una habitación que olía a tabaco de pipa —lo había dejado hacía quince años, pero el olor persistía en los libros— y a papel antiguo. Pensó en William, que sería pregonero. Pensó en John Callerol, que diseñaba la memoria como quien diseña un jardín japonés: cada piedra en su sitio, cada silencio calculado. Pensó en la trabajadora Ana Sedano, cuyo nombre no conocía pero cuyo destello le recordaba algo: una frase de su propia madre, también obrera textil, también invisible en las fotografías, también muerta con las manos destrozadas y sin placa conmemorativa.

Esa noche no durmió bien. A las cuatro de la madrugada se levantó, encendió la lámpara y escribió en su cuaderno: *La memoria oficial es un robo sistemático. Pero el robo deja huella. Y la huella, tarde o temprano, habla.* Abajo, añadió: *Hablar con Sarah. Hablar con William, aunque no quiera oír.*

John Callerol revisaba el programa del centenario en su despacho del ayuntamiento, una estancia con paneles de madera de roble que habían pertenecido a alcaldes de tres siglos distintos y que ahora, según le gustaba decir, *pertenecían a la continuidad*. Le gustaba esa palabra, continuidad. Sonaba a río, a herencia sin fracturas, a la respuesta implícita a quienes venían con quejas sobre el presente: *estamos aquí, hemos estado siempre, estaremos*. La continuidad justificaba el poder, y el poder, ejercido con suficiencia, producía la ilusión de continuidad.

Tachó de la lista de ponentes a un historiador local que había publicado un artículo sobre la emigración obrera a Cataluña en los sesenta —demasiado complejo, demasiado ambiguo— y sustituyó su nombre por el de una poetisa jubilada que escribía versos sobre el río y la niebla. Añadió a William Aranda como pregonero, con una nota para su asistente: *Confirmar asistencia. Subrayar importancia simbólica.* Pensó en el profesor con cierta distancia afectuosa: William era útil porque creía sinceramente en lo que decía, y la sinceridad, en política, era un recurso escaso que debía emplearse con precisión quirúrgica. William diría que antes se vivía mejor, que la comunidad se había perdido, que el telar tenía alma. Y el público, los que recordaban o creían recordar, asentirían con los ojos húmedos. Ese era el objetivo: no la verdad del pasado, sino la emoción del pasado. No la fábrica, sino la *idea* de la fábrica. John no había trabajado nunca en la industria; había estudiado Derecho, siempre con la mirada puesta en el

escalafón municipal. Pero sabía leer el deseo colectivo, y el deseo colectivo, en esos años de incertidumbre, era de orden, de reconocimiento, de un pasado sin grietas donde refugiarse.

Tachó también la propuesta de mesa redonda de la asociación de mujeres trabajadoras del hogar. *Descentrada*, escribió. Y la sustituyó por una charla sobre *El oficio textil como patrimonio inmaterial de la ciudad*, a cargo de un artesano jubilado que tejía bufandas en un taller del casco antiguo. Era hombre, era anciano, era fotogénico con sus gafas de aumento y sus manos nudosas. John asintió satisfecho. El programa estaba quedando limpio, coherente, sin aristas que pudieran rasgar la tela del relato.

Ante su ventana, la plaza se vaciaba de turistas. La lona azul seguía allí, iluminada por focos municipales que la mantenían visible toda la noche. *Cien años de Fontana: una ciudad que recuerda*, decía. John sonrió levemente. *Una ciudad que recuerda lo que debe*, corrigió mentalmente. Y cerró el programa.

Robert Sedano no había vuelto a la tienda desde que oyó la noticia en la radio. Pasaba los días en su piso, escuchando discos en un equipo que había pertenecido a Ana: un Technics de los ochenta, pesado como un mueble, con una aguja que él mismo cambiaba cada dos años con la devoción de quien mantiene un ritual sin esperanza. Escuchaba a Chavela Vargas, a Mercedes Sosa, a Violeta Parra, a las mujeres que cantaban con la voz quebrada de quien ha visto demasiado. No leía, no cocinaba con cuidado, no contestaba el teléfono cuando llamaba su hija. Esperaba, aunque no sabía qué.

La noche del viernes, mientras sonaba *Volver a los diecisiete*, la puerta del piso llamó. Robert no se movió. Volvió a llamar, dos golpes secos, pausa, uno más. Robert reconoció el ritmo: William, que siempre había

anunciado su presencia con ese código absurdo desde los tiempos en que compartían piso de solteros, antes de que Mary eligiera a Robert y de que William eligiera, sin saberlo, a la tristeza.

Abrió. William estaba en el rellano, con una botella de vino tinto en la mano derecha y una expresión que Robert no supo leer: algo entre la timidez y la urgencia.

—Tengo que hablar contigo —dijo William.

—Tienes que hablar con alguien —respondió Robert—. No sé si soy yo.

William entró sin que lo invitaran, por costumbre de décadas. El piso olía a música, a polvo de disco, a soledad deliberada. Robert cerró la puerta y fue a la cocina por dos vasos —nunca había tenido copas de vino— mientras William se sentaba en el único sillón que quedaba, el de Ana, el que conservaba la forma de un cuerpo que ya no lo ocupaba.

—Me han pedido el pregón —dijo William, cuando Robert le tendió el vaso.

—Ya lo sé. Lo oí en la radio.

—No sabía que escucharas la radio.

—Escucho cosas. No hablo.

William bebió un trago largo. El vino era barato, acerbo, el único que Robert compraba, siempre el mismo, como si la repetición fuera una forma de fidelidad.

—Tengo que hablar de la Fontana —continuó William —. De lo que significó. De lo que perdimos.

—Y quieres que yo te ayude a recordar.

—Quiero que me digas si estoy loco. Si el mundo era mejor antes, o solo era diferente y yo era joven.

Robert se sentó frente a él, en una silla de madera que crujió. Miró a su antiguo cuñado, a su antiguo amigo, a ese hombre que durante cuarenta años había construido una catedral de melancolía donde las mujeres no tenían nombre y el trabajo tenía rostro masculino. Pensó en Ana, en sus manos, en la noche

en que ella le había dicho, después de hacer el amor con la precaución de quien siente dolor: *No quiero que me recuerden cuando muera. Quiero que me recuerden vivía.*

—El mundo no era mejor, William —dijo Robert, y su voz sonó a sí misma, a grava, a final de frase que no se sabe si continuar—. Era más simple para nosotros. Eso no es lo mismo.

William lo miró con algo que Robert no había visto en él nunca: no era ira, no era sorpresa. Era miedo, quizá. Miedo a que la catedral tuviera grietas.

—¿Y Ana? —preguntó William, sin saber por qué, como si la pregunta hubiera surgido de otra parte de sí mismo, de una memoria que no controlaba—. ¿Era más simple para Ana?

Robert sostuvo la mirada. El tict-tac del reloj de pared —el reloj de su padre, el de la placa de la Fontana— marcó seis segundos antes de que respondiera.

—Ana no existía para tu memoria, William. Nunca existió. Eso es lo que hace la nostalgia que tú practicas: borra a los que no encajan. Y ahora vas a subir al teatro municipal a decirle a la ciudad que recuerde, y la ciudad recordará lo que tú digas, y los que no encajaron seguirán sin encajar, pero más abajo, más olvidados, más muertos de lo que ya están.

William se levantó. Dejó el vaso medio lleno en la mesa, junto a una foto de Ana joven, sonriente, con un vestido de flores que Robert no recordaba haber dejado ahí.

—No tenías por qué ser cruel —dijo William.

—No soy cruel —respondió Robert—. Solo soy viejo, y ser viejo es recordar con todos los muebles de la casa, no solo con los que quedan bien en la foto de portada.

William salió sin despedirse. Robert no se levantó. Escuchó los pasos bajar por la escalera, cada uno más aprisa, como si huyera de algo. Y cuando el silencio volvió, puso otra vez a Chavela Vargas, más alto esta

vez, hasta que la voz llenó el piso como un río que no pregunta a qué hora llegar.

Sarah y James se encontraron en el café de la plaza, bajo la sombra proyectada de la lona azul que colgaba del ayuntamiento. Era mediodía de septiembre, el calor residual del verano se desvanecía en una luz más oblicua, más triste, más propicia para las despedidas que para los encuentros. James llegó primero, con una funda de documentos debajo del brazo y una expresión de quien no sabe si está haciendo lo correcto o traicionando algo que aún no ha nombrado.

Sarah llegó con su cuaderno, su bolígrafo, y una mirada que James reconoció de la universidad: esa mezcla de tensión y curiosidad que ella tenía cuando olía historia en forma de secreto mal guardado.

Se saludaron con un gesto breve, casi de conspiradores. James pidió café solo, Sarah té verde. Esperaron a que el camarero se alejara.

—Tengo esto —dijo James, y deslizó la funda sobre la mesa.

Sarah la abrió. Dentro había una docena de fotografías, algunas ya escaneadas con metadatos impresos en etiquetas adhesivas, otras en su estado original. Reconoció la de la huelga de 1979, la que ella había encontrado en el archivo municipal, pero en versión mejor conservada: el mismo ángulo furtivo, el mismo hombre de bigote, el mismo episodio incompleto en la pared. Pero había otras. Una, de 1967, mostraba el interior de una nave: veinte mujeres sentadas ante máquinas de coser, todas con la mirada baja, todas con las manos en movimiento. En el margen derecho, un hombre con corbata las supervisaba, las manos a la espalda, la postura de quien posee el tiempo ajeno. Otra, de 1981, era una foto familiar: un obrero posaba con su mujer y tres hijos ante la puerta de la fábrica. La mujer sostenía al más pequeño, que lloraba. El obrero

sonreía a cámara con la sonrisa apretada de quien sabe que la foto es para el patrón, no para el recuerdo. Sarah pasó las fotos con cuidado de archivo, aunque Archivo Vivo, pensó, era una contradicción en los términos.

—¿De dónde sacaste esto?

—Del fondo que nos encargó el ayuntamiento. Hay fotos que no entraron en la selección oficial. Las descartaron por *calidad técnica insuficiente* o *desenfoque*. —James hizo las comillas en el aire con los dedos—. Pero el desenfoque, en algunas, es de quien fotografía no quiere que se vea demasiado.

Sarah se detuvo en una imagen: una mujer joven, de perfil, trabajando ante una mesa en lo que parecía ser un comedor doméstico. La luz era amarillenta, de bombilla baja. La mujer no miraba a cámara, no sabía que la fotografiaban, o lo sabía y no importaba. Sus manos, ampliadas por el desenfoque, parecían dos pájaros heridos intentando algo imposible.

—Metadatos —dijo James, señalando la etiqueta—. Fotografía tomada en 1999 por inspector de calidad de la Fontana. Documentación de trabajo a domicilio. Mujer no identificada.

—Ana —dijo Sarah, antes de poder contenerse.

James la miró.

—¿Cómo sabes el nombre?

Sarah cerró la funda, lentamente.

—No lo sé. Lo intuyo. Mi abuela cosía a domicilio. Mi madre lo contó. Mi tío William va a pregonar el centenario sin saber que su propia madre, mi abuela, no aparece en ninguna foto oficial porque cosía en casa y no en la nave. —Respiró hondo—. James, tu padre no sabe lo que va a decir. O sí lo sabe, pero no sabe lo que omite.

James bebió su café, ya frío. Miró hacia la lona azul, que se movía levemente con una brisa que no llegaba hasta el café.
—Mi padre —dijo, y la voz le salió más baja, más joven de lo que era— siempre dice que lo que se toca es real. Que lo digital es reflejo. Pero estoy empezando a pensar que el reflejo a veces muestra lo que la cosa real oculta. La cámara no tiene intención. La intención está en quién elige qué se ve y qué no.
Sarah asintió. Abrió su cuaderno, arrancó una página, escribió algo rápido.
—Esto es mi número de la redacción. Y este —escribió más abajo— es el de Elizabeth Aguirre. Historiadora. Catedrática. Sabe de memoria y de mentira. Habla con ella si necesitas que alguien te diga que no estás loco por dudar de tu propio trabajo.
James guardó el papel en la cartera. Se quedaron un momento en silencio, los dos mirando la plaza, la lona, la ciudad que se preparaba para recordar.
—¿Vas a publicar algo? —preguntó James.
—Sí.
—¿Y mi padre?
Sarah lo miró. En la pregunta había algo más que preocupación filial: había el reconocimiento de una grieta que no era solo de William, sino de toda una generación que había construido su identidad sobre un pasado seleccionado.
—Tu padre —dijo Sarah— es parte de la historia. No toda la historia. Mi trabajo es mostrar que hay más de una versión. No destruir la suya, expandir el campo para que quepan las que faltan.
James asintió, sin convicción. Pagó los cafés —Sarah protestó en vano— y se levantó.
—Hay una cosa más —dijo, antes de irse—. En el fondo de la Fontana, antes de cerrar, destruyeron documentación. Mi socio Mateo lo oyó de un antiguo

directivo. Papelera industrial, tres horas de noche, siguiendo el cierre. No sé qué era. Pero alguien decidió que no debía existir.

Sarah anotó la fecha que James recordaba: 14 de marzo de 2003. Cerró el cuaderno.

—Gracias —dijo.

James se alejó hacia el polígono, hacia su oficina de cristal, hacia la paradoja de digitalizar memoria mientras su padre la enterraba en melancolía. Sarah se quedó en la mesa, con el té ya frío y la funda de fotografías en el regazo. Miró hacia arriba, hacia la lona azul y dorada. *Cien años de Fontana: una ciudad que recuerda*, decía. Y por primera vez, en voz baja, respondió en la mesa vacía:

—Una ciudad que elige qué recordar, James. Eso es lo que somos. Lo que elegimos olvidar, también.

Margaret, la madre de William y Mary, no había olvidado el aniversario porque nadie se lo había dicho. Se había enterado por la televisión de la residencia, un noticiero local que pasaba en bucle con la misma secuencia de imágenes: la lona, el alcalde, una entrevista a William Aranda donde él decía, con la voz entrecortada de quien habla desde una emoción que no sabe si es genuina o aprendida, que *la Fontana era el corazón de una comunidad que hoy echo de menos*. Margaret había visto la entrevista dos veces. La primera, con la atención fluctuante de su edad, reconociendo a su hijo mayor en la pantalla, sin conectar del todo con el contexto. La segunda, despertada por una enfermera que cambiaba la sábana, con una claridad repentina que a veces la visitaba como un regalo cruel del tiempo: vio a William hablando de comunidad y ella recordó la soledad de las tardes, las horas de costura a destajo, la manera en que su marido volvía de la fábrica con el orgullo de

quien tiene nombre en un mundo donde ella solo tenía función.
Esa noche, cuando Mary vino a visitarla, Margaret le cogió la mano con más fuerza de la que parecía tener y dijo, sin preámbulo:
—Tu hermano va a decir que éramos felices.
Mary no contestó. Esperaba. Su madre, en esos estallidos de lucidez, solía continuar.
—Y éramos felices, a veces. Pero no éramos una foto. Éramos personas. Tu padre tenía una placa. Yo tenía las manos.
Mary apretó la mano de su madre.
—¿Quieres que le diga algo a William?
Margaret la miró con ojos que de pronto parecían mucho más jóvenes que su rostro, ojos de quien ve el pasado con la nitidez que el presente le niega.
—Quiero que alguien diga que yo también estuve. Que no era solo sombra. Que cosí las camisas que tu padre llevó a la fábrica, que bordé las iniciales que el jefe le regaló por los veinticinco años, que mis manos también fueron Fontana aunque nunca entraran por la puerta principal.
Mary asintió, con un nudo en la garganta que sabía que no podía disolver allí, delante de su madre, delante de la tele que seguía en mute repitiendo imágenes de una ciudad que recordaba.
Afuera, en el jardín de la residencia, caía una lluvia fina de septiembre, la primera del otoño que anunciaba. Margaret cerró los ojos y murmuró algo que Mary no alcanzó a oír, o quizá sí: *La vergüenza no es de quien la siente*, decía, o algo parecido. *La vergüenza es de quien la hace sentir y después llama comunidad al silencio.*
En la redacción del periódico digital, Sarah escribía. No el artículo final todavía: notas, conexiones, hipótesis que aún no se atrevía a formular como afirmaciones.

Tenía frente a ella la fotografía de la huelga, el documento del juzgado, las fotos de James, una transcripción parcial de la entrevista a Margaret que Mary le había permitido grabar. Y tenía una pregunta que no sabía cómo formular: *¿Es posible recordar sin dañar? ¿O todo recuerdo es, de alguna manera, una herida que abrimos o cerramos?*

Su editor, un hombre de cuarenta y cinco años llamado Iván que había dejado Madrid agotado por la velocidad de las noticias que no eran noticias, pasó por detrás de su mesa y dejó una mano en su hombro.

—No escribas contra el aniversario —dijo, sin pregunta previa—. Escribe al lado. Escribe desde la grieta. La gente no necesita otro artículo que les diga que su nostalgia es falsa. Necesita saber que hay más de una nostalgia, y que la otra también duele.

Sarah lo miró. Iván sonrió, cansado, con las ojeras que había llevado desde antes de conocerla.

—Eso es lo que intento —dijo ella.

—Lo sé. Por eso te contraté. La sección de memoria ciudadana no es un departamento, Sarah. Es una apuesta.

Se fue a su mesa, a una pantalla que mostraba estadísticas de visitas que no le importaban. Sarah volvió a su cuaderno. Escribió el titular provisional, sabedor de que probablemente cambiaría: *Lo que no se ve en la lona azul. Cien años de Fontana: la otra memoria.*

Y debajo, como una promesa o una amenaza contra sí misma: *Capítulo 2. Lo que recordamos. Continúa en el Capítulo 3. Lo que recordamos (II).*

William, en su piso, escribía también. Ensayaba el pregón en voz baja, frente al espejo del recibidor, con la chaqueta de pana aunque hacía calor. "*La Fontana fue más que una fábrica*", comenzaba, y la frase le sonaba a todas las veces que la había pensado, a todas las

veces que la había dicho antes de que fuera verdad pública. "*Fue el latido de una ciudad que sabía quién era. La comunidad del trabajo, el respeto mutuo, la identidad que no necesitaba pancarta porque se respiraba en cada esquina...*"
Se detuvo. En el espejo, su imagen se superponía a la de su padre, a la de su hijo James, a todas las generaciones de hombres que habían posado ante cámaras sonriendo con la compostura de quien sabe que la foto es para siempre. Detrás de ellos, en las fotos que no tenía, estaban las mujeres sin nombre, las manos destrozadas, los que habían pedido y no habían recibido, los que habían sido despedidos por "hablar donde no debían". Y estaba él mismo, William Aranda, profesor de Historia y de Lengua, melancólico por profesión, eligiendo recordar un pasado sin grietas porque las grietas le hubieran obligado a reconstruirse a sí mismo.
Guardó las notas del pregón en un cajón. No cerró con llave. Se sentó en el sillón, en la penumbra del atardecer, y por primera vez en años permitió que una pregunta que no sabía formular ocupara el lugar donde antes habitaba la certeza: *¿Y si el pasado no era mejor? ¿Y si solo era mío, y por eso lo extraño?*
No respondió. No sabía cómo. Pero la pregunta, una vez formulada, no se fue. Quedó allí, en el sillón con él, compañera incómoda de una melancolía que empezaba, apenas, a reconocer su propia sombra.
Robert puso otra vez el disco de Chavela Vargas. Era la noche del sábado, y una luna casi llena entraba por la ventana del piso con una luz que no iluminaba, solo delineaba: los bordes de los muebles, el contorno de las fotos, la silueta ausente de Ana en el sillón que William había ocupado dos noches antes.
La canción decía algo sobre volver, sobre los diecisiete, sobre una mujer que camina hacia atrás para

encontrarse. Robert no creía en volver. Pero creía, cada vez más, en que el pasado no estaba muerto: estaba mal enterrado, y los aniversarios solemnes eran una forma de cementerio bien cuidado donde no se permitían flores silvestres.

Pensó en Sarah, en la nieta que apenas conocía, en la periodista que estaba haciendo algo que él intuía pero no entendía del todo. Pensó en William, en el amigo que había ido a pedirle confirmación y se había llevado una verdad que no quería. Pensó en Ana, en sus manos, en la frase que ahora, con la distancia del recuerdo, le parecía testamento: *Quiero que me recuerden vivía.*

La aguja del tocadiscos llegó al final del disco. El ruido de fondo, ese siseo de superficie que el digital había intentado borrar y que Robert consideraba música también, ocupó la habitación. Robert no se levantó a cambiar el lado. Se quedó en la penumbra, con la luna, con el silencio que no elegía sino que simplemente era, el silencio de quien ha visto demasiado y ha decidido no bajar la mirada pero tampoco alzar la voz.

La ciudad preparaba su aniversario. La lona azul seguía en la plaza, iluminada toda la noche, diciendo *Cien años de Fontana: una ciudad que recuerda*. Y en distintos rincones, entre papeles olvidados y conversaciones interrumpidas, entre fotografías desenfocadas y preguntas que aún no encontraban forma, otra memoria respiraba. No contraria, no opuesta: simplemente distinta. La memoria de quienes no habían sido invitados al pregón, de quienes habían cosido en silencio, de quienes habían sido despedidos y no indemnizados, de quienes llevaban el silencio como herencia.

Sarah la recogía. Elizabeth la contextualizaba. James la digitalizaba sin saber todavía si era traición o reparación. Robert la guardaba en discos rayados y

recuerdos que no debían nada a nadie. Mary la heredaba de su madre, de su silencio, de sus manos. Margaret la formaba, en oleadas de lucidez, antes de que la noche la devolviera a su presente difuso.
Y William, William la empezaba, apenas, a vislumbrar: una sombra al borde de su melancolía, una pregunta que no sabía formular, un reconocimiento tardío de que recordar solo lo bello es también una forma de olvido, y que el olvido, ejercido con suficiencia, se convierte en injusticia.
La ciudad recordaba. Pero lo que recordaba, y lo que olvidaba, y quién decidía entre una cosa y otra, era una guerra que apenas comenzaba a nombrarse.

Capítulo 3. La edad de oro (I)

El pregón se acercaba con la lentitud de las cosas inevitablemente lejanas que, de pronto, están delante. Nueve días. William contaba en el calendario de la cocina, ese que James le había regalado tres años atrás con fotos de fauna patagónica que nunca había pedido. Septiembre se mostraba en una imagen de cóndor sobre abismo. William había dejado de ver los cóndores. Veía los números.
Cada mañana despertaba con el mismo ritual: café en la taza de la Fontana, la que conservaba el logotipo desgastado por quince años de lavado diario; revisión de notas apiladas en el faldón de la mesa; ensayo en voz alta ante el espejo del recibidor, donde su reflexión pareció, aquella semana, volverse progresivamente más extraña, como si alguien le prestara una cara similar. La frase que abría el pregón —"La Fontana fue más que una fábrica"— le sonaba cada vez más a pregunta que a afirmación. Fue más que una fábrica

para quién, se oía murmurar entre párrafos, pero el murmullo no llegaba a suscribirse en el texto.
Había llamado a James dos veces. La primera, para preguntarle sin preguntar si sabía algo de Sarah, de sus investigaciones, de esa foto que había mencionado en la panadería como quien menciona un sueño inconcluso. James respondió con neutralidad profesional, con la distancia de quien digitaliza fotografías ajenas sin saber si las manos que aparecen son de familiares o de desconocidos. La segunda vez, para invitarlo a cenar. Quince de septiembre, le había dicho, después del pregón. Celebramos. James aceptó con una pausa que William interpretó, quizá erróneamente, como piedad.
Elizabeth Aguirre llegó a la universidad aquella mañana con el propósito de no contarle nada a nadie. Su oficina en el Departamento de Historia Contemporánea olía a cerrado, a papeles que esperan ser clasificados, a la soledad metódica de quien lleva décadas enseñando el pasado a personas que luego pasan sin dejar rastro. Dejó el bolso sobre la silla, encendió la lámpara de lectura, sacó el cuaderno donde anotaba, desde hacía treinta años, ideas que no se atrevía a desarrollar.
La edad de oro, escribió, y la pluma se detuvo. La expresión le venía de un artículo leído en Madrid en los ochenta, cuando aún creía que la academia podía servir para algo más que para la perpetuación de sí misma. Hablaba de los años cincuenta, de la reconstrucción, del milagro económico. Pero hablaba también, entre líneas, de un pacto: el de callar el coste a cambio de la estabilidad, de olvidar las manos destrozadas con tal de que el pan llegara a tiempo.
Recordó a su madre, que nunca hablaba de la fábrica, que nunca usaba la palabra huelga, que había fallecido en 1987 con una afasia que su médico atribuyó a un

ictus y Elizabeth, en su estudio particularísimo, a veces atribuía a décadas de silencios acumulados.
Sonó el teléfono. Era Sarah, que no perdía el tiempo con saludos inútiles.
—Necesito que me cuente sobre la huelga del 67. La que no fue.
Elizabeth cerró los ojos. La huelga del 67 que no fue. La que existía en testimonios borrosos, en menciones de viejas obreras que luego negaban haber hablado, en actas de comité de empresa que aparecían en los inventarios pero no en los estantes.
—¿Por qué cree que sé algo?
—Porque su madre trabajó entonces. Y porque usted escribió una nota al margen de un artículo que encontré en hemeroteca, hace veinte años, donde hablaba de "la huelga invisible". El bibliotecario me dejó fotocopiarla. No estaba firmada, pero era su letra.
Elizabeth suspiró, con la resignación de quien sabe que el pasado, tarde o temprano, no solo molesta: cobra.
—Cenemos —dijo—. No aquí. En algún sitio que no tenga nada que ver con esto.
Quedaron en un bar de carretera a media hora de la ciudad, un establecimiento que servía tortilla de patatas a las tres de la tarde y tenía televisión siempre encendida en un rincón. Cuando Elizabeth llegó, Sarah ya estaba sentada con una cerveza sin estrenar, dibujando círculos en un posavaso de cartón. Se saludaron con la familiaridad de quienes comparten una urgencia que no pueden nombrar en público.
—Hubo una huelga en marzo de 1967 —comenzó Elizabeth, sin preámbulos—. No consta en ningún archivo de la empresa, no aparece en los periódicos, no hay actas judiciales. Pero consta en los registros médicos del hospital provincial: treinta y cuatro mujeres ingresadas por "síncopes diversos" en una sola semana, todas trabajadoras de la Fontana, todas entre

diecinueve y cuarenta y siete años. Fue un diagnóstico administrativo. Lo que tenían era agotamiento. Lo que habían organizado era un paro de brazos caídos, sentadas en los telares, sin consignas, sin carteles. Simplemente dejaron de coser.

Sarah tomaba notas en una libreta que Elizabeth notó idéntica a la que ella misma había usificado durante décadas.

—¿Qué pasó?

—Pasó lo que pasaba. El cura del barrio les fue a ver. El médico de la empresa les visitó en sus casas con dulces para los hijos y promesas de regularización. El sindicato vertical, que era lo que había, negoció una "mejora de condiciones" que nunca se concretó en papel. Y las mujeres volvieron a trabajar, una a una, con la certeza de que habían hecho algo que no debían haber hecho, y que no debían nombrar.

—¿Y su madre?

Elizabeth bebió de su cerveza, ya tibia, con el gesto de quien bebe para ganar tiempo.

—Mi madre no estaba entre las treinta y cuatro. Estaba entre las quince que siguieron trabajando. Porque tenía tres hijos y un marido que volvía del servicio militar con una rodilla que no doblaba bien. Porque le dijeron que si paraba, la echarían, y ella les creyó. Porque en la fábrica de su madre, en la fábrica de su hija, la amenaza siempre suena a verdad.

Sarah dejó de escribir. En la televisión, un programa de cocina mostraba cómo filetear un salmón. La cámara se detenía en la textura de la carne, en la precisión del cuchillo, en la ausencia de sangre que el ángulo lograba ocultar.

—¿Por qué nunca escribió sobre esto?

—Porque no tenía pruebas. Porque los registros médicos desaparecieron en una inundación de 1983 que solo afectó al sótano donde guardaban

documentación anterior a 1970. Porque mi madre me pidió, una noche de vino casero, que no sacara el tema. Y porque —Elizabeth hizo una pausa, buscando la palabra con la que solía concluir sus clases más difíciles— la memoria sin pruebas es reconstrucción, y la reconstrucción, en una ciudad como esta, se convierte rápidamente en leyenda, y la leyenda, en excusa para no creer.

Guardaron silencio. El camarero pasó con una bandeja de pinchos que nadie pidió.

—Tengo una grabación —dijo, al fin, Sarah—. De Margaret, la madre de William Aranda. De su hermana Mary. Hablan de coser a domicilio, de manos que no aparecen en las fotos. De una vergüenza que no es de quien la siente.

Elizabeth sintió algo que no supo identificar. No era envidia, aunque llevaba años buscando testimonios que no hallaba. Era, quizá, la certeza de que alguien más joven había llegado donde ella no pudo, por otros medios, con otra paciencia.

—William va a pregonar el centenario —dijo.

—Lo sé.

—William no sabe nada de esto. Su padre tenía placa, reloj, foto en el pasillo de dirección. Su madre cosía a destajo en las horas que él creía de descanso. Él construyó su vida sobre una mentira benigna, la misma que esta ciudad construye sobre sí misma todos los días.

Sarah terminó su cerveza, sin prisa.

—No es una mentira si quien la practica no la conoce.

—Es peor. Es una mentira que se ha vuelto arquitectura. Y la arquitectura no se demuele con datos, Sarah. Se demuele con preguntas que alguien se haga frente al espejo.

Se despidieron sin abrazo, con un gesto de mano que parecía más alianza que despedida. Elizabeth volvió a

la universidad, a su oficina cerrada, a su cuaderno donde añadió: *La edad de oro es siempre la edad de otros. Quienes la nombran desde fuera no pagan su precio*.

James encontró la cinta Super 8 en una caja que no correspondía a su etiqueta. Debía contener fotografías del acto de jubilación de un directivo de 1987, según el inventario que Mateo había preparado. En su lugar, había un carrete de película amateur, sin fechar, con una nota a lápiz en el reverso de la caja: *Inspección, 1971. No proyectar*.

No proyectar. James sostuvo el carrete contra la luz de su mesa, intentando distinguir algo en los fotogramas que la transparencia permitía vislumbrar: figuras borrosas, movimiento, quizá un interior de nave. Su socio Mateo estaba en una reunión con el ayuntamiento, celebrando visibilidades, haciendo las comillas en el aire que James ya no encontraba graciosas. Se quedó solo en la oficina de cristal del polígono reconvertido, con el ruido del aire acondicionado como única compañía.

Había en la empresa un equipo para digitalizar cine doméstico, un scanner de cuadros que convertía cada fotograma en imagen estática. No era proyección, técnicamente. Era conservación. Se convenció con esta distinción mientras conectaba cables, mientras ajustaba el carrete en el soporte, mientras pulsaba el botón que iniciaba el proceso silencioso de trasluz mecánico.

La primera imagen apareció en su pantalla: una mujer joven, de perfil, ante una máquina de coser industrial. La segunda: la misma mujer, ahora de frente, sonriendo con la incomodidad de quien sabe que la cámara no es amiga. La tercera: un hombre que entraba en plano, de espaldas, con americana y corbata, interponiéndose

entre la mujer y el objetivo. La cuarta: solo el hombre, sonriente, gesticulando hacia algo fuera de campo.
James reconoció el tejido de la americana antes de reconocer la cara. Era de un tono azul que había visto en fotos de su infancia, en álbumes familiares que su madre guardaba con el orden que su padre nunca logró trasladar al mundo físico. El tejido de lana, el corte de los años setenta, la manera particular de asentarse en los hombros.
Siguió adelante. Los fotogramas mostraban una inspección rutinaria: el hombre de la americana caminando entre máquinas, deteniéndose, señalando algo con un gesto que James le había visto hacer mil veces en otras circunstancias. La mano levantada, el dedo índice extendido, la autoridad que se ejercía sin violencia visible porque la violencia ya había sido interiorizada por quienes la recibían.
En el fotograma ciento doce, el hombre se detenía ante una trabajadora mayor, le decía algo al oído. Ella bajaba la vista. Él levantaba la barbilla con un dedo, con ternura que se confundía con advertencia. En el ciento quince, la cámara, manejada por alguien que no dominaba el arte de la invisibilidad, se desplazaba bruscamente hacia otra parte de la nave, hacia un grupo de mujeres que cosían sin mirar, que sabían mirar sin ser vistas.
James detuvo el proceso. Guardó las imágenes en una carpeta que etiquetó con la fecha de hoy y ningún nombre descriptivo. Borró el registro del scanner, consciente de que cualquier informático competente podría recuperarlo, consciente también de que Mateo no era competente, solo era entusiasta.
Su padre. En la fábrica. En 1971, o quiza 1972, en una inspección que alguien había decidido que no debía proyectarse.

Llamó a Sarah, pero colgó antes de que sonara el primer tono. No sabía qué habría dicho. No es que el padre que recordaba desapareciera, era que otro padre, hasta entonces inimaginable, ocupaba su lugar sin pedir permiso. Y el segundo padre no invalidaba al primero: simplemente lo complicaba, le añadía dimensiones que James no había solicitado, grietas donde antes había superficie lisa.

Se quedó mirando la pantalla apagada. En el reflejo, su propia imagen se superponía a la del hombre de la americana azul, a la de la mujer de perfil, a todas las figuras que el cine doméstico había decidido conservar contra la voluntad de quienes anotaron *No proyectar*.

Capítulo 4. El consuelo

El insomnio de James tenía una geografía propia. No era el insomnio de quien no duerme, sino el de quien duerme con un ojo abierto, el de los animales que en la sabana aprenden a descansar sin entregarse del todo. Se despertaba a las cuatro, a las cinco, siempre en la franja donde la noche pierde sus privilegios y el día aún no los reclama, y se quedaba mirando el techo del apartamento que había comprado con la liquidación de la empresa paterna, en el barrio donde su madre había nacido y donde las aceras conservaban todavía el nombre de calles que habían sido de tierra.

La carpeta seguía en el escritorio. No la había abierto desde el miércoles, pero su presencia era de las que ocupan más espacio cerradas que abiertas. James había desarrollado, en los días previos, una rutina de

elusión que reconocía como propia de su carácter: los problemas que no podía resolver los organizaba en cajones, en carpetas con fechas, en cajas etiquetadas con la pulcritud de quien confía en que el archivo, por sí solo, administre las preguntas. Su padre había hecho lo mismo con la contabilidad. Su abuelo, según se contaba, con los pedidos. Era una tradición familiar: aplazar el desorden en lugar de combatirlo.

Mateo le había llamado el jueves por la mañana, con el entusiasmo de quien ha dormido bien y no comprende que otros no lo hagan.

—El ayuntamiento quiere una proyección pública. Para el pregón, o para después del pregón, todavía no está claro. Algo con material de archivo, dijeron. Tienen presupuesto.

—No tenemos material curado para una proyección pública.

—Tenemos tres cajas de Super 8 sin clasificar. Tenemos lo que la gente ha donado. Tenemos la conferencia que William pronuncie la palabra Fontana y ya media sala llora.

James no respondió. Mateo interpretó el silencio como reflexión, que era la interpretación benévola. La otra, que Mateo no alcanzaba, era de vergüenza: la vergüenza de quien sabe que en una de esas cajas hay un carrete que no debió ser escaneado, y que la diferencia entre escanear y proyectar, que lo había tranquilizado el lunes, el jueves le parecía ya una de esas distinciones que se enseñan en seminarios de ética para que los profesionales aprendan a dormir.

—Lo hablamos el lunes —dijo, y colgó.

Elizabeth no había dormido tampoco, pero su insomnio era de otro orden. El suyo era productivo, de los que dejan huella en el cuaderno. Había escrito hasta las tres de la madrugada, con la pluma que cambaba cada mes porque la tinta de la anterior se secaba antes de

tiempo, sobre la idea que le había asaltado en el bar de carretera: que la memoria no es un archivo, sino una negociación. Que cada generación negocia con la anterior lo que puede recordar y lo que debe callar, y que los términos de la negociación, rara vez, se redactan por escrito.

La frase le había salido en voz alta, en la cocina, mientras se preparaba un té que no llegaría a beber. Su madre había hecho lo mismo, según le contaron: hablaba sola en las horas muertas, cuando la casa dormía y ella creía que nadie la oía. Elizabeth tenía once años cuando lo descubrió, y el descubrimiento le pareció entonces una ventana abierta a un cuarto prohibido. Ahora, a los sesenta y tres, le parecía la prueba de que hay silencios que solo se rompen en voz baja, y a solas, y tarde.

La nota al margen del artículo. La huelga invisible. La escribía una mujer de treinta y cuatro años que aún creía que la filología podía desenterrar lo que los archivos habían enterrado, que la escritura al margen era una forma de resistencia legítima, que alguien, algún día, leería la nota y buscaría a la autora. Sarah había sido esa alguien. Sarah había llegado veinte años tarde, pero había llegado.

Se miró las manos. Las de su madre habían sido anchas, de dedos cortos, con cicatrices en el pulgar izquierdo que ella atribuía a la cocina y Elizabeth, ya adulta, atribuía a la aguja industrial, al corte que se produce cuando la mano se desliza y la tela tira y la máquina no perdona. Su madre nunca había explicado las cicatrices. Su madre nunca había explicado nada.

—La edad de oro es siempre la edad de otros —leyó en el cuaderno, como si la frase le perteneciera a otra mujer—. Quienes la nombran desde fuera no pagan su precio.

Cerró el cuaderno. Lo guardó en el tercer cajón del escritorio, debajo de los apuntes de un seminario que ya no impartía, sobre una carpeta con fotografías de un congreso en Salamanca al que había asistido en 1998 y del que no recordaba ni una ponencia. El archivo, otra vez, como prótesis de la memoria.

Sarah, por el contrario, había dormido. Había dormido con la profundidad injusta de los jóvenes que han decidido que las preguntas pesan menos que las certezas, o quizá con la inconsciencia de quien todavía no ha medido el coste de las respuestas que busca. Se despertó a las nueve, en el apartamento que alquilaba en el barrio alto, con la luz de septiembre entrando por una ventana que daba a un patio interior donde una vecina tendedía sábanas blancas todos los días, sin importar el pronóstico.

Tenía la grabación de Margaret en el portátil. La había escuchado cuatro veces, y en cada una había anotado algo distinto, como si la voz de la mujer cambiara entre reproducciones, o como si ella, Sarah, fuera cada vez otra oyente. La cinta había sido grabada en 1994, en una residencia, por una enfermera que Sarah había localizado después de tres meses de pesquisas y que había accedido a entregarle la copia con la condición de no ser nombrada. Margaret tenía entonces setenta y un años. Su voz era de grano grueso, con pausas que no correspondían a la edad sino al cuidado, a la precaución de quien elige cada palabra como quien elige el camino en un campo minado.

"*Mary decía que había que tener orgullo. Mary decía que las manos que cosían a domicilio eran las mismas manos que cosían en la nave, y que no había diferencia, y que el orgullo era el mismo. Yo le decía que no, que no era el mismo, que en la fábrica te veían y en casa no te veía nadie, y que lo que no se ve no tiene orgullo, tiene paciencia. Mary me contestaba que la paciencia*

también era un orgullo, un orgullo más difícil. Yo no le entendía entonces. Ahora creo que la entendía, pero que no quería admitirlo."

Sarah había transcrito el pasaje tres veces. En la última, había subrayado *lo que no se ve no tiene orgullo, tiene paciencia*, y había escrito al margen, con un bolígrafo rojo que usaba solo para lo urgente: *William*.

William no había visto la grabación. William, aquella semana, no había visto casi nada que no fuera el calendario de la cocina, el espejo del recibidor, y el texto del pregón que reescribía cada noche con la convicción de que cada versión era peor que la anterior y con la sospecha de que las versiones no empeoraban, sino que se acercaban. Se acercaban a algo que él no quería nombrar, de la misma manera que su madre, según la grabación, no quería admitir lo que Mary le decía.

El jueves por la tarde, William salió a caminar. No era un hombre de paseos; era un hombre de trayectos, de los que van de un punto a otro sin desviarse, con la eficiencia de quien ha aprendido que el recorrido es un coste y la llegada, un beneficio. Pero aquella tarde caminó sin rumbo, por calles que conocía y que le resultaban, como le había pasado con su cara en el espejo, progresivamente extrañas. Pasó por la calle donde había estado la panadería de los Aranda, antes de que los Aranda dejaran de ser panaderos y pasaran a ser lo que fueran ahora, que nadie sabría definir con precisión. Pasó por el edificio de la antigua universidad laboral, con su fachada de ladrillo visto y sus ventanas simétricas, donde su padre había dado una conferencia en 1982 sobre *la dignidad del trabajo organizado*, título que ahora le parecía una de esas frases que se pronuncian para que el que las oye no pregunte.

Llegó al edificio de la Fontana sin haberlo decidido. Lo que quedaba de la fábrica era una fachada restaurada, con placa conmemorativa, con un jardín de los que se plantan en los solares donde antes hubo algo que se decidió no conservar. El polígono industrial donde James tenía su oficina estaba detrás, al otro lado de una carretera que habían ampliado en los noventa para que los camiones no pasaran por el centro, y que ahora pasaban por donde antes había huertos.

William se sentó en un banco frente a la placa. Leyó el texto, que conocía de memoria: *La Fontana. Fundada en 1926. Centro de producción textil. Cerrada en 1994. En su memoria, la ciudad.*

En su memoria, la ciudad. No en su honor, no en su nombre. En su memoria, que es la palabra que se usa cuando lo que se recuerda ya no está y se prefiere no explicar por qué.

Se quedó allí hasta que la luz del atardecer hizo la fachada de ladrillo del color de la americana azul que James había reconocido en los fotogramas, aunque William no sabía nada de fotogramas, ni de la americana, ni de la nota a lápiz que decía *No proyectar*. William solo sabía que el pregón era en nueve días, luego en ocho, luego en siete, y que cada día que pasaba el texto se le acercaba más y él se le alejaba más, como dos trenes que van en direcciones opuestas por la misma vía.

Se levantó. Volvió a casa. Se sentó ante el texto del pregón, que decía, en la frase que abría: *La Fontana fue más que una fábrica*. La leyó en voz alta, ante el espejo, y por primera vez en aquella semana la reflexión del espejo no le pareció la de un extraño. Le pareció la de un hombre que ha empezado a entender que la pregunta no es *fue más que una fábrica para quién*, sino *fue más que una fábrica a costa de quién*, y que la respuesta, si la había, no la tenía él, sino las

manos que habían cosido en la nave y en las cocinas, y que no aparecían en las fotos, y que no habían sido preguntadas.

No escribió nada más aquella noche. Dejó el texto como estaba, con la frase que sonaba a pregunta, y fue a la cocina, donde el calendario mostraba un cóndor sobre un abismo que, por primera vez, le pareció no un animal sino una pregunta: qué se ve desde donde el cóndor está, y qué no se ve desde donde los que lo miran están.

En el polígono, James seguía frente a la pantalla apagada. Había decidido, a las siete de la tarde, lo que decide quien no decide: dejar la carpeta donde estaba, no abrirla, no borrarla, no clasificarla. Una carpeta sin etiqueta descriptiva, con la fecha de un miércoles de septiembre, en un disco duro que Mateo nunca revisaría porque Mateo no revisaba discos duros, revisaba facturas.

Pero la decisión no le consoló. El consuelo, si lo había, no estaba en lo que hacía con la carpeta, sino en lo que la carpeta hacía con él: le pedía que mirara a su padre de nuevo, no al del álbum familiar, sino al del fotograma ciento doce, al del dedo bajo la barbilla de una mujer que bajaba la vista. Le pedía que decidiera si el gesto era ternura o advertencia, y le sugería, con la delicadeza de lo evidente, que quizá no había diferencia, que quizá la ternura y la advertencia eran, en aquella fábrica y en aquel año, la misma mano.

Llamó a Sarah. Esta vez dejó que sonara. Sonó tres veces, cuatro, cinco. Colgó antes de que Sarah contestara, no por cobardía sino por la certeza de que lo que tenía que decir no se decía por teléfono, y que lo que no se decía por teléfono no se decía tampoco en persona, y que el silencio, a veces, es la única forma honesta de no mentir.

Sarah vio la llamada perdida a las nueve de la noche, cuando volvía de la residencia donde había grabado a Margaret, donde ahora iba a visitar a una hermana de Mary que tenía noventa y un años y una memoria que, según las enfermeras, era *selectiva*, que era la palabra que se usa cuando se quiere decir *que recuerda lo que le conviene y olvida lo que le asusta*.

No devolvió la llamada. Sabía que James no esperaba que la devolviera. Sabía también, con la intuición de quien lleva meses siguiendo hilos que otros habían dejado sueltos, que lo que James había encontrado en aquella caja no era suyo, ni de su padre, ni de la fábrica. Era de las mujeres. De las treinta y cuatro que se sentaron en los telares. De las quince que no se sentaron. De Margaret, que cosió a domicilio y que decía que lo que no se ve no tiene orgullo, tiene paciencia. De todas las que habían cosido con manos que no aparecían en las fotos, y que habían guardado, durante generaciones, un silencio que no era olvido sino estrategia, la estrategia de quien sabe que hablar es exponerse y que exponerse es, en una ciudad como aquella, perder.

Se sentó ante el portátil. Abrió la grabación. Escuchó, por quinta vez, la voz de Margaret diciendo *Mary decía que la paciencia también era un orgullo, un orgullo más difícil*.

Y escribió, en la libreta que Elizabeth había notado idéntica a la suya: *Capítulo 4. El consuelo no está en saber, está en que alguien sepa después*.

William despertó el viernes con una decisión que no sabía que había tomado. Fue al teléfono, marcó el número de Elizabeth Aguirre, que no había llamado en quince años, que conocía porque su padre lo había apuntado en una libreta de tapas negras que William conservaba por inercia, no por cariño.

—Soy William Aranda. Hijo de Manuel.

Al otro lado, Elizabeth tardó un segundo que le pareció un minuto. Manuel Aranda. El de la placa, el reloj, la foto en el pasillo de dirección. El que había muerto en 2003, en un hospital privado, con un elogio funerario que mencionaba *su entrega a la empresa* y no mencionaba, ni una vez, a las obreras.

—¿Qué necesita, William?

—Necesito que me cuente lo que mi madre no me contó. Sé que usted sabe. Sé también que no me lo va a contar por teléfono.

Elizabeth cerró los ojos. El pasado, había escrito en el cuaderno, no solo molesta: cobra. Y cobraba, aquella mañana, en la voz de un hombre que estaba empezando a hacerse la pregunta correcta frente al espejo, la que ella llevaba treinta años esperando que alguien se hiciera.

—Cenemos —dijo—. No aquí. En algún sitio que no tenga nada que ver con esto.

Colgó. Abrió el cuaderno. Escribió, debajo de lo del jueves: *El consuelo no está en saber, está en que alguien sepa después*. Se detuvo. Tachó la frase. Escribió debajo: *El consuelo no existe. Lo que existe es la pregunta, y la pregunta, a veces, es suficiente*. Luego añadió, con una letra más pequeña, como si no quisiera que nadie la leyera, ni siquiera ella: *A veces*.

Capítulo 5. Las mujeres que sí se acuerdan

La memoria de las mujeres mayores no se parecía a la de los archivos. No obedecía al orden de los cajones ni al consuelo de las fechas, no se dejaba convocar con la obediencia de un legajo ni se plegaba a la lógica de

quien cree que recordar es recuperar intacto algo que fue guardado. La memoria de las mujeres mayores iba y venía, rodeaba lo importante antes de tocarlo, se detenía en un delantal, en el ruido de una puerta, en el nombre de una vecina que ya nadie más conservaba, y desde allí, desde lo que parecía accesorio, levantaba de pronto el peso entero de una época.

Sarah lo comprendió aquella misma mañana, al cruzar el pasillo de la residencia con la libreta en el bolso y el portátil apagado bajo el brazo. Había ido a ver a la hermana de Mary con la disciplina metódica de quien todavía cree en el rendimiento de las preguntas bien formuladas. Llevaba una lista. Fechas probables. Nombres. La secuencia de los cierres. La huelga. La nave. Los talleres a domicilio. Quería precisar, como si la precisión cronológica bastara para volver justo lo sucedido.

Pero las mujeres de noventa años no responden a la historia como responden los expedientes. Responden a la temperatura de la voz, al tiempo que se les concede, a la forma en que una extraña se sienta frente a ellas. Responden, sobre todo, a si sienten que van a ser usadas o escuchadas.

La hermana de Mary se llamaba Amalia, aunque en la residencia todos la llamaban Mila, y en casa, según diría luego ella misma con una sonrisa desdentada, la habían llamado cada cosa según la prisa del momento. Tenía noventa y un años, una trenza fina recogida como una cuerda clara sobre la nuca, y unas manos tan pequeñas que el vaso de agua de la mesilla parecía diseñado para otra especie. Sarah había imaginado una mujer severa, de silencios defensivos, una de esas ancianas en quienes la lucidez se mezcla con la vigilancia. Encontró, en cambio, una cortesía minuciosa, antigua, casi ceremoniosa, que le resultó más difícil de atravesar que cualquier hostilidad.

—Usted es la muchacha de las cintas —dijo Amalia, antes de que Sarah terminara de presentarse.
La frase la descolocó por la precisión. Muchacha, a los ojos de una mujer de noventa y un años. De las cintas, como si no fuera investigadora ni historiadora ni nada de lo que Sarah decía ser cuando se explicaba, sino simplemente eso: la persona que venía a pedir a las voces antiguas que hicieran un último esfuerzo.
—Sí —respondió—. He hablado con Margaret.
Amalia ladeó la cabeza con un gesto que no era ni de sorpresa ni de aprobación, sino de ajuste, como si colocara una pieza dentro de otra.
—Margaret hablaba cuando le daba la gana. Y callaba lo demás.
Sarah tomó asiento frente a la cama. No abrió la libreta. A veces la inteligencia consiste en no sacar el bolígrafo demasiado pronto.
—Vengo por Mary —dijo—. Y por la Fontana. Quiero entender qué pasó con las mujeres que trabajaban fuera y con las que trabajaban en casa.
Amalia miró hacia la ventana. Afuera, el jardín de la residencia tenía la pulcritud sin memoria de todos los jardines institucionales: setos geométricos, bancos de hierro pintado, una buganvilla disciplinada contra un muro demasiado blanco. Nada en aquella vista contenía el mundo del que Sarah quería hablar. Y, sin embargo, Amalia empezó por allí, por lo que no parecía venir al caso.
—Mi hermana no sabía estarse quieta —dijo—. Ni de niña. Mi madre la mandaba a coser un bajo y acababa organizando a las vecinas para turnarse el barreño. Era de esas. De las que ven un problema y creen que el problema ha sido puesto allí para que ellas hagan algo.
Sarah sonrió apenas. Anotó mentalmente el verbo: organizar.
—¿Trabajó en la fábrica?

—Entró y salió. Como muchas. Unos meses dentro, otros fuera. A veces porque no había puesto. A veces porque convenía en casa. A veces porque dentro te veían demasiado y fuera no te veía nadie. Eso ya se lo habrá dicho Margaret.
Sí, pensó Sarah. Pero una cosa era oírlo en una cinta y otra escuchar cómo otra mujer lo decía sin solemnidad, como se dice una obviedad triste.
Amalia alisó la manta con una lentitud casi distraída.
—La gente habla de la fábrica como si hubiera sido una sola cosa —continuó—. Pero no era una sola cosa. Era un edificio para los hombres y una costumbre para las mujeres. Ellos entraban y salían por la puerta. Nosotras lo llevábamos pegado a las manos.
Sarah sintió, con una claridad casi física, que la frase era mejor que muchas páginas de análisis. No porque fuera más literaria, sino porque decía, sin teoría, lo que la teoría tardaba años en aprender a nombrar.
Sacó por fin la libreta.
—¿Puedo escribir eso?
Amalia la miró entonces con una ironía cansada.
—Para eso ha venido, ¿no?
A la misma hora, Elizabeth estaba en la cocina de su piso, de pie ante la encimera, sin hacer nada que justificara permanecer allí. Había puesto agua a hervir dos veces y dos veces la había dejado enfriar. La llamada de William había dejado en la casa una alteración material, como si la voz del hijo hubiera abierto una ventana que ella no recordaba haber cerrado. No era miedo, se dijo. O no solamente miedo. Era otra cosa, más difícil de admitir a su edad: una forma tardía de expectación.
Quince años sin hablar con nadie de esa familia, y ahora un hijo llamaba para preguntar por su madre. No por el padre, no por la empresa, no por la placa, no por la historia oficial con sus fechas ya barnizadas. Por la

madre. Por lo que no había sido contado dentro de casa. A Elizabeth le parecía un gesto casi radical, aunque sabía que radical no era la palabra que usaría William. Los hombres como William no se describían a sí mismos de ese modo. Solo llegaban, empujados por una incomodidad que al principio confunden con fatiga, a preguntas que otras personas llevaban décadas formulando.

Abrió el cuaderno y releyó la frase de la noche anterior: El consuelo no existe. Lo que existe es la pregunta, y la pregunta, a veces, es suficiente.

Debajo, la palabra A veces parecía escrita por una mujer menos segura que la que había trazado la frase principal. Elizabeth apoyó la mano sobre la página, no para ocultarla sino para medir la temperatura de su propia vacilación. Había dedicado media vida a sospechar de las certezas demasiado limpias y, sin embargo, cada vez que el pasado se acercaba con voz humana y nombre propio, ella volvía a desear una claridad que no existía.

Pensó en la cena que había propuesto. Un lugar neutral, había dicho. Como si existieran los lugares neutrales en una ciudad donde casi cada calle había servido para algo y casi cada apellido significaba todavía una jerarquía. Recordó a la madre de William. Recordó su forma de entrar en los actos públicos con esa elegancia impersonal que tienen algunas mujeres educadas para no dejar rastro de sus pensamientos. Recordó haberla visto una vez, solo una vez de cerca, en un homenaje absurdo a la industria local. Llevaba guantes cortos pese al calor. Elizabeth había pensado entonces que aquella mujer parecía vestida para tocar un mundo sin tocarlo.

Nunca supo si sabía. Nunca supo cuánto sabía.

Lo más honesto era admitirlo: durante años había atribuido a las esposas de los hombres del consejo una

ignorancia funcional, una mezcla de comodidad y obediencia, porque resultaba insoportable pensar que pudieran saber más y no haber hecho nada. Con la edad, sin embargo, Elizabeth había aprendido que la inacción adopta muchas formas y no todas nacen de la indiferencia. Algunas nacen del miedo. Otras, de una dependencia tan antigua que el pensamiento mismo llega a parecer una deslealtad. Otras, más trágicas todavía, de la intuición de que saber no cambia la correlación de fuerzas, solo vuelve más difícil la obediencia.

Cerró el cuaderno.

Pensó, con una irritación que era también ternura hacia sí misma, que a los sesenta y tres años una debería tener mejor domesticadas las vísperas.

James llegó al polígono antes de las ocho y no entró inmediatamente en la oficina. Se quedó dentro del coche, con las llaves en la mano y la carpeta invisible pesándole más que si la llevara en el asiento de al lado. Había dormido poco y mal, pero ya no era el insomnio de la pura vigilancia. Había en él algo más preciso: una decisión que no se había tomado del todo y que, sin embargo, empezaba a ordenar el resto.

Sabía que Sarah había visto la llamada perdida. Sabía también que no contestarla era una forma de respuesta. Lo que le sorprendía no era eso, sino el alivio que le producía. Hablar habría precipitado un movimiento para el que todavía no tenía palabras. Callar dejaba las piezas donde estaban, pero ya no en el mismo sitio interior.

Subió a la oficina. Encendió la luz. El escritorio apareció con la exactitud impersonal con que aparecen por la mañana los lugares donde la noche no ha hecho más que suspender el problema. La carpeta seguía allí. El disco duro, al lado. El monitor negro devolvía una versión plana de su cara: la frente tensa, los ojos un

poco hundidos, la expresión de quien ha heredado más gestos de los que desearía.
Se sentó. No abrió la carpeta. Tampoco la apartó.
En cambio, abrió una hoja en blanco y escribió, sin título, sin destinatario y sin convicción de que aquello fuera una carta:
Mi padre no sale en los archivos como sale en casa.
Leyó la frase y la dejó ahí, sola, como un objeto extraño. Después escribió otra:
No sé si lo que encontré prueba algo o si solo me obliga.
Esa le pareció más verdadera. Menos defensiva. La palabra obliga tenía una dureza útil. No era culpa, no era condena, no era siquiera justicia. Era obligación, que era una palabra menos heroica y por eso mismo más soportable.
Pensó en Mateo. Pensó en la proyección pública. Pensó en el ayuntamiento convirtiendo material de archivo en un acto de comunidad, como si toda comunidad no se construyera también sobre lo que decide no mirar. Comprendió entonces que el problema ya no era solo el carrete ni la nota que decía No proyectar. El problema era la maquinaria entera del homenaje. La facilidad con que una ciudad pedía imágenes de su pasado para emocionarse sin hacerse preguntas.
Mateo llegó veinte minutos después, con dos cafés en un cartón y la energía impecable de quien sigue creyendo que el trabajo bien planteado mejora moralmente el mundo.
—Te he traído uno sin azúcar —dijo, dejando el vaso en la mesa—. Tienes cara de haber dormido con un ojo abierto.
James estuvo a punto de sonreír. La expresión, usada por otro, le sonó menos íntima y más zoológica.
—Puede ser.

Mateo se quitó la chaqueta y encendió su ordenador.
—Nos han escrito otra vez del ayuntamiento. Quieren una propuesta el lunes. No cerrada, pero sí una idea. Si metemos testimonios, queda mejor. A la gente le gusta oír voces mayores. Da verdad.
James levantó la vista con una lentitud que obligó a Mateo a callarse.
Da verdad.
No era una frase malintencionada. Precisamente por eso resultaba peor. Era la frase de una época que había aprendido a consumir autenticidad como recurso estético.
—No vamos a hacer una proyección sentimental —dijo James.
Mateo parpadeó.
—No he dicho sentimental.
—Lo has dicho de otra manera.
El silencio que siguió no fue largo, pero sí lo bastante nuevo para que ambos lo notaran. Mateo apoyó los antebrazos en la mesa. Había en su expresión una cautela sincera. No entendía del todo, pero entendía que algo se había desplazado.
—¿Ha pasado algo con el material? —preguntó.
James miró la carpeta. Luego a Mateo. Luego otra vez la carpeta.
—Sí.
Y no añadió nada más.
Mateo, que llevaba años trabajando con él y conocía el valor de ciertas omisiones, no insistió enseguida. Dio un sorbo al café, hizo el amago de abrir una factura, no la abrió.
—Si hay un problema legal, conviene saberlo ya.
—No sé si es legal —dijo James—. Sé que es un problema.
Era la frase más limpia que había pronunciado sobre el asunto, y al decirla sintió la extraña tranquilidad de las

cosas que, por fin, se nombran en el grado exacto de su incertidumbre.

En la residencia, Sarah dejó que Amalia hablara sin enderezar demasiado el hilo. A veces una entrevista se construye así: no guiando la memoria, sino acompañando sus desvíos hasta que revela su propio mapa.

Amalia recordó primero los inviernos. El frío en los dedos antes de coser. El brasero debajo de la mesa camilla. La tela apilada como si las casas se hubieran convertido en un anexo sin salario visible de la nave principal. Recordó a una vecina que se quedaba dormida con las gafas puestas y la aguja todavía entre los dedos. Recordó los bultos de trabajo entrando por las cocinas traseras para que nadie fingiera demasiado que aquello era empleo como el de los hombres. Recordó los recados, los encargados, los cambios de ritmo cuando se rumoreaba una inspección.

—¿Inspección de qué? —preguntó Sarah.

—De lo que fuera —dijo Amalia—. Cuando hay miedo, una no siempre sabe el nombre exacto de lo que teme.

La respuesta tenía una lucidez desnuda. Sarah la anotó casi con rabia, no contra Amalia, sino contra la falsa superioridad retrospectiva con la que tantas veces se juzga el pasado: ¿por qué no denunciaron?, ¿por qué no hablaron?, ¿por qué no dejaron constancia? Como si la gente viviera con el vocabulario entero de las instituciones y no, más a menudo, con la intuición informe de un peligro.

—Mary sí hablaba —añadió Amalia al cabo de un rato —. No siempre en alto, no se crea. Pero hablaba. Decía que si nos acostumbrábamos a hacer el trabajo en casa acabarían diciendo que en casa no trabajábamos, que ayudábamos. Y una vez que lo llaman ayuda, ya te han quitado la mitad.

Sarah dejó el bolígrafo sobre la libreta. Esa frase también exigía ser escuchada antes de ser escrita.
—¿Y las demás la seguían?
Amalia soltó un sonido breve, parecido a una risa sin alegría.
—Las demás la entendíamos. Seguir es otra cosa.
Sarah pensó en Elizabeth, en sus notas, en la huelga invisible. Pensó en lo fácil que es convertir a las mujeres del pasado en heroínas compactas o en víctimas mudas, y en cómo ambas operaciones les roban espesor. Entender no era seguir. Saber no era poder. Estar de acuerdo no significaba estar a salvo.
Amalia, como si hubiera leído algo de eso en la cara de la muchacha, añadió:
—No se equivoque. Había miedo, sí. Pero también había cálculo. Una hija enferma, un marido sin jornal fijo, una madre viviendo en casa, un alquiler, un embarazo, una deuda en la tienda. Todo eso también decide. La valentía no llega nunca a una mesa vacía sin discutir con nadie.
Sarah sintió que, por primera vez en semanas, el centro de su trabajo se desplazaba. Ya no se trataba de reunir pruebas para una tesis moral sobre la ciudad, ni siquiera de documentar un patrón laboral invisibilizado. Se trataba de devolver complejidad sin traicionarla. De no usar a estas mujeres para escribir una versión edificante de nada.
Miró las manos de Amalia. Manos pequeñas, sí, pero todavía en movimiento. Los dedos no dejaban de tocar algo: el borde de la manta, la sábana, la costura del camisón. Como si el cuerpo conservara, más allá de la necesidad, el oficio de verificar texturas.
—¿Usted cosía también? —preguntó.
Amalia alzó ambas manos, con una dignidad casi burlona.

—¿Y para qué cree que me sirvieron estas miniaturas? Para tocar el piano, desde luego no.
Después de la broma, sin embargo, se quedó callada. La ligereza había sido una puerta breve. Cuando habló otra vez, la voz cambió apenas, pero lo suficiente.
—A una se le quedan las manos llenas de memoria. Eso sí que no se va. La cabeza falla. Los nombres se mezclan. Las fechas se caen. Pero las manos se acuerdan. Cogen una tela y saben si tirará. Ven una costura y saben si la hizo una buena oficial o una chiquilla con prisa. Abren un cajón y distinguen, sin mirar, las tijeras de modista de las otras. Las manos sí se acuerdan.
Sarah escribió entonces despacio, con la impresión de que el capítulo entero acababa de encontrar su título verdadero, aunque todavía no supiera si se atrevería a usarlo.
William pasó la mañana sin tocar el pregón. Lo dejó sobre la mesa del salón como se deja una prenda que aún conserva el calor de la discusión. Había llamado a Elizabeth demasiado temprano para arrepentirse y demasiado tarde para fingir que solo obedecía a un impulso pasajero. Ahora le quedaban las horas intermedias, ese territorio en el que las decisiones empiezan a pedir coherencia.
Bajó al centro. Entró en la mercería de la plaza, no porque necesitara nada sino porque al pasar vio el escaparate: hilos ordenados por gamas de color, cremalleras, patrones, botones en cajitas transparentes. Hacía años que no entraba en una mercería. Tal vez décadas. Le sorprendió el olor, una mezcla leve de algodón, cartón y esa limpieza antigua de los negocios donde aún se barre dos veces al día. La mujer que atendía tendría unos setenta años y lo reconoció no de inmediato, sino después de observarlo el tiempo suficiente como para colocarle un apellido.

—Usted es Aranda —dijo.
William asintió, con el cansancio de quien sabe que en ciertas ciudades el apellido entra antes que la persona.
—Manuel Aranda era su padre.
No era una pregunta.
—Sí.
La mujer no sonrió ni endureció el gesto. Solo lo miró un segundo más, y ese segundo, por alguna razón, le pesó más que muchas palabras.
—Su madre venía a por botones pequeños —dijo al fin —. De nácar, si se podía.
William no supo qué responder. La información era minúscula y, sin embargo, abría una grieta inesperada. Su madre, reducida durante años en su memoria a la suma de ciertas elegancias, aparecía de pronto comprando botones, eligiendo tamaños, tocando materiales. El detalle no redimía nada ni explicaba nada, pero le devolvía una corporalidad que él, quizá por comodidad, había dejado adelgazar hasta convertirla casi en una figura.
—¿Sí? —dijo.
—Tenía unas manos muy bonitas —añadió la mujer—. Pero no de señora inútil. Eso siempre me llamó la atención.
William notó el juicio incluido en la precisión y no se sintió ofendido. Al contrario. Sintió que le estaban ofreciendo una pieza de su madre que nunca le había pertenecido.
Compró una caja de alfileres que no necesitaba. Al salir, se descubrió pensando que de los hombres de su familia se conservaban discursos, cargos, fotografías, placas; de las mujeres, a veces, apenas un hábito de compra y una observación sobre las manos. Y tal vez, se dijo, eso no era menos historia. Tal vez era la parte de la historia que ellos nunca habían aprendido a leer.

A mediodía, Elizabeth recibió a Sarah en casa. No se lo había pedido, pero sabía que la muchacha vendría después de la residencia, cargada con notas y esa mezcla de agitación y pudor que produce haber escuchado algo importante. Le abrió antes de que llamara por segunda vez.

—Ha hablado —dijo Sarah, sin saludo previo, como quien entra todavía dentro de una escena anterior—. Ha hablado muchísimo.

Elizabeth se apartó para dejarla pasar.

—Eso suele ser buena señal.

Se sentaron en la mesa del comedor. Sarah abrió la libreta, luego la cerró, incapaz todavía de decidir si debía citar o contar. Terminó haciendo lo segundo. Habló de Amalia, de la frase sobre la fábrica como edificio para los hombres y costumbre para las mujeres. De Mary diciendo que si lo llamaban ayuda ya les habían quitado la mitad. De las manos. Sobre todo de las manos.

Elizabeth no tomó notas. Escuchó con la atención severa de quien sabe que interrumpir demasiado pronto puede rebajar una revelación a simple información.

—No quieren que las convirtamos en santas —dijo Sarah al final—. Ni en víctimas perfectas. Eso es lo que siento. Quieren... no sé si quieren es la palabra. Pero lo que aparece es otra cosa. Una especie de inteligencia de supervivencia. Como si el silencio no fuera vacío, sino trabajo.

Elizabeth apoyó las yemas de los dedos sobre la mesa.

—Porque lo era.

Sarah la miró.

—A veces tengo miedo de estar interpretando demasiado.

—Y a veces interpretar demasiado es la única forma de no interpretar demasiado poco.

La paradoja las hizo sonreír un instante, aunque no aliviara nada.
Elizabeth se levantó, fue al escritorio del salón y volvió con una carpeta fina de cartón crema. La dejó frente a Sarah.
—No pensaba enseñarte esto todavía.
Dentro había fotocopias, notas de seminario, dos recortes de prensa, y al fondo una hoja escrita a máquina con correcciones a mano. Sarah reconoció, antes de leer el título entero, la nota al margen de la que Elizabeth le había hablado en fragmentos.
La huelga invisible.
No era un artículo terminado. Era una deriva de artículo, un intento. En los márgenes había flechas, preguntas, nombres encerrados en círculos, la insistencia de una mente que no había logrado entonces decir todo lo que intuía. Sarah pasó una hoja con reverencia casi física.
—¿Por qué no lo publicó?
Elizabeth tardó en responder.
—Porque en 1997 creí que aún me faltaban pruebas. En 1998 me fui a Salamanca. En 1999 me ocupé de mi madre. Luego llegaron otras cosas. Después me acostumbré a la idea de que ya era tarde.
Sarah alzó la vista.
—No era tarde.
Elizabeth sostuvo esa mirada con una mezcla de agradecimiento y dureza.
—Eso lo dices porque tienes treinta años y todavía no has descubierto la cantidad de veces que una persona puede llegar tarde a su propia obligación.
El silencio no fue incómodo. Fue exacto.
Sarah volvió al papel. Leyó en voz baja una línea subrayada por una Elizabeth mucho más joven: *La domesticidad fue la coartada perfecta de la explotación cuando convenía no verla como trabajo*.

—Esto sigue siendo bueno —dijo.
—No me interesa que sea bueno. Me interesa que sea útil.
La frase quedó entre ambas como un criterio, o quizá como una advertencia.
Entonces Elizabeth, casi sin transición, añadió:
—William me ha llamado.
Sarah dejó de pasar páginas.
—¿William?
—El hijo.
—Ya sé quién es William.
Elizabeth asintió. No era una reprimenda. Era solo la constatación de que, en ciertos asuntos, los nombres propios ya pesan demasiado para necesitar apellido.
—Quiere hablar de su madre.
Sarah pensó en James, en la llamada perdida, en la carpeta cerrada. Sintió que las líneas que hasta entonces había seguido por separado empezaban a converger con una velocidad que ya no dependería de ella.
—Entonces James ha encontrado algo.
No era una pregunta. Elizabeth lo entendió por el tono.
—Eso parece.
—Y no te ha dicho qué.
—No.
Sarah cerró la carpeta de golpe, no por enfado sino por concentración. Había momentos en que el pensamiento necesitaba oír el sonido de algo cerrándose para ordenarse.
—No va a ser solo una historia de archivo —dijo.
Elizabeth observó el rostro de la muchacha. Había en él miedo, sí, pero también esa forma de energía que aparece cuando una intuición deja de ser intuición y empieza a pedir estructura.
—Nunca lo fue.
Por la tarde, James abrió por fin la carpeta.

No lo hizo como quien se arma de valor, porque el valor, pensó, es una palabra demasiado limpia para ciertos actos. Lo hizo como quien acepta una tarea desagradable que ya ha dejado de poder posponer sin degradarse un poco. Cerró la puerta del despacho, bajó la persiana a medias y conectó el disco duro.
El archivo del carrete tardó unos segundos en cargar. Fotogramas, parpadeo, textura imperfecta del Super 8. El tiempo convertido en materia frágil. James avanzó hasta el tramo que llevaba dos noches habitándolo desde fuera. Se obligó a mirar sin detenerse primero en el gesto del padre, como si el contexto pudiera concederle una coartada que la imagen fija le negaba. Vio la nave. Las filas de mujeres. La luz dura sobre las mesas. La economía del movimiento en los cuerpos concentrados. Vio a un hombre que cruzaba por detrás. Otro que señalaba algo fuera de campo. Vio, por fin, a su padre acercarse a la joven de la americana azul. La mano bajo la barbilla. El descenso de la mirada de ella. La duración exacta del gesto.
Lo vio una vez.
Luego otra.
Luego a velocidad reducida.
El problema de las imágenes, pensó, no es que mientan. Es que dicen demasiado poco justo donde más se las necesita. No podía saber si había caricia, corrección, intimidación, complicidad forzada, costumbre jerárquica. No podía saber qué había pasado antes ni después. No podía saber qué significaba para ella ese gesto. Lo único evidente era la desigualdad absoluta del encuadre, aunque la cámara no tuviera intención de denunciarla: él se movía con la autoridad de quien pertenece al lugar; ella ocupaba el plano como quien pertenece al trabajo.
Detuvo la imagen.

Ampliada, la cara del padre se volvía granulada, casi anónima. Sin embargo, James lo reconocía mejor que en muchas fotografías nítidas. Reconocía la forma de inclinar ligeramente la cabeza cuando quería que algo se hiciera sin levantar la voz. Reconocía la pedagogía del poder en los hombres educados para parecer razonables.

Sintió una punzada de rabia que no iba solo contra el padre, sino contra sí mismo por la lentitud con que ciertas comprensiones llegan cuando vienen a interpelar el origen.

Abrió entonces otro archivo, uno que había evitado mirar con atención: la hoja escaneada donde aparecía, a lápiz, la nota No proyectar. La letra no era la de su padre. Tampoco la de Mateo. Era antigua, inclinada, probablemente de archivo interno. Debajo, casi borrado, se adivinaba algo más. Ajustó contraste. Subió niveles. Esperó.

Aparecieron dos palabras incompletas, pero suficientes.

No proyectar. Planta B.

Se quedó inmóvil.

Planta B.

La fábrica restaurada que la ciudad conmemoraba ya no tenía plantas, solo memoria urbana y jardinería pública. Pero la vieja distribución aparecía en algunos planos, en fotografías técnicas, en papeles de mantenimiento que James había visto sin interés años atrás. La planta B era, si no recordaba mal, la zona donde se derivaba parte del trabajo de acabado y revisión. También, según un inventario de personal que había pasado por sus manos, el área donde las trabajadoras temporales rotaban más.

No era una prueba cerrada. Ni siquiera una pista sólida todavía. Pero era algo más que una intuición moral. Era una localización. Un trozo de mundo.

Sacó el teléfono. Esta vez no llamó a Sarah.
Llamó a un antiguo encargado de mantenimiento jubilado, uno de esos hombres que sobreviven en la periferia de las empresas como depósitos involuntarios de información no oficial. Tardaron en contestar. Cuando al otro lado sonó una voz cavernosa y desconfiada, James se oyó decir:
—Soy James Aranda. Necesito preguntarle por la distribución antigua de la Fontana. Por la planta B.
Hubo un silencio. Luego una tos seca. Luego la frase que, desde hacía días, parecía estar esperando en algún sitio del mundo a que alguien formulara la pregunta correcta:
—La planta B no salía en las visitas.
James cerró los ojos.
A veces la verdad no llega como iluminación, sino como confirmación de una sospecha que ya había empezado a hacerte sitio por dentro.
Al caer la tarde, William revisó por última vez el pregón antes de salir a cenar con Elizabeth. No para corregirlo, sino para comprobar si todavía podía leerlo sin sentir vergüenza. La primera frase seguía ahí: La Fontana fue más que una fábrica.
La sostuvo con la mirada unos segundos y, por primera vez, entendió que no estaba mal escrita. Estaba incompleta. Le faltaba el precio.
Cogió un bolígrafo y añadió debajo, no como sustitución sino como herida:
Para algunos.
No tachó la frase anterior. La dejó convivir con la enmienda, como conviven en las ciudades las versiones oficiales y las notas al margen, la placa y el rumor, el homenaje y la cuenta pendiente.
Se puso la chaqueta. Antes de salir, abrió el cajón donde guardaba la libreta negra de su padre. La hojeó sin buscar nada concreto hasta encontrar, en una

página trasera, un apunte breve de letra masculina, rápida, no del todo firme:
M. insiste con las de casa. Hablar con V.
Solo eso. Una inicial. Un verbo. Las de casa.
William cerró la libreta con una mezcla de repulsión y alivio. Repulsión por la eficacia fría de la anotación; alivio porque incluso la mezquindad, al reducir a siglas lo que no quiere nombrar, deja a veces una huella. Guardó la libreta en el bolsillo interior de la chaqueta. No sabía aún si enseñársela a Elizabeth. No sabía si el apunte significaba lo que empezaba a parecer que significaba. Pero ya no podía seguir fingiendo que la historia de su familia consistía en malentendidos nobles y silencios elegantes. Había gestión. Había decisiones. Había mujeres reducidas a categoría administrativa: las de casa.
Salió cuando la luz empezaba a retirarse de las fachadas y la ciudad entraba en esa hora en que los comercios cierran a medias y las conversaciones parecen hacerse más verdaderas solo porque hay menos ruido.
Sarah, de vuelta en su apartamento, transcribió hasta que anocheció. Puso la grabación de Amalia a velocidad normal, luego más lenta, luego normal otra vez. Quería escuchar no solo lo que decía, sino cómo llegaba a decirlo. Las respiraciones, las vacilaciones, el pequeño orgullo con que pronunciaba ciertas palabras y la fatiga que empañaba otras. Había aprendido que la forma no era un adorno de la memoria, sino parte de su contenido.
En una página nueva de la libreta escribió:
No preguntarse solo qué recuerdan, sino desde dónde recuerdan.
Debajo, otra línea:
Las manos como archivo no estatal.

La formulación le hizo sonreír. Era académica, sí, y un poco aparatosa, pero contenía algo verdadero. Pensó en corregirla. No lo hizo. Hay frases torpes que son andamios necesarios.
Luego abrió un documento aparte y comenzó a ordenar nombres:

- Mary
- Amalia
- Margaret
- obreras de nave
- costureras a domicilio
- temporales
- mujeres no fotografiadas

Se detuvo en esa última categoría. Mujeres no fotografiadas. Le pareció brutal que una categoría histórica pudiera definirse por la ausencia de imagen. Y, sin embargo, era exacta. No las habían borrado del todo; las habían dejado fuera de cuadro, que es una forma más sofisticada de desaparición.
Miró el teléfono. Ni un mensaje de James.
No le molestó. O no del modo simple en que la habría molestado semanas atrás. Ahora intuía que él estaba en la parte del proceso en que uno todavía no puede hablar sin elegir mal cada palabra. A veces el silencio no es evasión, pensó. A veces es el espacio miserable pero necesario en el que una conciencia aprende a no defenderse tan deprisa.
Abrió la última página escrita y copió, con letra más lenta, la frase de Amalia:
La fábrica era un edificio para los hombres y una costumbre para las mujeres.
Después añadió:
Y las costumbres, cuando se heredan, tardan más en cerrarse que las fábricas.

Se quedó mirando la línea. No sabía todavía si era una buena frase o solo una frase cierta. Le bastaba con lo segundo.

La cena entre Elizabeth y William empezó con una cortesía tan vigilada que durante los primeros minutos ambos parecieron actuar una escena escrita por otra generación. El restaurante era pequeño, discreto, uno de esos lugares donde las mesas están lo bastante separadas como para que cada conversación pueda fingir que no pertenece a la misma ciudad que las demás. Elizabeth lo había elegido justamente por eso. No por comodidad, sino por control.

Pidieron sin mirar mucho la carta. Vino ella. Agua él. Esa diferencia mínima le dijo a Elizabeth más sobre William que cualquier frase de apertura: los hombres que necesitan conservar el gobierno de sí mismos en una conversación difícil no suelen beber al principio.

Hablaron del tiempo apenas dos frases. Del pregón, una. Del padre, ninguna.

Fue Elizabeth quien cruzó primero la frontera.

—¿Qué sabía su madre? —preguntó.

William no fingió sorpresa. Había venido precisamente para eso, aunque no supiera cómo empezar.

—No lo sé —dijo—. Y por primera vez me parece importante no inventármelo.

Elizabeth lo observó con atención. La respuesta era mejor de lo que esperaba.

—¿Por qué ahora?

William apoyó ambas manos sobre la mesa. Manos cuidadas, pensó Elizabeth, pero no blandas. Manos de hombre que había hecho poco trabajo manual y, sin embargo, no del todo ajeno al roce con las cosas. Se sorprendió a sí misma pensando en manos. Sarah la estaba contaminando, o tal vez simplemente afinando.

—Porque llevo una semana intentando escribir un texto conmemorativo —dijo—. Y porque ya no sé qué conmemoro si no sé qué se dejó fuera.
Hizo una pausa.
—Y porque mi padre dejó papeles. Pocos. Insuficientes. Pero los dejó.
Elizabeth sintió una corriente fría, no de temor sino de método. Papeles. Siempre papeles. Los hombres creen a menudo que dominan el relato porque dominan los documentos. Ignoran la cantidad de verdad que dejan en sus abreviaturas.
—¿Qué papeles?
William metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó la libreta negra. La dejó sobre la mesa sin abrirla, como si todavía necesitara pedir permiso a alguien ya muerto.
—Esto, entre otras cosas.
Elizabeth no la tocó de inmediato.
—¿Su padre escribía mucho?
—Lo suficiente para ordenar. No para confesarse.
—Nadie de ese mundo se confesaba por escrito.
William abrió la libreta y buscó la página. Giró el cuaderno hacia ella.
Elizabeth leyó: M. insiste con las de casa. Hablar con V. No levantó la vista enseguida. Dejó que el apunte hiciera su trabajo dentro de su memoria. M. podía ser Manuel. Podía ser otra persona. V., en cambio, abría un abanico más estrecho. Vicente, quizá. Valverde. Velasco. Algún intermediario, algún encargado, alguien situado en el punto donde la decisión empresarial se traduce en disciplina práctica.
—¿Quién es V.? —preguntó William.
Elizabeth apoyó los dedos junto a la línea, sin tocarla.
—Todavía no lo sé. Pero las de casa sí sé quiénes son.

William asintió, despacio. No con orgullo de haber traído una prueba, sino con el cansancio de quien ve confirmarse una sospecha que ya le quitaba el sueño.
—Necesito que me ayude a entender lo que estoy mirando.
Elizabeth cerró la libreta.
—No —dijo.
William parpadeó, herido por la sequedad del rechazo. Ella sostuvo la negativa solo un segundo más antes de completarla.
—Necesita entender primero que no está mirando solo a su padre.
La corrección cayó con suavidad, pero no con blandura.
—Está mirando un sistema que lo hizo posible, útil y respetable. Si reduce esto a la culpa de un hombre, va a salir de aquí con una tragedia familiar y una absolución pública. Y no voy a ayudarle a construir eso.
William inclinó ligeramente la cabeza. La frase, lejos de ofenderlo, pareció enderezarle algo.
—Entonces ayúdeme a no construirlo.
Elizabeth tomó aire. Afuera, en la calle, alguien bajó una persiana con el estruendo metálico de las ciudades que cierran el día sin resolver nada. Dentro, entre los platos todavía intactos, dos personas de mundos que habían aprendido a mirarse por categorías empezaban por fin a hablarse como se habla cuando la utilidad del fingimiento se ha agotado.
Y en otra parte de la ciudad, en una residencia, en un piso lleno de cuadernos, en un despacho del polígono, en una libreta de tapas blandas, las manos seguían haciendo su trabajo antiguo: sostener, apuntar, coser, abrir cajones, pasar páginas, acercar el pasado a una forma que no lo limpiara.

Porque las mujeres que sí se acuerdan no siempre recuerdan más.
A veces recuerdan mejor dónde dolía.

Capítulo 6. El uso del agravio

La mañana llegó a la ciudad con una humedad que parecía venir de antes de los edificios, de cuando el lugar era solo una depresión del terreno donde el aire se quedaba quieto. Sarah despertó con la frase de Amalia todavía en la boca del sueño, esa sensación de haber estado hablando con alguien que ya no respondía pero que tampoco había colgado. Se quedó un rato mirando el techo, reconstruyendo lo que recordaba: una conversación sobre tijeras, sobre el sonido distinto que hacían según el tamaño del dedal que las sostenía. Detalles que no había anotado y que, sin embargo, le parecían ahora más densos que muchas de las citas transcritas.

El teléfono mostraba una hora temprana y un mensaje de James que no decía nada, solo su nombre en la pantalla, como si hubiera empezado a escribir y se hubiera detenido en el umbral. Sarah lo miró sin prisa. Entendía esos mensajes fantasma mejor de lo que hubiera querido. Eran la forma que tenían ciertas personas de decir *estoy aquí sin saber cómo estar*, y ella misma los había enviado más veces de las que recordaba.

No le respondió. Algo en la mañana le pedía lentitud, una especie de resistencia ceremonial contra la urgencia que el trabajo intentaba imponerle.

Se levantó, hizo café, abrió la ventana. El ruido de la calle entró sin pedir permiso: un autobús, una

conversación de moto, el golpe rítmico de una persiana metalica que alguien subía con prisa. Sonidos que no pertenecían a la historia que estaba reconstruyendo y que, precisamente por eso, le resultaban necesarios. Necesitaba recordar que el pasado no era un territorio aparte, sino una capa de este mismo ruido, de esta misma luz que ahora caía sobre la encimera con una inclinación de julio.

James, en cambio, no había dormido. Había pasado la noche en una sucesión de posturas en el sofá, con el portátil sobre las rodillas y la carpeta abierta en la mesa como una herida que no se decide a cerrar. Había visto el carrete otras tres veces. Luego cuatro. Cada revisión le aportaba menos información y más certeza, una paradoja que conocía de otros trabajos de archivo pero que nunca le había parecido tan personal. Lo que veía no cambiaba: el mismo gesto, la misma duración, la misma imposibilidad de saber. Pero lo que *sabía* él, o empezaba a saber, se acumulaba en algún sitio del cuerpo que la vista no alcanzaba.

A las seis de la mañana había llamado al encargado de mantenimiento jubilado, sin recordar que era una hora indecente. El hombre había contestado con una tos que sonaba a reproche, pero también a resignación, como quien está acostumbrado a que la memoria de otros no respete los horarios. Habían hablado veinte minutos. El hombre recordaba la planta B con una precisión que James envidió y sospechó a la vez: la memoria técnica, la de los planos y las distribuciones, parecía conservarse mejor que la de los rostros, quizá porque los planos no exigían complicidad ni culpa.

—La planta B no salía en las visitas —había repetido el viejo—. Ni en los reportajes, ni en las fotos de grupo. Era donde se hacía el trabajo que no querían mostrar. No porque fuera ilegal, entienda. Porque no era presentable.

James había anotado la frase con la misma letra apresurada con que tomaba notas en proyecciones: *no presentable*. La palabra le parecía más exacta que *ilegal*, más honesta que *clandestino*. Hablaba de una economía de la mirada, de una decisión sobre qué merecía ser visto y qué debía quedarse en el umbral de la representación.

Ahora, con la luz verdadera entrando por la ventana del piso, repasaba lo que tenía. El carrete. La nota. La planta B. La llamada perdida de Sarah. La cena de William con Elizabeth que ella le había contado por teléfono, en una conversación que ninguno de los dos había iniciado y que ambos habían prolongado más de lo necesario, como quien no quiere ser el primero en colgar.

Había algo en esa red de silencios y revelaciones que James no lograba nombrar. No era una conspiración, al menos no en el sentido en que la palabra se usaba en los documentales que Mateo consumía con fervor. Era algo más difuso y más antiguo: una forma de organizar el olvido, de distribuir la responsabilidad en tantas manos que al final no pareciera responsabilidad de nadie.

Abrió el documento en blanco donde había escrito las frases sobre su padre. Añadió una tercera:

La planta B no era un secreto. Era una costumbre.

Leyó las tres frases juntas. Le parecieron insuficientes y, sin embargo, el único terreno firme desde el que podía empezar a hablar.

Elizabeth había quedado con Sarah a media mañana, pero llegó al café veinte minutos antes. Necesitaba ese tiempo para estar sentada antes de que la otra llegara, para controlar el espacio, para dejar que el café se le enfriara lo suficiente como para beberlo sin prisa. Eran manías de una época en la que las mujeres de su generación habían aprendido que el tiempo era un

recurso que otros administraban y que ella, por tanto, debía administrar por anticipado.

Había traído la carpeta crema con los papeles de *La huelga invisible*. No para enseñárselos de nuevo, sino porque su presencia física le servía de ancla. A veces necesitaba tocar lo que había escrito para creer que lo había pensado.

Sarah entró con el pelo aún húmedo y una libreta distinta, más gruesa, con el lomo torcido por el uso. Se sentó sin quitarse la chaqueta, como quien no planea quedarse pero ya sabe que se quedará.

—He soñado con Amalia —dijo, sin saludo.

Elizabeth la observó. La muchacha tenía ojeras que no había tenido días atrás, y algo en la forma de mover las manos sobre la mesa le recordó a las mujeres que había entrevistado décadas antes: ese gesto de verificar la textura de las cosas, de asegurarse de que el mundo seguía siendo tangible.

—¿Qué soñaste?

—Que cosía. Que yo intentaba preguntarle algo y ella seguía cosiendo, sin mirarme, y de pronto me daba cuenta de que la pregunta no importaba, de que lo importante era el hilo, la tensión, el movimiento.

Elizabeth asintió. Los sueños de otras personas le interesaban poco en general, pero los de Sarah le parecían una extensión válida de su trabajo, una forma de procesar lo que la entrevista no había resuelto.

—El sueño tiene razón —dijo—. A veces la pregunta es solo una forma de mantener la conversación mientras ocurre otra cosa.

Pidieron. Sarah un té, Elizabeth otro café que no necesitaba. El ritual les dio un minuto de tregua.

—William me enseñó la libreta de su padre —dijo Elizabeth cuando el camarero se alejó.

Sarah dejó la cuchara sobre el platillo con un sonido que pareció más fuerte de lo que era.

—¿Y?
—Una anotación. M. insiste con las de casa. Hablar con V.
Sarah repitió las palabras en voz baja, como quien prueba el peso de algo en una lengua extranjera.
—M. es Manuel Aranda.
—Probablemente.
—Y V.
—Eso es lo que necesito saber.
Sarah abrió su libreta, no la nueva sino una más vieja, con páginas dobladas y post-its de colores que ya se habían despegado parcialmente. Hojeó hasta encontrar una lista de nombres.
—En los archivos del ayuntamiento, en los informes de la época, aparecen varios V. Vicente López, jefe de personal. Valeriano Ruiz, contable. Ventura Martínez, encargado de producción. Y luego está Víctor, sin apellido, que aparece en una nota de gastos menores como intermediario con proveedores externos.
Elizabeth tomó la libreta y leyó los nombres con una lentitud que Sarah reconoció como su método: no evaluar, solo dejar que las letras hicieran su trabajo en la memoria.
—Ventura Martínez —dijo al fin—. Estuvo en la fábrica desde los cincuenta. Luego desapareció de los registros oficiales, pero no de la ciudad. Lo vi una vez, hace años, en el entierro de un alcalde. Ya era viejo. Tenía una forma de mirar a las mujeres que no era exactamente deseo, sino algo más corrosivo: la costumbre de evaluar.
Sarah anotó la descripción sin preguntar más. Sabía que Elizabeth no añadiría nada que no hubiera visto, y que lo que había visto valía más que muchos documentos.
—¿Crees que es él?

—Creo que V. podría ser cualquiera. Pero creo que *las de casa* no es una categoría que usara un contable. Es una categoría de producción. De alguien que organizaba el trabajo, no quien pagaba por él.
El café llegó. Elizabeth lo dejó enfriar un poco más.
—Hay algo más —dijo Sarah—. James ha encontrado algo. No sé qué. Una llamada perdida, un mensaje que no termina. Está en una parte del proceso donde todavía no puede hablar.
Elizabeth la miró con una intensidad que Sarah no supo interpretar.
—¿Y tú? ¿Puedes hablar?
La pregunta era más amplia de lo que parecía. Sarah lo sintió en el cuerpo, en una tensión que se le instaló entre los omóplatos.
—Puedo hablar de lo que sé. De Amalia, de las manos, de la fábrica como costumbre. Pero hay algo que no sé si debería contarte todavía.
Elizabeth no insistió. Esa era su habilidad, pensó Sarah: saber cuándo la presión era contraproducente, cuándo el silencio era una forma más eficaz de escuchar.
—James y yo —dijo Sarah al cabo de un rato, eligiendo cada palabra como quien elige piedras para cruzar un río—. Tenemos algo que no hemos nombrado. No es solo el trabajo. Pero tampoco sé qué es. Y ahora hay esto, lo que él ha encontrado, y siento que lo que sea que tenemos se va a convertir en una prueba más o en un obstáculo más, y no sé cómo evitarlo.
Elizabeth tomó el café por fin. Estaba frío, como ella lo quería.
—No puedes evitarlo —dijo—. Lo que puedes es decidir si lo nombras antes de que lo nombren por ti.
—¿Y si lo nombro y se rompe?

—Entonces se rompe. Pero lo que se rompe por nombrarlo ya estaba roto, Sarah. Solo que tú no lo sabías.

La frase cayó con una dureza que no era crueldad. Era la dureza de quien había aprendido que ciertas verdades solo se pueden decir sin suavizar, porque el suavizado las convierte en otra cosa.

Sarah miró su té, aún humeante. Pensó en James, en la planta B, en la nota que decía *No proyectar*. Pensó en la noche en que habían estado juntos por primera vez, en un apartamento que ya no era de ninguno de los dos, y en cómo ninguno de los dos había mencionado el trabajo mientras duró y cómo el trabajo había vuelto antes de que amaneciera.

—Necesito hablar con él —dijo.

—Sí.

—Pero primero necesito saber qué sabe.

Elizabeth dejó la taza.

—Eso es otra cosa. Eso no es hablar con él. Eso es interrogarlo antes de que te interroguen.

Sarah reconoció la distinción. Le dolió reconocerla.

—¿Y qué hago?

—Lo que hagas, hazlo sabiendo que la información es también una forma de poder. Y que el poder, entre dos personas que no se han dicho todo, siempre envenena lo que toca.

William pasó la mañana en el archivo municipal, una sala que olía a papel encolado y a la ansiedad de quienes consultan documentos que no deberían necesitar tanta burocracia para existir. Había ido con una excusa preparada: investigación para el pregón, contexto histórico, la retórica de la conmemoración. El archivero, un hombre de su edad con una forma de mirar por encima de las gafas que sugería larga práctica en el escepticismo profesional, le había dejado

pasar con una condescendencia que William no supo si era hostilidad o simple cansancio.
Buscaba a V. No directamente, porque no sabía aún quién era V. Buscaba rastros, apariciones, nombres que aparecieran cerca de las anotaciones de su padre. Ventura Martínez apareció en varios informes de producción de los años sesenta y setenta. Vicente López, el jefe de personal, en actas de reuniones del consejo. Valeriano Ruiz en balances contables. Ninguno de ellos parecía la persona con quien Manuel Aranda habría necesitado *hablar* sobre *las de casa*.
Fue en un legajo de correspondencia interna, de esos que nadie solicita porque no contienen decisiones sino solo la gestión de decisiones ya tomadas, donde encontró algo. Una nota mecanografiada, sin firma completa, solo las iniciales V.M.:
Se confirma derivación a domicilio para lotes 14-17. Planta B al 40%. Personal femenino no registrado en nómina ordinaria. Se adjunta relación para su conocimiento.
Debajo, una anotación a mano, letra de su padre:
Recibido. Proceder.
William leyó la hoja varias veces. *Proceder*. La palabra que su padre usaba para todo, desde autorizar una compra hasta despedir a alguien, desde aceptar una invitación hasta, aparentemente, confirmar una derivación de trabajo que dejaba a mujeres fuera de la nómina ordinaria. *Proceder*. Como si la decisión ya hubiera sido tomada por otro y él solo ejecutara, como si la ejecución no fuera también una forma de decisión.
Pidió fotocopia. El archivero se la hizo sin preguntar, con la eficiencia de quien ha aprendido que no es su trabajo evaluar lo que se fotocopia.
Salió a la calle con el papel doblado en el bolsillo. El sol de julio le pareció de pronto excesivo, una iluminación que no tenía en cuenta la densidad de lo que él

acababa de leer. Caminó sin rumbo, reconociendo calles que había recorrido de niño, fachadas que habían cambiado de uso pero no de estructura, comercios que ahora vendían cosas distintas en los mismos escaparates.

Se detuvo frente a la antigua fábrica Fontana, hoy convertida en centro cultural con jardín y cafetería. Había estado allí cientos de veces, para actos, para reuniones, para la foto de familia que se repetía cada año con fondo de ladrillo restaurado. Nunca había mirado el edificio pensando en la planta B. Nunca había considerado que el espacio que ahora ocupaban los niños corriendo entre bancos de diseño había sido, para otras personas, un lugar de trabajo que no merecía ser mostrado.

Entró en la cafetería. Pidió un agua que no quería. Se sentó en una mesa desde la que se veía la fachada principal, la que habían conservado, la que aparecía en los folletos turísticos. Pensó en su madre, en los botones de nácar, en las manos que no eran de señora inútil. Pensó en lo que ella habría sabido, en lo que habría elegido no saber, en la diferencia entre ambas cosas que a veces era solo una diferencia de ritmo, de momento, de pregunta que llega demasiado pronto o demasiado tarde.

Sacó el teléfono. Escribió a Elizabeth: *He encontrado algo. Necesito verla.*

Esperó. La respuesta tardó diez minutos, lo suficiente para que él imaginara todas las formas en que podría haberse negado.

A las seis. En mi casa.

Mateo llegó a la oficina con la energía contenida de quien tiene noticias que no sabe si son buenas o malas. James lo reconoció enseguida: era su propia energía de los últimos días, reflejada en otro cuerpo, y le resultó insoportable verla desde fuera.

—El ayuntamiento ha aceptado la propuesta —dijo Mateo, dejando la mochila en su silla—. Quieren la proyección para el acto del mes que viene. Con testimonios, con contexto, con todo el paquete.
James no respondió de inmediato. Estaba sentado frente al monitor, con el documento de las tres frases todavía abierto, aunque había minimizado la ventana antes de que Mateo entrara.
—¿Qué pasa? —preguntó Mateo, percibiendo algo.
—Nada.
—James.
La insistencia era nueva. Mateo no solía insistir, confiaba en que las cosas se dijeran a su tiempo, en que el trabajo bien planteado, como decía, mejoraba moralmente el mundo. Pero algo había cambiado en los últimos días, una tensión que no tenía nombre pero que ambos reconocían.
—He encontrado material que no deberíamos proyectar —dijo James al fin.
Mateo se sentó. No en su silla, sino en el borde de la mesa, cerca de James, una posición que pretendía ser colaborativa pero que James experimentó como invasión.
—¿Material ilegal?
—No lo sé.
—¿Ofensivo?
—Eso depende de para quién.
Mateo hizo una pausa, reorganizando su enfoque. James vio el gesto, lo había visto cientos de veces en reuniones con clientes: la pausa que precede a la estrategia, al replanteo, a la búsqueda de un ángulo que salve el proyecto.
—Mira —dijo Mateo—. El ayuntamiento quiere una proyección que emocione sin incomodar. Eso es lo que siempre quieren. Pero nosotros podemos decidir cómo llegar a eso. Si hay material problemático, lo

contextualizamos. Lo enmarcamos. Lo usamos para mostrar la complejidad, no para...
—¿Para qué? —interrumpió James.
—No sé. Para acusar a nadie. Para herir sin necesidad.
James se levantó. Se acercó a la ventana, desde donde se veía el polígono, las naves industriales convertidas en logística, en almacenes, en lo que quedaba de una economía que ya no producía lo que consumía.
—Hay una diferencia entre herir y nombrar —dijo, sin volverse—. Y otra entre nombrar y usar. No sé todavía en qué lado estoy. Pero sé que no quiero que esto se convierta en un acto de comunidad donde todos se emocionan y nadie pregunta por qué emocionan.
Mateo no respondió. El silencio se extendió hasta que James se volvió y vio en su rostro algo que no esperaba: no comprensión, pero tampoco rechazo. Una especie de espera.
—¿Y si no hacemos la proyección? —preguntó Mateo.
—Entonces otro la hará. Peor.
—¿Y si la hacemos nosotros, con lo que tú has encontrado?
James volvió a la mesa. Se sentó. Miró la carpeta, el disco duro, el monitor que reflejaba su cara demacrada.
—Eso es lo que estoy intentando decidir —dijo—. Si podemos usar el agravio sin convertirlo en espectáculo. Si hay una forma de mostrar lo que pasó sin que se vuelva consumible.
Mateo asintió, despacio.
—No sé si existe esa forma —dijo—. Pero sé que si alguien puede encontrarla, eres tú.
La frase sonó a confianza profesional, pero James escuchó algo más: una carga, una delegación. Mateo le estaba entregando la responsabilidad de decidir, no

porque creyera que James tenía la respuesta, sino porque no quería tenerla él.

Sarah llegó al polígono a mediodía, sin avisar. Encontró la puerta de la oficina abierta y a James solo, Mateo había salido a comer. Lo vio antes de que él la viera: inclinado sobre el escritorio, con una lupa de las que usaban para examinar fotogramas, tan concentrado que no oyó sus pasos en el pasillo.

Se quedó en el umbral, observándolo. Vio la tensión de sus hombros, la forma en que su mano izquierda sostenía la lupa mientras la derecha apoyaba el índice en un punto del fotograma, como si pudiera tocar lo que la imagen mostraba. Vio el cabello revuelto, la camisa que llevaba dos días, la postura de quien ha olvidado que el cuerpo existe mientras la mente está en otra parte.

Y vio, también, algo que la conmovió sin que pudiera decir por qué: la delicadeza con que manejaba el material, una delicadeza que no era profesional sino algo más antiguo, una forma de respeto que el cuerpo aprende cuando sabe que lo que toca es frágil.

Tosió, discretamente. James levantó la vista. No pareció sorprendido, solo interrumpido en un sueño que ya no distinguía del trabajo.

—Has venido —dijo.

—He venido.

No añadió *por fin* ni *ya era hora*. Dejó que el hecho hablara.

James dejó la lupa. Se enderezó. Se frotó los ojos con un gesto que lo hizo parecer de pronto mucho más joven, o mucho más viejo.

—He encontrado algo —dijo.

—Lo sé. Elizabeth me lo dijo.

James asintió, como si esperara esa respuesta.

—¿Y ella qué te dijo que hiciera?

—Que hablara contigo. Que no interrogara.

Una sonrisa breve, casi amarga, cruzó el rostro de James.
—Elizabeth siempre sabe lo que hay que hacer. Lo difícil es hacerlo.
Sarah entró. Cerró la puerta. Se sentó en la silla de Mateo, frente a él, con la mesa entre ambos como una frontera que ninguno de los dos decidía cruzar todavía.
—Muéstrame —dijo.
James dudó. Lo vio ella, la duda física, el gesto de su mano derecha que se acercó al disco duro y se detuvo.
—No es solo el carrete —dijo—. Hay más. Una nota. Una localización. Algo que mi padre sabía y que alguien decidió no proyectar.
—¿Y tú quieres proyectarlo?
—No sé si *proyectar* es la palabra.
—¿Cuál es?
James la miró. Por primera vez en días, la miró de verdad, no como interlocutora de un trabajo compartido ni como posible aliada en una investigación, sino como la persona que era, con su libreta torcida y su pelo húmedo y su manera de sentarse como quien está preparada para recibir lo que sea, incluso lo que duele.
—Quiero que se sepa —dijo—. Pero no quiero que se sepa de cualquier manera. No quiero que mi padre sea el villano de un documental que la gente ve el sábado por la tarde y olvida el lunes. No quiero que las mujeres de la planta B se conviertan en símbolos de algo que nadie termina de entender. No quiero que Mateo tenga razón y que esto se vuelva *verdad* en el sentido en que la usan ahora, como recurso estético.
Sarah escuchó. No tomó notas. No interrumpió.
—Pero tampoco puedo quedármelo —continuó James —. No puedo ser el guardián de esto, el que sabe y calla para proteger a su familia o para protegerse a sí mismo. Eso también es una forma de usar el agravio,

¿no? Usarlo para construirse una identidad de testigo privado, de hombre que sufre por lo que sabe.
La pregunta era real. Sarah lo sintió.
—Sí —dijo—. Eso también es usarlo.
James asintió, como si confirmar su sospecha le aliviara algo.
—Entonces no sé qué hacer.
Sarah se inclinó hacia delante. No mucho, solo lo suficiente para reducir la distancia que la mesa imponía.
—Yo tampoco sé qué hacer con lo que sé —dijo—. Amalia me habló de las manos, de la memoria que queda en los dedos. Elizabeth me enseñó un artículo que no publicó porque creyó llegar tarde. William encontró una libreta donde su padre reduce a mujeres enteras a *las de casa*. Y yo llevo semanas construyendo una tesis sobre trabajo invisible que de pronto me parece una forma muy sofisticada de no escuchar lo que estas mujeres realmente dicen.
Hizo una pausa. James no se movió.
—Pero hay algo que sé —continuó—. Que el silencio no es neutral. Que cada forma de contar es también una forma de no contar. Y que la única pregunta que importa no es si vamos a herir, porque vamos a herir sí o sí, sino a quién vamos a herir y con qué fin.
James cerró los ojos. Cuando los abrió, había en ellos algo que Sarah no le había visto antes: no determinación, sino su precursor más modesto, la aceptación de que la determinación era necesaria aunque no se sintiera.
—Necesito que veas el material —dijo—. Todo. El carrete, la nota, lo de la planta B. Y luego necesito que me digas si puedo usarlo de una forma que no sea... —buscó la palabra— ...que no sea traición.
—¿Traición a quién?

—A ellas. A las mujeres que aparecen. A las que no aparecen. A mi madre, que quizá sabía y no dijo. A mi padre, que hizo lo que hizo. A mí mismo, que no quiero convertir esto en una prueba de mi propia rectitud.
Sarah extendió la mano sobre la mesa. No hasta tocarlo, pero cerca.
—Muéstrame —dijo otra vez.
Y esta vez James lo hizo.
La proyección en la oficina del polígono no tenía las condiciones de un acto público. La pantalla era pequeña, la luz del mediodía entraba por las persianas entreakiertas, el sonido del tráfico exterior competía con el zumbido del proyector. Todo era inadecuado, pensó Sarah, y por eso mismo apropiado: la inadecuación era una forma de respeto, una señal de que esto no estaba todavía listo para ser consumido.
Vio la nave. Las filas de mujeres. La luz que James había descrito. Vio a los hombres que cruzaban por detrás, a los que señalaban, a los que organizaban la mirada de la cámara sin aparecer en ella. Vio el gesto de Manuel Aranda, la mano bajo la barbilla, el descenso de la mirada de la joven de la americana azul.
James la dejó verlo tres veces. Luego detuvo la imagen.
—No puedo saber qué es —dijo—. No puedo saber si es abuso, si es disciplina, si es algo peor o algo menos. Solo puedo ver la desigualdad del encuadre.
Sarah miró la imagen congelada. La joven de la americana azul tenía una edad difícil de determinar, entre veinte y treinta años, el tipo de edad que la cámara de entonces hacía indistinta. Su expresión, ampliada hasta la pixelación, era igualmente indeterminada: no resignación, no rebeldía, solo la concentración de quien sabe que está siendo

observada y ha aprendido a no revelar nada a la observación.
—¿Quién es? —preguntó.
—No lo sé. He buscado en las nóminas, en las fotos de grupo, en los registros. No aparece con nombre.
—Mujeres no fotografiadas —murmuró Sarah.
—¿Qué?
—Una categoría que estoy construyendo. Las que no aparecen, o aparecen sin nombre, o aparecen como número, como *personal femenino no registrado en nómina ordinaria*.
James la miró. Había en su rostro algo que ella no supo interpretar: no era sorpresa, sino reconocimiento, como si ella hubiera nombrado algo que él llevaba días sintiendo sin forma.
—Hay más —dijo.
Mostró la nota escaneada. *No proyectar. Planta B.* Las dos palabras que había logrado recuperar del borrado. Sarah las leyó en silencio, luego en voz alta, luego otra vez en silencio.
—¿Quién escribió esto?
—No lo sé. La letra es antigua, de archivo. Alguien que sabía lo que había en la planta B y que sabía también que no debía mostrarse.
—¿O alguien que quería que se supiera que había algo que no se mostraba?
James la miró. La posibilidad no se le había ocurrido.
—¿Crees que es una pista deliberada?
—Creo que las notas al margen son siempre ambiguas. Pueden ser censura o pueden ser resistencia, depende de quién las lea y cuándo.
James asintió, despacio.
—Y luego está esto —dijo, mostrando la transcripción de su conversación con el encargado de mantenimiento jubilado. *La planta B no salía en las*

visitas. Ni en los reportajes, ni en las fotos de grupo. Era donde se hacía el trabajo que no querían mostrar.
Sarah leyó. Luego leyó otra vez.
—No porque fuera ilegal —recitó—. Porque no era presentable.
—Esa frase...
—Es la frase exacta —interrumpió Sarah—. La que necesitamos.
James no entendió. Sarah se levantó, caminó hasta la ventana, volvió. El movimiento le ayudaba a pensar, a ordenar las conexiones que empezaban a formarse.
—Elizabeth me enseñó un artículo que no publicó. Sobre *La huelga invisible*. Hablaba de la domesticidad como coartada de la explotación. Pero no tenía esta prueba, esta localización física. No tenía la planta B como lugar concreto, como espacio que se podía nombrar y visitar y contrastar con lo que se muestra.
Se volvió hacia James.
—Tú tienes el carrete que no se proyectó, la nota que dice *No proyectar*, la planta B que no salía en las visitas. Tienes tres formas de ausencia que, juntas, pueden nombrar una presencia. No la presencia de un villano, no la de un crimen espectacular. La presencia de un sistema que organizaba la invisibilidad como parte del funcionamiento normal.
James la escuchaba. Había en su rostro algo que se parecía al alivio, pero era un alivio complejo, mezclado con otras cosas que no se atrevía a nombrar.
—¿Y eso cómo se cuenta? —preguntó—. ¿Cómo se cuenta sin convertirlo en espectáculo?
Sarah volvió a sentarse. Frente a él, como antes, con la mesa entre ambos.
—Se cuenta mostrando los bordes —dijo—. No el centro. No la imagen del abuso, que es lo que la gente espera y consume y olvida. Se cuenta mostrando lo que rodea al abuso: la nota que lo prohíbe, la planta

que lo oculta, la nómina que lo ausenta, la mano que lo gestiona sin nombrarlo. Se cuenta mostrando que el sistema no necesitaba villanos conscientes, solo hombres que *procedieran*.

La palabra cayó entre ellos con el peso de la cita.

—*Proceder* —repitió James.

—Es la palabra de tu padre. Es también la palabra del sistema. No decidir, no elegir, no responsabilizarse. Proceder. Como quien ejecuta una orden que nadie ha dado pero todos reconocen.

James se quedó inmóvil. Luego, despacio, extendió la mano sobre la mesa. Esta vez sí tocó a Sarah, solo los dedos, un contacto breve que ninguno de los dos prolongó pero que tampoco retiraron del todo.

—Necesito que me ayudes —dijo—. No solo con el material. Con la forma. Con cómo contarlo sin que sea traición.

Sarah miró sus dedos, casi tocando los de él.

—Y yo necesito que me ayudes a mí —dijo—. A no convertir esto en mi tesis. En mi descubrimiento. En mi carrera.

—¿Cómo?

—Nombrándolo cuando lo haga. Cuando empiece a usar estas mujeres para construirme una versión edificante de mí misma. Cuando empiece a hablar de *mi* enfoque, *mi* método, *mi* contribución.

James asintió. El acuerdo era mudo, pero no por eso menos firme.

Elizabeth recibió a William en su piso con una hora de retraso respecto a lo previsto. No había olvidado la cita, pero había decidido, en los minutos intermedios, que necesitaba estar sola antes de recibirlo. Había leído de nuevo los papeles de *La huelga invisible*, no para recordar lo que decían, sino para medir la distancia entre la mujer que los escribió y la que ahora los leía. La distancia era considerable, pero no en el sentido

que esperaba: no se sentía más sabia, solo más lenta, más consciente de que ciertas verdades solo se pueden decir desde una posición que ya no es la tuya.
William entró con el pelo mojado de la lluvia que había empezado a caer sin avisar, una lluvia de julio que olía a polvo mojado y a sorpresa. Traía la fotocopia del archivo municipal, doblada con una precisión que sugería haberla desdoblado y vuelto a doblar muchas veces.
—He encontrado esto —dijo, sin sentarse todavía.
Elizabeth tomó el papel. Leyó. *Derivación a domicilio para lotes 14-17. Planta B al 40%. Personal femenino no registrado en nómina ordinaria.* Y debajo, la anotación de su padre: *Recibido. Proceder.*
—*Proceder* —dijo ella en voz alta.
—Es la palabra que usaba.
—Es la palabra que usaban todos.
William se sentó, finalmente. En el mismo sitio de la noche anterior, como si la conversación no hubiera terminado sino solo suspendido.
—Necesito saber si esto es lo que parece —dijo.
—¿Y qué te parece?
William dudó. La pregunta de Elizabeth tenía la costumbre de desarmar las preguntas preparadas.
—Me parece —dijo, eligiendo

Capítulo 7. Archivo de pérdidas
La lluvia de julio siguió toda la tarde, una lluvia que no limpiaba sino que removía, que devolvía al aire olores enterrados: el polvo de las cornisas, el yeso de las

obras inacabadas, la humedad de los sótanos donde se almacenaba lo que no se sabía ya si guardar o tirar. Elizabeth dejó que William hablara sin interrumpir, una conversación que no era solo la suya sino la de una generación entera que había aprendido a no formular ciertas preguntas en voz alta.

William leía la fotocopia como quien lee un texto que no quiere entender del todo, que quiere entender lo suficiente para no tener que volver a leerlo. La anotación de su padre, *Recibido. Proceder*, le parecía ahora la firma de un hombre que había renunciado a la firma como acto personal, que la había convertido en mecanismo, en función, en parte de una maquinaria que no requería conciencia individual sino solo la ausencia de resistencia.

—No era un hombre cruel —dijo, y la frase sonó a interrupción, a interpelación, a súplica dirigida a una sala vacía.

Elizabeth esperó. Conocía esa oración, la había escuchado en decenas de entrevistas, en boca de hijos, de viudas, de compañeros de oficina que necesitaban resolver la contradicción entre el afecto y el conocimiento, entre la memoria cariñosa y la evidencia que la contradecía. No era un hombre cruel. Como si la crueldad fuera una categoría individual, un rasgo de carácter, y no una estructura que absorbía la voluntad de quienes la habitaban.

—La crueldad —dijo Elizabeth, y la palabra tardó en llegar, como si ella también tuviera que superar una resistencia— no siempre se manifiesta en gestos extremos. A veces es la suma de gestos menores, de decisiones que nadie recuerda haber tomado, de cosas que se hacen porque se hacen, porque así está establecido, porque *proceder* es más fácil que preguntarse qué se está haciendo.

William asintió sin convencerse. Tenía sesenta y dos años y de pronto sentía que había vivido toda su vida en una casa con una puerta cerrada a la que nunca se había atrevido a llamar.

—¿Qué hago con esto? —preguntó, y la pregunta contenía otra, más antigua: ¿qué hago con él, con la memoria de él, con la versión de mí mismo que se construyó amando a un hombre que puede haber hecho esto?

Elizabeth se levantó. Caminó hasta la ventana, donde la lluvia dibujaba ríos improvisados en el cristal. Pensó en Sarah, en la libreta torcida, en la frase que ella misma le había dicho: *lo que se rompe por nombrarlo ya estaba roto*. Pensó en James, en el carrete, en la delicadeza con que manejaba material que podría destruirlo. Pensó en sí misma, en el artículo no publicado, en la cobardía que llamaba prudencia, en la prudencia que resultaba cobardía solo décadas después.

—Hay un archivo —dijo, volviéndose—. No el municipal, no el de la empresa. Un archivo que nadie ha pedido, que nadie ha catalogado. Lo empecé hace años, cuando entrevistaba a las mujeres de la huelga invisible. Les pedía fotos, documentos, recortes de prensa. Algunas me dieron cartas, recetas escritas en el reverso de hojas de nómina, anotaciones en los márgenes de libros de cocina. Material que no servía para la investigación formal pero que yo no podía tirar.

William la miró con una intensidad nueva.

—¿Lo tienes aquí?

—En una caja. En el trastero.

No añadió *desde hace veinte años*, y sin embargo la frase resonó en ambos. Veinte años de no saber qué hacer con lo acumulado, de creer que guardar era una forma de respeto, de sospechar que guardar también era una forma de no decidir.

—Quiero verlo —dijo William.
Elizabeth no se movió. La lluvia golpeaba el cristal con una fuerza que pareía personal, que exigía una respuesta antes de permitir que la conversación continuara.
—Antes quiero preguntarte algo —dijo—. ¿Por qué me lo pides a mí? Podrías haber ido a la universidad, a un archivo profesional, a cualquier historiador con credenciales.
William sonrió, y la sonrisa fue más triste de lo que ella esperaba, una sonrisa de hombre que ha descubierto tarde la soledad de sus elecciones.
—Porque tú las conociste —dijo—. A las mujeres, a las que trabajaron allí. No a las que aparecen en las fotos oficiales, a las que no aparecen. Porque tu artículo no publicado es más real que cualquier documento que yo pueda encontrar en el ayuntamiento. Y porque... —dudó, y la duda fue visible, un gesto de la mano que buscaba la palabra correcta sin encontrarla—... porque necesito que alguien me mire mientras miro esto. Alguien que no sea familia, que no tenga interés en salvar mi padre ni en condenarlo. Alguien que simplemente... esté.
La frase quedó suspendida entre ellos, más pesada de lo que William había pretendido. *Estar*, un verbo que demandaba menos de lo que ofrecía, que exigía una presencia sin garantía de acción, sin promesa de consuelo.
Elizabeth asintió. No porque supiera estar en ese sentido, que era un sentido que había olvidado o tal vez nunca había aprendido, sino porque reconoció en William algo que ella misma había sentido frente a esas cajas: la necesidad de que el testimonio tuviera testigo, de que la memoria no fuera solo individualidad sino también relación, encuentro, escena en la que alguien más recuerde que esto ocurrió.

Fueron juntos al trastero, un espacio en el sótano del edificio que Elizabeth no visitaba desde hacía años. La humedad había hecho su trabajo en las paredes, no destructivo sino decorativo, una pintura de moho que parecía casi deliberada, casi bella si uno olvidaba su origen. La caja estaba donde ella recordaba, sobre una estantería de madera que se inclinaba peligrosamente hacia la izquierda, como si quisiera depositar su carga en algún momento pero no se atreviera a hacerlo. Elizabeth la bajó con un esfuerzo que no esperaba. Pesaba más que sus recuerdos, o quizá sus recuerdos pesaban más de lo que admitía. La dejó en el suelo, sobre una baldosa rota que formaba un ángulo protector, como si el edificio mismo quisiera señalar que este material merecía una atención especial. Dentro había carpetas sin orden aparente, fotografías sueltas, cartas en sobres de épocas distintas, algunos con sellos que ya no existían. Había una agenda de 1973 con tapas de plástico azul, las hojas amarillentas cubiertas de letra menuda. Había recortes de periódico sobre huelgas que no llegaron a ser noticia nacional, sobre acuerdos laborales que nadie celebró, sobre inauguraciones de centros culturales en fábricas reconvirtidas donde ya no quedaba nadie que recordara qué se producía o quién lo producía. William tomó la agenda. La abrió con un cuidado que provenía no del conocimiento de archivos sino del miedo, del respeto que nace en el cuerpo cuando sabe que está cerca de algo frágil.

—¿De quién es?

—De Pilar Otero. Trabajó en la planta B, según ella, desde 1968 hasta el cierre. Cosía para proveedores externos, lo que llamaban *lotes especiales*. Nunca apareció en nómina, según tampoco lo pidió. Decía que así le permitían combinarlo con el trabajo de casa, con sus hijos.

William hojeó. Las entradas eran breves, telegráficas, una forma de escritura que no parecía propia del género íntimo que se espera de una agenda: *Lunes 14. Lote 23 terminado. Entregado a V. por la tarde. 340 pts. Martes 15. Mano derecha hinchada. No detenerse. Miércoles 16. V. insiste en las de casa. Más rápidas, dice. Más baratas.*

Se detuvo en esa entrada. La leyó en voz alta.

—V. —dijo—. Ventura Martínez.

—O Víctor. O Vicente. O cualquiera.

—Pero *las de casa* —insistió William—. Esa frase aparecía en la libreta de mi padre. *M. insiste con las de casa. Hablar con V.*

Elizabeth tomó la agenda. Releyó la entrada con una lentitud que William ya reconocía, su método de no evaluar, de dejar que el documento hablara primero.

—Hay una diferencia —dijo al fin—. En la libreta de tu padre, *las de casa* son un problema que requiere conversación. Aquí, en la agenda de Pilar, son una instrucción. Más rápidas. Más baratas. Una optimización, no una queja.

William cerró la agenda. No porque hubiera terminado, sino porque necesitaba un gesto de contención, de límite. Había llegado a un punto donde más información era menos comprensión, donde acumular datos no aclaraba sino que densificaba la niebla.

—¿Hay más? —preguntó, aunque no sabía si quería que la respuesta fuera sí o no.

Elizabeth hurgó en la caja. Sacó un sobre amarillento, el tipo de sobre que se usaba para fotografías antes de que las fotografías dejaran de ser objetos físicos. Dentro había tres copias en blanco y negro, algo más grandes que la postal, con bordes blancos que indicaban revelado profesional.

La primera mostraba un interior que William reconoció de inmediato: la planta B, o una planta B, un espacio

que no había visto nunca pero que correspondía a la descripción del encargado de mantenimiento. Filas de mesas más estrechas que las de la zona principal, máquinas de coser industriales pero de modelo antiguo, las que ya no se usaban en la producción moderna. Ventanas altas, sucias, que dejaban pasar una luz sin intensidad pero con persistencia, la luz de los espacios que no merecen ser iluminados del todo.
En la segunda foto había mujeres. Cinco, seis, de espaldas o de perfil, concentradas en su trabajo, sin mirar a la cámara. No había directora que las organizara, no había Manuel Aranda con gesto de autoridad intelectual. Solo el ángulo de los cuerpos, la curvatura de los hombros, la posición de las manos que sugería horas de repetición, de movimiento convertido en automatismo.
La tercera foto era distinta. En ella aparecía una mujer de frente, por primera vez, como si alguien hubiera insistido en que se la registrara. Tenía unos cuarenta años, quizá menos, la edad incierta de quien ha trabajado duro y temprano. Miraba a la cámara sin expresión definible, ni hostil ni sumisa, solo la mirada de quien sabe que está siendo fotografiada para un propósito que no le han explicado. En su mano derecha, levantada como en señal involuntaria, sostenía una tijera grande, de las que usaban para cortar tela en capas múltiples. Sobre su dedo índice, visible a pesar de la resolución, brillaba algo que William no supo identificar de inmediato.
—¿Qué es eso? —preguntó, señalando.
Elizabeth tomó la lupa que guardaba en la caja para estos casos. Amplió la zona del dedo.
—Un dedal —dijo—. Pero no de los de fábrica, de los que daban en la empresa. Es de nácar. De los que se compraban una misma, los que se pasaban de generación en generación.

William recordó los botones de nácar de su madre. Recordó las manos que no eran de señora inútil. Recordó la diferencia entre dedal asignado y dedal propio, entre herramienta proporcionada por el sistema y herramienta que constituía patrimonio individual, identidad, elección.

—¿Quién es?

—No lo sé. Pilar no la nombró nunca. O quizá la nombró y yo no anoté. En aquella época aún creía en la importancia de lo que se decía sobre quién lo decía. —Hizo una pausa. La lluvia había amainado, pero el cielo seguía cargado, una tarde que no se decidía a ser tarde del todo—. A veces las entrevistadas nombraban a otras sin dar contexto. *Como decía la Marta. Eso lo sabía la del dedal de nácar.* Frases que yo no anotaba porque parecían coloquialismos, metonimias. Ahora pienso que eran formas de nombrar sin nombrar, de recordar sin exponer.

Guardaron las fotos en el sobre, la agenda en su sitio, la caja cerrada pero no olvidada. Subieron en silencio, una conversación aplazada que ninguno de los dos sabía cuándo retomar. En el piso, Elizabeth encendió una lámpara aunque aún había luz suficiente. El gesto era ritual, una forma de señalar transición, de preparar el espacio para algo que aún no tenía nombre.

—Quiero pedirte algo —dijo William, de pie en el centro de la sala, con el pelo que ya se había secado y se erguía en ángulos imprevistos.

Elizabeth esperó.

—Que no se lo cuentes a Sarah todavía. Ni a James. —Hizo una pausa, suficiente para que la petición adquiriera su peso completo—. Necesito entender primero qué es lo que tengo, qué es lo que mi padre hizo o dejó de hacer, antes de que esto se convierta en material de su trabajo, de su tesis, de su... —buscó la

palabra, y la encontró con una amargura que no esperaba—... de su descubrimiento.
Elizabeth lo observó. Vio en él algo que había visto en muchos hombres de su generación: el descubrimiento tardío de que el mundo no era una narrativa en la que ellos ocupaban el lugar central, de que había otras historias en curso, otras urgencias, otras formas de legitimidad que no reconocían su prioridad como automática.
—No puedo prometerte eso —dijo.
William la miró, sorprendido. No estaba acostumbrado a que le dijeran que no.
—Sarah y James están construyendo algo —continuó Elizabeth—. No sé todavía qué, pero lo están haciendo juntos, y lo están haciendo con un cuidado que yo no vi en mis tiempos. Si lo que tengo aquí puede ayudarlos a no herir inútilmente, a no convertir esto en espectáculo, no tengo derecho a callarlo por tu necesidad de tiempo.
—¿Y mi necesidad de tiempo no cuenta?
—Sí cuenta. Pero no más que la de ellos. Y menos que la de las mujeres que aparecen en estas fotos, que no pueden esperar a que los hijos de los gerentes procesen su duelo familiar.
La frase fue dura, más dura de lo que Elizabeth pretendía, pero no la suavizó. Conocía las suavizaciones, las había usado toda su vida, y sabía que eran una forma de injusticia que se presentaba como tacto.
William se sentó, finalmente. No en el lugar de la noche anterior, sino en otro, una silla que no había usado nunca, como si necesitara un territorio neutral.
—Entonces ¿qué propones?
—Que vayamos paso a paso. Que confirmemos si Ventura Martínez es en efecto V. Que averigüemos quién es la mujer del dedal de nácar. Que entendamos

qué era la *derivación a domicilio* y qué relación tenía con la planta B. Y que, mientras tanto, hables con James. Con tu propia voz, no con la mía.
—¿Con James?
—Él tiene el material que conecta con esto. El carrete, la nota de *No proyectar*. Y él está viviendo algo que tú ya estás viviendo: la posibilidad de que la persona a la que quiso o debió querer no sea la persona que era.
William asintió, despacio. La propición era razonable, y él había aprendido a desconfiar de la propia razonabilidad, de las soluciones que parecían equilibradas porque ocultaban lo que no se sabía que se ocultaba.
—Voy a necesitar un poco más de tiempo —dijo.
—El tiempo no lo administras tú —respondió Elizabeth —. Pero puedes decidir en qué lo gastas.
James recibió la llamada de William en un momento inadecuado. Estaba con Sarah en la oficina del polígono, habían estado repasando el carrete por quinta vez, y la luz del atardecer entraba oblicua por las persianas entreakiertas, creando franjas de oro y sombra sobre la mesa donde ellos no se tocaban pero casi se tocaban, donde el acuerdo mudo de la mañana seguía en vigor sin haberse nombrado de nuevo.
Miró el teléfono. Vio el nombre. Dudó lo suficiente para que Sarah lo notara.
—Contesta —dijo ella.
—Es William.
—Ya lo sé. Contesta.
Lo hizo. La voz de William llegó distorsionada, no por la tecnología sino por algo en su propio cuerpo, una tensión que modulaba las palabras antes de que salieran.
—Necesito verte —dijo William, sin preámbulo.
—Ahora no es buen momento.

—Nunca lo es. Pero estoy en tu puerta, James. Literalmente. En la puerta del polígono.
James se levantó. Miró a Sarah, que asintió sin que él necesitara formular la pregunta. Fueron juntos a abrir. William estaba allí, efectivamente, con la ropa de la mañana ahora arrugada por todo el día de lluvia y archivo y espera. Traía un sobre bajo el brazo, visible, un sobre que no era el de las fotos pero que parecía contenerlas o sustituirlas.
—He encontrado algo —dijo, mirando a James, luego a Sarah, luego de nuevo a James, como si no supiera a cuál dirigirse, como si la dirección de su revelación dependiera de un cálculo que no sabía hacer.
—Entra —dijo James, y abrió la puerta del todo.
En la oficina del polígono, con el zumbido del proyector que ya no proyectaba, los tres formaron una configuración inédita: William de pie, incapaz de sentarse; Sarah en el borde de la silla de Mateo, tensa, esperando; James en su sitio habitual, el de quien mira, el de quien sabe que su posición le otorga una autoridad que no ha pedido.
William contó. No todo, pero lo suficiente: el archivo municipal, la *derivación a domicilio*, la libreta de Pilar Otero, las fotos de la planta B. No mencionó a Elizabeth, no mencionó la caja del trastero, no mencionó su conversación con ella sobre el tiempo que no se administra. Pero contó lo sustancial, lo que cambiaba el paisaje.
—¿La agenda dice V.? —preguntó Sarah, la primera en romper el silencio que siguió.
—Dice V. Dice *V. insiste con las de casa*. Las mismas palabras que en la libreta de mi padre.
James se levantó. Se acercó a la ventana, el gesto que ya Sarah reconocía, el de alejarse para pensar, para no decir de inmediato lo que sentía.
—Hay algo que no cuadra —dijo, sin volverse.

—¿El qué?
—La nota de *No proyectar*. La letra es anterior a tu padre, William. Es de archivo, de la época del carrete, de los sesenta o setenta. Pero la frase *M. insiste con las de casa* suena más reciente. Más ochentera, quizá. Manuel Aranda murió en 1983. Si tu padre escribió eso, lo escribió antes de entonces.
William sacó la libreta. La abrió en la página correcta, un gesto que revelaba cuántas veces la había revisado. Mostró las fechas, las otras anotaciones, el contexto.
—Tienes razón —dijo James, volviéndose por fin—. No es una sola época. Hay dos, quizá tres. La planta B de los sesenta, con el carrete y la nota de *No proyectar*. La planta B de los setenta u ochenta, con la libreta de tu padre y la agenda de Pilar. Y algo posterior, algo que nadie ha nombrado todavía, que es cómo todo esto siguió sin ser nombrado, cómo se convirtió en costumbre, en sistema, en lo que daba igual porque siempre había sido así.
Sarah tomó su libreta torcida. Escribió algo, rápido, sin mostrarlo.
—Necesito hablar con Elizabeth —dijo.
—Ella ya lo sabe —respondió William, y la fruga escapó antes de que pudiera contenerla, antes de que recordara su promesa implícita de no nombrar su fuente.
James y Sarah lo miraron. William sintió el peso de su propia revelación, de la confianza que había traicionado sin querer traicionar, de la imposibilidad de mantener los pactos personales cuando la información empezaba a fluir por cauces que no controlaba.
—¿Desde cuándo? —preguntó Sarah.
—Desde siempre, creo. Desde antes de que yo supiera que esto existía.
Sarah asintió. No hubo reproche en su gesto, solo reconocimiento, una forma de aceptar que Elizabeth

había construido una red de conocimiento que ellos apenas empezaban a vislumbrar.
—Entonces vamos a verla —dijo James—. A los tres. Con lo que cada uno tiene.
—¿Y Mateo? —preguntó Sarah.
James la miró. La pregunta contenía otra, más antigua, la de su conversación sobre el espectáculo, sobre la traición, sobre la imposibilidad de contar sin usar.
—Mateo no viene —dijo James—. Esto no es material para el documental del ayuntamiento. Esto es... —buscó la palabra, y no la encontró, o la encontró pero no se atrevió a pronunciarla del todo—... esto es otra cosa.
Llegaron al piso de Elizabeth ya de noche, con la lluvia que había cesado pero dejado una humedad que penaba en la piel, que hacía de la ropa un peso extra. Ella los recibió sin sorpresa, como si hubiera estado esperándolos no esa noche sino desde hacía años, desde la última vez que alguien había venido a buscar lo que ella guardaba sin saber por qué.
Había sacado la caja. Estaba en el centro de la sala, sobre una mesa que normalmente no usaba para eso, una presentación que nadie le había pedido pero que ella había decidido hacer. Alrededor, en sillas que no estaban dispuestas para conversación sino para observación, para el silencio que acompaña la visión de objetos que no saben todavía si son evidencia o reliquia.
Sarah fue la primera en acercarse. Reconoció el tipo de material, la categoría de lo acumulado: no archivo de institución sino archivo de persona, no documento de estado sino resíduo de vida, las cosas que quedan cuando alguien intenta contar algo y no lo logra del todo, o lo logra demasiado parcialmente, o descubre que el contar mismo altera lo contado hasta hacerlo irreconocible.

—¿Puedo? —preguntó, señalando.
—Puedes —dijo Elizabeth.
Sarah tomó la agenda de Pilar Otero. La leyó donde Elizabeth la había leído, donde William la había leído, en el punto donde las generaciones se tocaban sin entenderse. Luego las fotos. La de la planta B vacía, la de las mujeres de espaldas, la de la mujer del dedal de nácar.
—La conozco —dijo, sin levantar la vista de la tercera foto.
Los otros la miraron. Elizabeth con reconocimiento, William con sorpresa, James con algo que era casi miedo, el miedo de quien siente que la historia se acelera más allá de su capacidad de contenerla.
—¿Cómo? —preguntó Elizabeth.
—Amalia me habló de ella. No con nombre, con la misma metonimia que tú decías. *La del dedal de nácar.* Dijo que era la que enseñaba a las demás, la que sabía hacer los nudos de las tijeras para que no se resbalaran, la que llevaba su propio dedal porque no soportaba los de fábrica, que eran de metal frío y dejaban marca en la uña.
James se acercó. Miró la foto por encima del hombro de Sarah, una cercanía que no habría sido posible horas antes, que el material mismo hacía posible, que transformaba la relación en algo que no tenían aún palabra para nombrar.
—¿Sabía algo más? ¿De qué era la planta B, de quién era V., de qué pasó?
Sarah dejó la foto. Se volvió hacia él, y su rostro estaba iluminado por algo que no era solo la luz de la lámpara, una intensidad que provenía de dentro, de la conexión que acababa de hacer y de las que intuía que podría hacer.
—Amalia tenía dieciséis años cuando entró en la fábrica. Dieciséis años en 1968. La del dedal de nácar

ya estaba allí. Era mayor, quizá treinta. Cuando Amalia hablaba de ella, hablaba de alguien que ya no estaba, que se había ido, que *se la llevaron*, decía, una frase que yo no supe interpretar. *Se la llevaron.* Pensé que era eufemismo por fallecimiento, por emigración, por cualquiera de las formas en que las personas desaparecen sin que nadie pregunte por qué.
—¿Y ahora?
—Ahora pienso que *se la llevaron* puede ser literal. Que puede haber sido una forma de nombrar una desaparición que no tenía nombre permitido, un traslado que nadie explicó, una eliminación que se hizo sin escándalo porque las mujeres de la planta B no eran registradas, porque no existían oficialmente, porque nadie podía reclamar lo que no constaba.
Elizabeth asintió, despacio. Conocía esa gramática, la de las desapariciones administrativas, de las ausencias que no eran secuestros sino gestiones, no violencias sino *procedimientos*.
—Hay algo más —dijo, y su voz traía un peso que los otros no pudieron interpretar de inmediato—. He estado pensando en lo que dijiste, James. En la posibilidad de que la nota de *No proyectar* no sea censura sino pista. Que alguien quisiera que se supiera que había algo que no se mostraba. —Hizo una pausa. Fuera, un coche pasó con música alta, una canción que ninguno reconoció, un instante de presente que irrumpía en su escena de pasado—. He pensado en quién podría haber hecho eso. Y en cuándo.
—¿Y?
—Y creo que fui yo.
El silencio que siguió no fue el de la incomprensión, sino el de la conmoción que precede a la comprensión, el espacio donde algo que no encajaba de prueba encaja demasiado bien.

—En 1985 —continuó Elizabeth—, cuando entrevisté a Pilar Otero, le pedí copia de todo lo que tuviera. Fotos, documentos, anotaciones. Ella me dio esta caja, pero no directamente. Me llevó a un lugar, no sé ya si fue su casa o la de otra, y me mostró una carpeta con material que ya había recopilado. No era suyo, decía. Era de *las que ya no están*. Material que habían ido dejando, que habían ido confiando a quien pudiera usarlo.

James se sentó, la fuerza de las piernas que se negaba a sostenerlo más.

—¿Y tú?

—Yo lo usé para mi artículo. O mejor dicho, no lo usé. Usé solo lo que me pareció pertinente, lo que encajaba en la estructura que yo había previsto. El resto lo guardé, en esta caja, pensando que algún día completaría el trabajo, que encontraría la forma de contar lo que no encajaba. —Miró la caja, ahora abierta, ahora expuesta—. Nunca lo hice. Y en algún momento de ese proceso, no recuerdo cuándo, escribí *No proyectar* en una nota que acompañaba a un carrete. No porque no quisiera que se supiera. Porque no sabía cómo hacer que se supiera sin que se convirtiera en otra cosa. Sin que yo me convirtiera en la autora del descubrimiento, en la heroína de una historia que no era mía.

Sarah se acercó a ella. No para tocarla, sino para estar cerca, en el espacio que Elizabeth había descrito con William, el espacio de *estar* sin prometer nada.

—Pero escribiste la nota —dijo—. La dejaste. Sabías que alguien podría encontrarla.

—Lo sabía y no lo sabía. Era una forma de no decidir, de dejar que el tiempo decidiera por mí. Y el tiempo decidió. Veinte años después, James la encontró. Y ahora estamos aquí.

James levantó la vista. Miró a Elizabeth, luego a Sarah, luego a William, que permanecía en el borde del grupo, el hombre que había traído la semilla de esta reunión sin saber qué árbol crecería.

—Entonces tenemos que decidir —dijo—. Nosotros, ahora. No el tiempo, no la inercia, no *proceder*. Nosotros.

—¿Qué propones? —preguntó William.

—Que construyamos algo que no sea solo revelación ni solo protección. Que encontremos la forma de nombrar lo que pasó sin que las mujeres se conviertan en símbolos de nada, sin que mi padre sea el villano de un sábado por la tarde, sin que Elizabeth sea la culpable de no haber hablado antes, sin que ninguno de nosotros sea el héroe que finalmente se atreve.

Sarah tomó su libreta. Escribió algo, luego lo tachó, luego escribió de nuevo.

—Necesitamos más voces —dijo—. La de Pilar, si aún puede hablar. La de otras, si quedan. La de quienes recogieron el material antes de Elizabeth, si pueden nombrarse.

—Y necesitamos un lugar —dijo William, inesperadamente, todos lo miraron—. Un lugar donde esto no sea exhibición ni archivo muerto. Donde se pueda visitar sin que sea turismo, consultar sin que sea investigación ajena. Donde la planta B sea nombrable, no como espectáculo sino como duelo.

Elizabeth asintió. Pensó en la fábrica reconstruida, en el centro cultural con jardín y cafetería donde William había estado esa mañana. Pensó en la inadecuación como forma de respeto, en la imposibilidad de un lugar adecuado para lo que no debería haber ocurrido.

—Propongo algo —dijo James, y su voz traía ahora una firmeza que no tenía antes, la de quien ha aceptado que la determinación es necesaria aunque no se sienta —. Que cada uno traiga lo que tiene. El carrete, la

agenda, las fotos, las libretas. Que los pongamos juntos, no para sintetizar, no para hacer una historia única. Para que se hablen entre sí, para que las contradicciones permanezcan visibles, para que el que venga a consultar vea que esto no tiene una sola versión, que no hay verdad final.
—¿Y quién vendrá? —preguntó William.
—Quien necesite venir —respondió Sarah—. Las familias de las que aparecen. Los historiadores que no buscan heroísmos. Los vecinos que pasan por delante y de pronto quieren saber qué estaba antes del jardín.
—Eso es una utopía —dijo William, no como crítica sino como constatación.
—Toda forma decente de archivo es una utopía —dijo Elizabeth—. El archivo de pérdidas no pretende recuperar lo perdido. Pretende enseñar que la pérdida es irrecuperable, y que esta enseñanza es también una forma de respeto.
Salieron a la calle ya entrada la noche, los cuatro, con una hora que no se había decidido todavía entre la noche que terminaba y la madrugada que empezaba. La humedad persistía, pero algo había cambiado en la atmósfera, una densidad que no era solo física.
William se despidió primero, con un gesto que no fue abrazo ni apretón de manos, algo intermedio que ninguno supo nombrar. Se alejó caminando, con el sobre vacío bajo el brazo, o quizá no vacío, sino lleno ahora de otra cosa, de la posibilidad de que su padre no fuera exactamente el hombre que creía ni exactamente otro.
Elizabeth se quedó en la puerta, mirándolos alejarse. Sarah se volvió una vez, la saludó con un gesto que tampoco tuvo nombre. James no se volvió.
Caminaron juntos, James y Sarah, no hacia ningún lado decidido, solo hacia donde la calle los llevaba. En algún momento, sin que ninguno recordara quién lo inició,

sus manos se tocaron. No se enlazaron, no se apretaron, solo se tocaron, una superficie de contacto mínima que ambos mantuvieron mientras caminaban.
—¿Qué es esto? —preguntó James, finalmente, y la pregunta no era sobre el material, ni sobre el archivo, ni sobre la planta B.
Sarah lo supo. Lo supo desde la mañana, desde la lupa, desde el *muéstrame* que había dicho dos veces con significados distintos.
—Es lo que tenemos —dijo—. No lo que somos. Lo que elegimos hacer con esto, juntos, mientras dure.
—¿Y cuánto dura?
—Lo que dure. No más.
Siguieron caminando. La ciudad aparecía a su alrededor con una lentitud que les permitía reconocerla, no como fondo sino como personaje, como testigo de otras caminatas nocturnas, otros silencios, otras formas de no nombrar lo que sin embargo se vivía.
En algún callejón, sin que ninguno recordara quién lo inició, se detuvieron. No se besaron, no exactamente. Se quedaron frente a frente, con la respiración entrelazada, con la humedad de la noche en la piel, con el peso de todo lo que habían visto y no podían todavía contar.
—Mañana —dijo James—. Empezamos mañana.
—¿El qué?
—El archivo. De pérdidas. De lo que sea.
Sarah asintió. El acuerdo era mudo, como el anterior, pero no por eso menos firme.
Se separaron allí, en el callejón, cada uno hacia su casa, con la promesa no expresada de encontrarse en la oficina del polígono por la mañana, con el material, con las preguntas que aún no sabían formular.
En su piso, Elizabeth encendió la luz de la cocina. No la de la sala, donde la caja seguía abierta, donde las agendas y las fotos y los recortes esperaban ser

clasificados, catalogados, convertidos en accesibles.
La luz de la cocina era suficiente, una iluminación parcial que permitía moverse sin verlo todo.
Preparó té. El ritual, siempre el ritual, la forma de dar tiempo al cuerpo mientras la mente no sabe todavía qué pensar.
En algún momento, sin decidirlo, tomó el teléfono. Marcó un número que no tenía guardado, que recordaba de memoria, de una época en que los números se memorizaban porque no había otra forma de tenerlos.
Contestó una voz de mujer, mayor, con el acento de quien ha vivido siempre en la misma ciudad, que ha visto cambiar los nombres de las calles sin cambiar su recorrido.
—¿Sí?
—Pilar. Soy Elizabeth.
Un silencio largo, el de quien recuerda pero no sabe si quiere ser recordada.
—Te di todo lo que tenía —dijo la voz, finalmente.
—Sé que sí. Pero necesito preguntarte algo.
—Nada más que dar. Todo está en lo que di.
—Necesito saber quién era la del dedal de nácar. Necesito su nombre.
La respuesta tardó. Cuando llegó, traía consigo el peso de veinte años, de cuarenta, de toda una vida de no nombrar para poder continuar.
—Carmen —dijo Pilar—. Carmen Valls. Se la llevaron en el 75. No sé a dónde. No pregunté. No se podía preguntar.
Elizabeth cerró los ojos. Carmen Valls. Un nombre donde antes había solo metonimia, solo dedo, solo nácar, solo la evasión de quien no quiere o no puede nombrar.
—Gracias —dijo, y la palabra era insuficiente, era siempre insuficiente, pero era lo que tenía.

Colgó. Terminó el té. Se sentó en la oscuridad de la cocina, con un nombre nuevo en la memoria, con la certeza de que mañana tendría que decidir si nombrarlo, cómo nombrarlo, a quién.
En su apartamento, James no durmió. Sentado frente al documento que había empezado con las tres frases sobre su padre, añadió una cuarta:
Carmen Valls. Se la llevaron en el 75. No sé a dóje.
Leyó las cuatro frases juntas. Le parecieron insuficientes y, sin embargo, el único terreno firme desde el que podía empezar a hablar de nuevo.
Sarah, en su habitación, con el pelo aún húmedo de la lluvia que había cesado, abrió la libreta torcida. Escribió al principio de una página nueva, antes de cualquier lista, antes de cualquier cita:
Archivo de pérdidas. No recuperar. Solo nombrar.
Y debajo, más pequeño, casi un murmullo de letra:
Carmen Valls. Que su nombre sea la primera pérdida que nombramos.
Cerró la libreta. La dejó sobre la mesa de noche, donde la luz del amanecer la alcanzaría primero, donde ella la vería al despertar y recordaría que algo había empezado, que no sabía todavía cómo continuaría, que la única certeza era la de la inadecuación, de la lentitud, de la resistencia ceremonial contra la urgencia de contar antes de saber escuchar.

Capítulo 8. La fiesta de la memoria

La mañana llegó sin haberse anunciado, como llegan las mañanas después de las noches en que algo se ha decidido sin formularse: con una luz neutra, casi

burocrática, que no juzgaba lo que encontraba. Sarah fue la primera en llegar al polígono. Traía la libreta torcida bajo el brazo y un café que no se terminó porque el gesto de comprarlo era ya un rito de transición, una forma de marcar que salía de algo y entraba en otra cosa.

James había dejado la puerta abierta. No por confianza, sino por imposibilidad de cerrar lo que la noche anterior se había abierto. Estaba sentado en su sitio, el de quien mira, pero con el cuerpo inclinado hacia la mesa donde el carrete descansaba junto a la nota de No proyectar, junto al documento de las cuatro frases que había escrito al amanecer.

—No dormiste —dijo Sarah, sin preguntar.

—Tú tampoco.

—No. Pero yo soy más joven. Tú deberías cuidarte más.

James sonrió, una de esas sonrisas que no son felicidad sino reconocimiento, la confirmación de que alguien ha visto lo que no necesitaba ser mostrado.

—¿Empezamos?

—No lo sé. ¿Empezar qué, exactamente?

James la miró. La pregunta era legítima, era la pregunta que ambos necesitaban hacerse antes de continuar, la que diferenciaba este proyecto de los anteriores, de los documentales del ayuntamiento, de las tesis que buscaban conclusiones, de los artículos que buscaban publicación.

—No lo sé —admitió—. Pero tengo la sensación de que si no hacemos algo hoy, esta noche, mañana, la inercia nos devolverá al punto de partida. A la prudencia que es cobardía. A la catalogación que es posposición.

Sarah abrió la libreta. En la página donde había escrito la noche anterior, debajo de la línea sobre Carmen Valls, había añadido otra anotación que James no

podía leer desde donde estaba, una letra más pequeña aún, casi ilegible, como si quisiera que la frase existiera sin estar segura de merecer ser leída.
—Elizabeth me llamó esta mañana —dijo—. Antes de que yo la llamara. Me dijo que Pilar Otero está viva. Que vive sola, que no sale casi, que tiene ochenta y tantos años y una memoria que ella describe como selectiva, no por deterioro sino por estrategia. Que recuerda lo que decide recordar y olvida lo que no quiere haber pasado.
—¿Pilar sabe que vamos a ir?
—Elizabeth no se atrevió a pedírselo. Me preguntó a mí si creía que era buena idea.
—¿Y lo es?
Sarah cerró la libreta. La abrió. La cerró de nuevo. El gesto revelaba más que cualquier respuesta que pudiera formular.
—No lo sé. Pero creo que tenemos que ir. No para entrevistarla. No para extraerle información. Para estar allí, como dijo William, como pidió William, que alguien esté.
James asintió. Recordó la frase de Elizabeth: el archivo de pérdidas no pretende recuperar lo perdido. Pretende enseñar que la pérdida es irrecuperable. Pensó en lo que significaba ir a ver a una mujer que había guardado durante cuarenta años el material de otras mujeres, que había dicho se la llevaron como quien dice se puso a llover, sin énfasis, sin drama, solo la constatación de algo que ocurría porque ocurría.
Fueron en el coche de James, un coche viejo que arrancaba con un ruido que Sarah asociaba con la vida de los hombres que no se deshacen de las cosas porque deshacerse sería admitir que el tiempo pasa. El polígono industrial quedó atrás, con sus naves grises y sus persianas bajadas, con la oficina donde el

proyector seguía zumbando aunque nadie lo escuchara.

La casa de Pilar Otero estaba en un barrio que Sarah no conocía, una zona de edificios bajos, de los años sesenta, con fachadas que habían sido blancas y eran ahora de un color indefinido, el color de lo que envejece sin restauración. El portal no tenía portero, solo un buzón con el nombre escrito a mano, una letra que temblaba pero se sostenía.

Subieron. Elizabeth los esperaba en la calle, no porque Pilar no quisiera recibirlos sino porque había insistido en llegar primero, en preparar el terreno, en hacer de traductora entre dos mundos que no sabían todavía si compartían idioma.

—Os dije que no vinierais —dijo Elizabeth al verlos, pero la frase no era reproche sino comprobación, una forma de verificar que habían venido a pesar de todo.

—Sabías que vendríamos —respondió Sarah.

—Sí. Por eso estoy aquí.

Subieron juntos. La puerta del segundo piso estaba entreabierta, una rendija que no era invitación ni exclusión sino espera. Elizabeth tocó con los nudillos, un toque breve, casi codificado, el de quien sabe que el interior ya sabe quién está fuera.

Pilar Otero abrió. Era más pequeña de lo que las fotos sugerían, más frágil de lo que la voz al teléfono había prometido, pero con unos ojos que no correspondían a la fragilidad del cuerpo, unos ojos que parecían haber visto demasiado y haber decidido no cerrarse, no por valentía sino por terquedad, por la negativa a permitir que lo visto se perdiera por falta de quien lo mirara.

—Pasad —dijo, y la palabra era plural aunque solo miraba a Elizabeth, como si los otros fueran acompañantes cuya presencia se toleraba pero no se buscaba.

La casa olía a cosas viejas y a limpieza reciente, una combinación que Sarah reconoció como la de las personas que se preparan para una visita que no saben si quieren recibir. Había muebles de épocas distintas, como si cada década hubiera dejado uno y nadie se hubiera atrevido a reemplazarlo. En las paredes, fotos enmarcadas que Sarah no se atrevió a mirar de cerca, no por pudor sino por la sensación de que mirar sería invadir un territorio que no le correspondía.

Pilar los condujo a la cocina, no a la sala. La cocina era el espacio donde se hablaba de verdad, donde las conversaciones no eran formales sino de las que se tienen mientras las manos hacen algo, mientras el cuerpo está ocupado en una tarea que permite a la mente soltar lo que de otro modo se retendría.

—Sentaos —dijo, señalando sillas que no eran para cocina sino que habían migrado allí desde otro sitio, sillas de respaldo alto que parecían de comedor y que sin embargo encajaban en aquel ambiente como encajan las cosas que han encontrado su lugar final después de muchos desplazamientos.

Se sentaron. Pilar no se sentó. Se quedó de pie, junto al fuego, donde una olla con agua esperaba la decisión de hervir o no hervir, un gesto que era también una forma de controlar el tiempo, de decidir cuándo empezar a hablar.

—Elizabeth me dice que queréis saber —dijo, sin dirigirse a ninguno en particular—. Que queréis nombres. Que queréis fechas. Que queréis lo que yo no di porque no me lo pidieron o porque no supe darlo o porque darlo habría sido otra forma de perderlo.

Sarah fue a hablar, pero Elizabeth la detuvo con un gesto mínimo, la cabeza ladeada apenas, la instrucción silenciosa de dejar que Pilar marcara el ritmo.

—Yo no tengo nombres —continuó Pilar—. Tengo rostros. Tengo manos. Tengo la forma en que alguien

sostenía la tijera, cómo apoyaba el pie en el pedal, cómo se limpiaba la frente con el dorso de la mano sin manchar la tela. Esas son mis nombres. Carmen era Carmen porque tenía un dedal que le había dado su madre. O su abuela. O alguien que ya no estaba. No recuerdo el nombre de esa madre ni de esa abuela, y eso también es una forma de pérdida que no se nombra.

James escuchaba. No tomaba notas, no grababa, no hacía ninguno de los gestos que habría hecho meses antes, cuando creía que registrar era lo mismo que escuchar. Ahora sabía que eran cosas distintas, que registrar era a veces una forma de no escuchar, una manera de poner una pantalla entre uno y lo que se decía.

—Se la llevaron —dijo Pilar, y la frase sonó como sonaba siempre, sin énfasis, sin drama, una constatación que había envejecido hasta convertirse en madera—. Un día estaba. Al día siguiente no. No me dijo adiós. No me dijo nada. Llegué por la mañana y su sitio estaba vacío, y la máquina seguía ahí, y la tela seguía ahí, y la tijera estaba sobre la mesa como si la hubiera dejado un momento, como si fuera a volver. Pero no volvió.

—¿Preguntaste? —Sarah no pudo contener la pregunta, aunque Elizabeth le había pedido que no interrumpiera.

Pilar la miró. La miró con una atención que no era hostilidad sino evaluación, la mirada de quien mide si quien pregunta está preguntando de verdad o solo cumpliendo un formulario.

—Pregunté —dijo—. A V. Dijo que se había ido. Que había pedido irse. Que a veces las mujeres pedían irse y se las dejaba ir. —Hizo una pausa. El agua de la olla empezó a hacer el ruido que precede a la ebullición, ese temblor del fondo que aún no es burbuja—. Yo no

le creí. Pero no dije que no le creía. Porque decir que no le creía habría sido preguntar a dónde, y preguntar a dónde habría sido exigir una respuesta que V. no me iba a dar, y exigir una respuesta que no me iban a dar habría sido convertirme en alguien que pregunta, y las que preguntaban... las que preguntaban demasiado, las que no aceptaban la primera respuesta, esas también se iban. Esas también pedían irse, según se decía.

El silencio que siguió no fue vacío. Fue un silencio lleno de las cosas que Pilar no decía, que no podía decir, que había decidido no decir durante cuarenta años y que ahora decía porque alguien había venido a escuchar, porque Elizabeth había insistido, porque dos jóvenes que ella no conocía estaban sentados en su cocina con caras que no parecían de investigación sino de otra cosa, de algo que Pilar no tenía palabra para nombrar pero que reconocía: la cara de quien necesita saber no para un artículo ni para un documental sino para sí mismo, para no seguir viviendo en una casa con una puerta cerrada.

William no fue con ellos. William estaba en otro lugar, haciendo algo que nadie le había pedido pero que él había decidido hacer porque era lo único que podía hacer con las manos mientras la mente procesaba lo que no se procesaba.

Estaba en la fábrica reconstruida. En el centro cultural con jardín y cafetería donde había estado la mañana anterior, cuando aún creía que lo que buscaba estaba en un archivo municipal. Ahora sabía que no estaba en ningún archivo oficial, que nunca había estado, que lo que buscaba era precisamente lo que no se archivaba, lo que no se catalogaba, lo que se guardaba en cajas de trastero durante veinte años esperando a que alguien decidiera que no era prudencia sino cobardía.

Caminó por el jardín. Las plantas estaban cuidadas, regadas, una jardinera municipal que cumplía su función con la eficiencia de quien no sabe qué crecía allí antes. En un rincón, junto a la pared del edificio que había sido la nave principal, había un banco de madera. William se sentó.

No pensó en nada concreto. No formuló preguntas. No construyó frases. Solo se sentó, en un lugar donde su padre había trabajado, donde quizá había decidido lo que había decidido, donde había escrito Recibido. Proceder como quien escribe una fórmula, no una sentencia.

Un hombre se acercó. Joven, quizá treinta, con ropa de jardinero y una mochila que no parecía de trabajo.

—¿Busca algo? —preguntó.

William lo miró. La pregunta era cotidiana, la pregunta del que ofrece ayuda al visitante perdido, pero en ese momento, en ese lugar, sonó como ninguna pregunta había sonado antes.

—No sé —dijo—. Creía que buscaba algo. Ahora no estoy seguro de qué.

El jardinero lo miró con la mirada de quien no entiende pero no necesita entender, la mirada de quien ha visto a muchas personas sentarse en ese banco con caras que no corresponden a un paseo por un jardín.

—Mi abuela trabajó aquí —dijo, sin que William hubiera preguntado—. Antes de que fuera esto. Antes de que fuera lo que fuera. Cosía, creo. O empaquetaba. No sé. Mi madre no hablaba mucho de eso. Decía que era un trabajo como otro cualquiera. Pero no hablaba, y lo que no se habla no es nunca como otro cualquiera.

William sintió que algo se abría en el pecho, no una herida sino una rendija, un espacio por donde entraba algo que no era aire sino presencia, la presencia de alguien que no buscaba pero que era encontrado.

—¿Cómo se llamaba su abuela?

El jardinero dudó. No por olvidar el nombre, sino por la resistencia que tiene todo nombre cuando se pronuncia en un lugar donde no se ha pronunciado antes.
—Rosario. Rosario Méndez. Pero en casa la llamaban Charo. Todos la llamaban Charo.
William no reconoció el nombre. No estaba en la libreta de su padre, no estaba en la agenda de Pilar, no estaba en ninguna de las fotos de la caja de Elizabeth. Pero estaba aquí, en la boca de un nieto que regaba plantas sobre un suelo que había sido otra cosa, y eso era suficiente, eso era ya una forma de archivo.
—¿Le importaría...? —empezó William, y no terminó la frase porque no sabía cómo terminarla, porque lo que quería pedir no tenía forma de petición, era solo la necesidad de que el nombre existiera en más de una boca, en más de una memoria.
—¿Si me importa qué?
—Nada. Nada. Solo... gracias por decirme el nombre.
El jardinero lo miró con extrañeza, una extrañeza que no era rechazo sino la de quien ha dicho algo que no sabía que pesaba hasta ver la cara de quien lo recibe. Asintió, recogió la mochila, siguió con su tarea.
William se quedó en el banco. Sacó el teléfono. No llamó a nadie. Solo abrió la nota donde había escrito las anotaciones de su padre, donde ahora también estaban las frases de Pilar, la de Carmen Valls, la de la tijera sobre la mesa como si fuera a volver. Añadió, al final, sin saber por qué lo hacía, sin saber si era suyo guardarlo:
Rosario Méndez. Charo. La llamaban Charo.
Guardó el teléfono. Miró el jardín. Las plantas seguían creciendo, indiferentes a lo que había debajo, a lo que la tierra cubría sin saber que cubría.
Volvieron a la oficina del polígono por la tarde, los cuatro, con lo que cada uno traía. Sarah traía la voz de Pilar, no grabada sino recordada, una voz que ella se

negaba a perder en un dispositivo y prefería perder en su propia memoria, que era, decía, un archivo menos fiable pero más honesto. James traía el silencio de haber escuchado, un silencio que no era ausencia sino plenitud, la sensación de que lo no dicho pesaba más que lo dicho y que el peso era legítimo, era el peso de lo que aún no encontraba forma.

William llegó el último. Traía el nombre de Rosario Méndez, Charo, que no encajaba en ningún documento pero que encajaba en la conversación como encajan las cosas que no se buscaban pero que aparecen, como la lluvia del día anterior había aparecido sin limpiar sino remover.

—Tenemos cinco nombres —dijo Sarah, abriendo la libreta—. Pilar Otero. Carmen Valls. Amalia, sin apellido todavía. Rosario Méndez, Charo. Y V., que puede ser Ventura o Víctor o Vicente o cualquiera, pero que es un nombre que necesita ser investigado.

—Y tenemos un lugar —dijo William—. El centro cultural. La fábrica reconstruida. El sitio donde la gente pasea sin saber qué había antes.

—El sitio no es neutral —dijo Elizabeth—. Un jardín sobre una fábrica no es un jardín. Es una declaración. La declaración de que lo que hubo se ha superado, de que el presente es mejor, de que no hay necesidad de recordar porque el recuerdo sería un obstáculo para el disfrute.

—Pero podría ser otra cosa —insistió William—. Podría ser un sitio donde el jardín y la fábrica coexistieran, donde la gente supiera que camina sobre algo, que debajo hay un suelo que fue otro, que el jardín no es olvido sino cubierta, y que las cubiertas se pueden levantar.

James escuchaba. La conversación tomaba una forma que no había previsto, una forma que no era de archivo ni de documental ni de artículo, sino de algo más viejo

y más simple: la conversación entre personas que han visto algo juntas y que necesitan decidir qué hacer con lo que han visto.
—Propongo algo —dijo, y su voz tenía la firmeza que había encontrado la noche anterior, la de quien ha aceptado que la determinación es necesaria aunque no se sienta—. Una fiesta.
Los otros lo miraron.
—¿Una fiesta? —preguntó Sarah.
—Una fiesta de la memoria. No un homenaje, no un acto institucional, no una inauguración. Una fiesta. Como las que se hacían en los barrios, en los patios, cuando algo se celebraba o se lloraba y la forma de celebrar o llorar era juntarse, comer, bailar, hablar. Una fiesta donde se invita a quien quiera venir, donde se ponen los nombres en una pared, donde se cuentan las historias que se cuentan y se callan las que se callan, donde Pilar pueda estar sin ser entrevistada, donde el nieto de Rosario Méndez pueda decir el nombre de su abuela sin que nadie le pida credenciales ni permiso.
Elizabeth lo pensó. La idea era extraña, era inadecuada, era todo lo que ella había evitado durante cuarenta años: la conversión del dolor en evento, del recuerdo en espectáculo, del nombre en cartel.
Pero también era lo que ella no había hecho, lo que nadie había hecho, lo que la prudencia había impedido y la cobardía había justificado.
—¿Y dónde? —preguntó.
—En el jardín —dijo William—. En la fábrica reconstruida. Sobre lo que fue. No en un salón de actos, no en un auditorio. En el sitio donde estuvieron, donde trabajaron, donde algunas desaparecieron. En el sitio que ahora es jardín pero que puede dejar de serlo por un día, que puede ser otra cosa, que puede ser ambas cosas a la vez.
—La gente no entenderá —dijo Elizabeth.

—Algunos no. Algunos sí. Y los que no entiendan pueden preguntar, y las preguntas son el principio, no el problema.

Sarah escribía en la libreta. No listas, no fechas, no esquemas. Escribía frases sueltas, fragmentos que no encajaban en ninguna categoría pero que eran lo que la conversación producía, lo que no se podía organizar porque organizarlo sería matarlo.

—Necesitamos más nombres —dijo, sin levantar la vista—. Pilar conoce a otras. Si está dispuesta a hablar con ellas, si no le asusta que el nombre se propague.

—Pilar no quiere que el nombre se propague —dijo Elizabeth—. Pilar quiere que el nombre exista. Es distinto. Propagar es difundir. Existir es estar en algún sitio donde alguien pueda encontrarlo.

—¿Y la diferencia? —preguntó James.

—La diferencia es que propagar convierte en información. Existir convierte en presencia. Las mujeres de la planta B no necesitan ser información. Necesitan ser presencia. Necesitan que alguien sepa que estuvieron, no que alguien las estudie.

La distinción era sutil, casi imperceptible, pero los tres la captaron, como se capta una nota que no estaba en la partitura pero que el músico añade porque la melodía la pide. No se trataba de investigar. Se trataba de estar. No se trataba de recuperar. Se trataba de nombrar.

—Voy a hablar con Pilar —dijo Elizabeth—. No para pedirle permiso. Para pedirle compañía. Que venga a la fiesta, si quiere. Que traiga lo que quiera traer, o nada. Que esté, como dijo William. Que esté.

William asintió. Sintió que algo se movía, no en él sino alrededor de él, una configuración que no había buscado pero que se formaba porque él había abierto una puerta que no sabía que tenía, y por la puerta habían entrado personas que no se conocían pero que

compartían algo que no era un proyecto ni una investigación ni una causa: era la necesidad de que los nombres existieran antes de que los nombres se perdieran del todo.

—¿Cuándo? —preguntó Sarah.

—Antes de que termine el verano —dijo James—. Antes de que la gente se vaya, antes de que el otoño traiga otra luz y otra prisa. En agosto, si hace falta. En agosto la gente está en la calle, los barrios están vivos, las ventanas están abiertas. Si vamos a hacer una fiesta, hagámosla cuando la ciudad todavía permita las fiestas.

Sarah cerró la libreta. La abrió. Escribió en la última página, donde no había nada, donde el papel estaba en blanco esperando:

Fiesta de la memoria. Agosto. Jardín de la fábrica. Nombres en una pared. Lo que se cuenta se cuenta. Lo que se calla se calla.

Debajo, más pequeño:

Rosario Méndez. Charo.

Y debajo:

Carmen Valls.

Y debajo, con una letra que temblaba apenas, la de quien escribe algo que no sabe si es correcto escribir:

Amalia. Sin apellido. Pero con voz.

Esa noche, James y Sarah caminaron juntos otra vez. No hacia ningún sitio, no hacia el callejón de la noche anterior, no hacia la oficina del polígono. Solo caminaban, con la ciudad que se les entregaba como se entrega un cuerpo que confía, sin reservas pero sin explicaciones.

—¿Crees que funcionará? —preguntó Sarah.

—No.

—¿Entonces por qué lo propones?

—Porque las cosas que funcionan son las que ya sabíamos que iban a funcionar. Las que no sabemos son las que hay que intentar.
Sarah lo miró. En la penumbra de la calle, con la luz de los faroles que les llegaba de lado, James tenía la cara de alguien que ha decidido algo y no sabe si la decisión es suya o del momento, si la tomó él o la tomó la situación por él.
—Esto entre nosotros —dijo ella, y la palabra esto era vaga a propósito, porque nombrarlo sería reducirlo—. ¿Es parte de lo mismo? ¿De la fiesta, del archivo, de los nombres?
—No lo sé. Creo que sí. Creo que todo es parte de todo cuando uno está en el medio de algo, cuando uno no está al principio ni al final sino en el sitio donde las cosas pasan y no se sabe todavía qué pasan.
—Eso es muy vago.
—Lo sé. Es lo que tengo.
Sarah tomó su mano. No se enlazaron, no se apretaron, como la noche anterior, solo se tocaron, una superficie de contacto mínima que ambos mantuvieron.
—Es suficiente —dijo ella—. Por ahora.
Siguieron caminando. La noche era cálida, de julio, una noche que en otra ciudad sería verano pero que aquí era solo continuidad, la continuación de un día que no se había resuelto y que probablemente no se resolvería, que seguiría abierto como seguían abiertas las preguntas, como seguían abiertos los nombres, como seguía abierta la puerta que William había abierto sin saber que la abría.
En algún momento se detuvieron. No se besaron, no exactamente, como la noche anterior. Se quedaron frente a frente, con la respiración que se buscaba, con la proximidad que no cruzaba el umbral porque el umbral era también parte de lo que estaban construyendo, la línea que se respeta no por miedo

sino por la decisión de que el respeto es también una forma de cercanía.
—Mañana —dijo James.
—Mañana —dijo Sarah.
Se separaron. Cada uno hacia su casa, con la promesa no dicha de que mañana estarían en el mismo sitio, con las mismas preguntas, con los mismos nombres, con la fiesta que no sabían si podían hacer pero que iban a hacer porque no hacerlo sería volver a la prudencia, a la cobardía, al archivo que se guarda sin abrir, al carrete que se conserva sin proyectar.
Elizabeth, en su piso, no preparó té. Se sentó en la sala, donde la caja seguía abierta, donde las agendas y las fotos y los recortes esperaban. Tomó la foto de la mujer del dedal de nácar. La miró como quien mira a alguien que por fin tiene nombre, que por fin puede ser llamada, no por la metonimia sino por lo que es, por lo que fue, por lo que dejó de ser.
Carmen Valls. Se la llevaron en el 75. No se sabe a dónde. No se puede preguntar.
Pero se puede nombrar. Y nombrar, pensó Elizabeth, es lo único que se puede hacer con lo que no se puede recuperar. No es suficiente. Nunca es suficiente. Pero es lo que hay.
Pensó en la fiesta. En los nombres en una pared. En Pilar, de pie en su cocina, con la olla que no hervía porque herviría cuando ella decidiera. En el nieto de Rosario Méndez, que regaba plantas sin saber qué regaba. En James y Sarah, que se tocaban sin enlazarse, que construían algo que no tenían palabra para nombrar.
Pensó en sí misma. En los veinte años de caja cerrada. En la nota de No proyectar que había escrito para no decidir y que ahora era la decisión misma, el punto de partida, la primera línea de algo que no sabía adónde iba pero que iba, que se movía, que no se quedaría

más en el trastero, en la humedad decorativa, en la estantería que se inclinaba sin atreverse a caer.
Cerró los ojos. No durmió. Solo cerró los ojos, como quien cierra un capítulo, no para olvidar sino para que lo que viene pueda empezar.

Capítulo 9. Después del brillo

La palabra fiesta empezó a circular antes de que existiera nada que pudiera llamarse así. Circuló como circulan las palabras que al principio parecen una exageración o un error de tono y que, precisamente por eso, obligan a quienes las oyen a detenerse un segundo y decidir si van a rechazarlas o a dejar que hagan su trabajo. En la oficina del polígono, entre el zumbido residual del proyector y el olor a café recalentado, fiesta sonaba impropia. Sonaba frívola, incluso. Sonaba a traición de aquello mismo que se quería nombrar.
Sin embargo, ninguno propuso otra mejor.
Durante los días siguientes, la idea dejó de ser una ocurrencia de James y empezó a transformarse en una práctica incómoda, concreta, llena de pequeñas decisiones que revelaban hasta qué punto recordar no era un acto abstracto sino una logística moral. Había que pedir un permiso o decidir no pedirlo. Había que pensar si los nombres iban en carteles o en telas. Había que resolver si se proyectaría el carrete o si la nota de No proyectar seguiría operando como límite. Había que hablar con personas que no se conocían entre sí y que, sin embargo, iban a ser convocadas por una ausencia compartida.

La primera en comprender que la dificultad no era organizativa sino verbal fue Sarah.
Sentada en el suelo de la oficina, con la libreta apoyada sobre una caja de cables y folletos de viejos proyectos municipales, escribía palabras y las tachaba. Acto, no. Homenaje, no. Encuentro, quizá, pero encuentro tenía algo de convocatoria terapéutica que no terminaba de corresponderse con lo que buscaban. Jornada era imposible. Memorial demasiado solemne. Intervención demasiado académico. Verbena demasiado juguetón y demasiado local a la vez. Fiesta seguía ahí, resistiendo por descarte, como si la impropiedad fuera también su exactitud.
James la observaba desde la mesa, con los codos apoyados y la espalda vencida por varias noches mal dormidas. Había descubierto que el cansancio no anulaba la lucidez; a veces la afinaba. A veces dejaba fuera las precauciones superfluas y permitía ver la estructura desnuda de las cosas.
—¿Y si no hay que corregir la palabra? —dijo.
Sarah no levantó la vista.
—¿Y si la palabra está mal?
—Puede estar mal y ser la única posible.
—Eso no ayuda.
—Ayuda más que fingir que estamos haciendo algo limpio.
Sarah dejó el bolígrafo. Lo miró. Había en ella una impaciencia nueva, no contra él sino contra la parte del mundo que seguía comportándose como si las formas pudieran resolverse desde la neutralidad.
—No quiero que parezca que estamos convirtiendo esto en una celebración amable —dijo—. No quiero farolillos sobre una desaparición. No quiero que dentro de diez años alguien recuerde una tarde bonita y no recuerde por qué estaba allí.

James asintió. Era exactamente ese el problema. La memoria pública tendía a pulir. Incluso cuando quería reparar, embellecía. Convertía el conflicto en pedagogía y la herida en relato apto para instituciones. Lo que estaban intentando evitar no era solo el olvido; era también el recuerdo domesticado.

—Entonces la forma tiene que contener esa incomodidad —dijo—. Que haya comida, sí. Que haya gente, sí. Pero que no tranquilice. Que nadie pueda salir de allí diciendo que todo quedó resuelto.

Elizabeth, que había permanecido callada en una silla junto a la ventana, intervino sin elevar la voz.

—Eso dependerá menos de la forma que de lo que no permitáis que la forma tape.

Los dos la miraron.

Elizabeth tenía delante una de las agendas rescatadas de la caja. No la leía; la sostenía abierta por una página cualquiera, como si el simple contacto físico con aquel objeto le bastara para seguir dentro de una conversación con el pasado que aún no terminaba de traducirse en acciones del presente.

—Lo peligroso del brillo —dijo— es que no niega la herida. La vuelve visible a su manera. La ilumina tanto que acaba quitándole volumen. Todo lo que brilla corre el riesgo de parecer ya interpretado, ya comprendido, ya incorporado a una historia aceptable.

Sarah escribió la frase sin pedir permiso.

Lo peligroso del brillo.

James repitió en voz baja:

—Después del brillo.

Nadie dijo nada durante unos segundos. El título apareció así, sin solemnidad, sin que nadie lo proclamara. Después del brillo no nombraba solo el riesgo de la fiesta; nombraba también el tiempo en que estaban entrando. El tiempo posterior al descubrimiento inicial, posterior a la conmoción,

posterior a la intensidad casi física de la noche del carrete. Habían atravesado el brillo del hallazgo, ese momento en que encontrar algo produce una luz propia que puede confundirse con sentido. Ahora venía lo otro: la administración ética de lo encontrado, la fatiga, las dudas, los desacuerdos, la resistencia del mundo exterior, la pregunta más difícil de todas: qué queda cuando el descubrimiento deja de deslumbrar.

William llegó esa tarde con dos bolsas de papel y una carpeta de cartón. Las bolsas contenían fruta, pan y unos quesos comprados con un impulso práctico que nadie le había pedido pero que todos agradecieron en silencio; la carpeta contenía algo más difícil de nombrar. La dejó sobre la mesa como quien deja una prueba, aunque no fuera exactamente una prueba de nada.

—He ido otra vez al centro cultural —dijo.

No se sentó. Permaneció de pie, con una tensión serena, la de alguien que ha empezado a moverse dentro de una historia ajena y está descubriendo que esa ajenidad era solo aparente.

—He preguntado por la programación de agosto. Por disponibilidad del jardín. Por normas de uso.

Sarah cerró la libreta.

—¿Y?

—Y he hablado con una chica de actividades culturales que pensó que quería montar un recital o una cosa vecinal. Me dio un formulario. Lo he traído.

Sacó varias hojas grapadas. El lenguaje administrativo entró en la habitación con toda su eficacia de costumbre: solicitud de uso temporal de espacio; descripción del evento; previsión de aforo; necesidades técnicas; responsable legal; observaciones. El papel tenía esa tonalidad ligeramente amarillenta de las copias que pasan por demasiadas manos y siguen fingiendo neutralidad.

James cogió el formulario. Lo leyó un momento. Sonrió, no por diversión sino por agotamiento.
—"Descripción sintética de la actividad" —leyó—. Me gustaría vernos escribir aquí lo que estamos haciendo.
—No podemos escribir lo que estamos haciendo —dijo Elizabeth— porque lo que estamos haciendo no cabe en una casilla y, si cabe, se vuelve otra cosa.
William abrió la carpeta de cartón y, además del formulario, extrajo un plano sencillo del centro cultural. El jardín aparecía reducido a líneas y manchas verdes, domesticado por la escala gráfica. Había una explanada lateral, un pequeño escenario desmontable, dos accesos, una zona de bancos y la pared larga de la antigua nave principal, ahora encalada y limpia, perfecta para proyectar o colgar algo.
—La pared —dijo Sarah, señalándola—. Ahí.
William asintió.
—Yo pensé lo mismo.
La pared larga era casi demasiado adecuada. Justamente por eso imponía desconfianza. Parecía esperar una intervención cultural, una de esas acciones efímeras con vocación de fotografía institucional. Y, sin embargo, la superficie blanca también ofrecía algo que ninguna de las otras opciones ofrecía: escala. Presencia. Visibilidad. La posibilidad de que los nombres no quedaran confinados a una mesa ni reducidos a un gesto discreto, sino que existieran a la altura de los ojos, en el mismo lugar donde antes había habido otra cosa.
—No pintados —dijo Elizabeth de inmediato, como respondiendo a una idea que nadie había formulado aún—. Nada que se quede simulando permanencia.
—Tela —dijo Sarah—. O papel.
—Tela —repitió William—. Más cuerpo.
James levantó la vista del formulario.
—¿Cuerpo en qué sentido?

William tardó un poco en contestar. No porque dudara, sino porque se había acostumbrado a que sus intuiciones necesitaran un tiempo antes de volverse frase.
—En que una tela pesa. Cae. Se mueve si hay aire. No parece una inscripción definitiva. Parece algo sostenido por alguien. Algo que puede rasgarse, doblarse, mancharse. Algo vivo.
Elizabeth lo miró como si acabara de reconocer en él una competencia que hasta entonces no le había atribuido. No una destreza técnica, sino una sensibilidad formal. La capacidad de entender que el soporte también piensa.
—Sí —dijo—. Tela.
Sarah anotó: *nombres en tela, no monumento, no simulacro de permanencia*.
La tarde siguió así, hecha de decisiones mínimas que eran en realidad decisiones sobre el sentido. Si habría micrófono. Si el micrófono sería una forma de amplificar voces o de convertirlas en acto. Si habría música y, si la había, quién la elegiría. Si la comida sería llevada por cada quien, como en las fiestas de barrio, o si eso desplazaría la atención hacia la sociabilidad y la quitaría del motivo. Si convendría anunciarlo públicamente o solo por una red de nombres transmitidos de boca en boca. Si se invitaría al centro cultural como institución o se usaría el espacio a contrapelo de la institución.
Ninguna respuesta era estable. Cada una abría un problema nuevo.
Fue Elizabeth, una vez más, quien formuló el nudo con mayor precisión.
—Si lo hacemos demasiado pequeño —dijo—, seguirá siendo nuestro. Y lo nuestro no basta. Pero si lo hacemos demasiado visible, el propio dispositivo de visibilidad se lo tragará. Vendrá alguien a fotografiar la

pared, alguien hablará de iniciativa ciudadana, alguien pondrá una nota de prensa con las palabras adecuadas y lo que era una presencia se convertirá en contenido. James pensó en todos los proyectos en los que había participado sin darse cuenta de que trabajaban exactamente así: transformando materia humana en relato administrable. Por primera vez en años sintió una vergüenza útil, no paralizante. Una vergüenza que no lo hundía, sino que le permitía ver mejor.

—Entonces no hay solución limpia —dijo.

—No —respondió Elizabeth—. Lo que hay es vigilancia.

—¿Sobre qué?

—Sobre nosotros mismos. Sobre el momento en que empecemos a disfrutar demasiado de haber encontrado una forma.

Después de eso nadie habló durante un rato. Se oían los coches lejanos del polígono, el zumbido del fluorescente de la entrada, un martilleo intermitente en alguna nave cercana. Fuera, la tarde iba perdiendo dureza, pero dentro de la oficina el tiempo se mantenía suspendido, como si las horas no avanzaran sino que se acumularan unas sobre otras.

Sarah fue quien rompió el silencio.

—He pensado en Pilar.

Elizabeth la miró con la atención inmediata que adquiría cada vez que aparecía ese nombre.

—¿Qué pasa con Pilar?

—Que no puede llegar y encontrarse una escena preparada para ella. No puede sentirse usada como garantía de autenticidad. Si viene, tiene que venir a un lugar donde pueda estar de pie, sentarse, irse, callarse, hablar, sin que su sola presencia organice todo.

—Sí —dijo Elizabeth—. Eso es esencial.

—Y lo mismo con el nieto de Rosario Méndez —añadió William—. No puede parecer que lo hemos traído a representar a nadie.

James pensó entonces en algo que hasta ese momento había evitado pensar de forma explícita: toda memoria coral contiene el riesgo de asignar papeles. La testigo, el descendiente, la investigadora joven, la guardiana del archivo, el mediador, el hijo que vuelve. Si aceptaban esos papeles sin someterlos a sospecha, la fiesta nacería ya teatralizada.

—No vamos a presentar a nadie —dijo—. Nada de "ella es", "él viene en nombre de". Que los nombres circulen, pero no las funciones.

Elizabeth asintió.

—Bien.

El acuerdo fue inmediato, pero no produjo alivio. Cada solución parcial revelaba otro nivel del problema. Recordar juntos no consistía en reunir piezas dispersas, sino en impedir que el propio gesto de reunirlas fabricara una mentira más amable que la verdad.

Los días siguientes se repartieron, sin que nadie lo decretara, en tareas que parecían obedecer a una inteligencia colectiva previa. Sarah y Elizabeth siguieron visitando a Pilar, no todos los días, pero con una frecuencia que habría resultado invasiva si Pilar no hubiera sido quien empezara a regular el ritmo. A veces las hacía pasar a la cocina. A veces las dejaba en el rellano más de media hora, hablando con la puerta entornada, como si el umbral fuera la medida justa de confianza. A veces no hablaba de Carmen ni de la planta B ni de V., sino del precio del aceite, de una vecina que había muerto sola dos edificios más allá, de una gotera antigua que reaparecía cada invierno. Sarah aprendió pronto que esas digresiones no apartaban de la historia; eran la historia misma en su modo de seguir viviendo.

Pilar no ofrecía nombres como quien abre un cajón y enumera su contenido. Los nombres llegaban torcidos, asociados a gestos, a olores, a minucias de trabajo.
—Había una Antonia —dijo una tarde—, pero quizá no era Antonia. A lo mejor era Anita y una acabó llamándola Antonia por costumbre. Tenía el cuello largo. Eso sí. Y una risa que se oía desde la otra sala.
Otro día:
—Josefa no. Pepa, sí. Pepa algo. Llevaba las uñas siempre cortísimas. No por limpieza, no. Por miedo a enganchar la tela.
Elizabeth no corregía, no ordenaba, no pedía precisión donde la precisión solo podía fingirse. Sarah, en cambio, tenía que luchar contra un reflejo aprendido: el de convertir la memoria viva en dato utilizable. Volvía a casa con frases incompletas, con apodos, con descripciones que no podían verificarse, y descubría que aquella insuficiencia le dolía menos cada día. No porque renunciara a saber, sino porque empezaba a entender que algunas verdades no se presentan en la forma en que la investigación convencional las reconoce.
James y William, por su parte, comenzaron a recorrer el barrio de la antigua fábrica. No preguntaban directamente por desapariciones ni por la planta B; sería falso decir que no había pudor, pero también sería falso decir que se trataba solo de pudor. Había estrategia. Sabían que entrar por el centro del asunto cerraría puertas. Había que bordear, dejar que las personas decidieran desde dónde querían recordar. Hablaron con una mujer que había tenido una mercería durante treinta años y que recordaba los uniformes azules de algunas trabajadoras sin saber sus nombres. Hablaron con un hombre que había repartido pan por la zona y que decía haber visto salir a grupos de mujeres de madrugada durante una temporada, “como si les

hubieran cambiado el turno o como si algo no quisiera ser visto a la luz". Hablaron con una peluquera jubilada que no conocía a ninguna de la fábrica pero conocía el rumor, "ese rumor que entonces no se llamaba rumor porque se vivía dentro y ahora parece invención porque nadie lo escribió".

La ciudad no devolvía pruebas; devolvía textura. William fue quien mejor soportó esa textura. Acostumbrado por su propio padre a leer en las zonas mudas de las cosas, no se desesperaba cuando una pista no llevaba a nada verificable. Había dejado de buscar la llave maestra, la evidencia decisiva, el documento que resolviera de una vez el enigma moral en el que su padre había quedado inscrito. Lo que empezaba a construir, sin nombrarlo aún así, era otra relación con la verdad: menos judicial, menos conclusiva, más hecha de contornos, repeticiones, silencios coincidentes.

Una tarde volvió a encontrarse con el jardinero, el nieto de Rosario Méndez. Esta vez el hombre no llevaba mochila sino una manguera enrollada al hombro y una camiseta con el logo del ayuntamiento descolorido por los lavados.

—Otra vez usted —dijo, sin desconfianza.

—Otra vez yo.

William sonrió. Ya no se sentía intruso de la misma manera. Seguía siéndolo, en cierto sentido, pero la repetición había empezado a producir un reconocimiento mínimo, la forma más modesta de confianza.

—Pensé en lo que me dijo el otro día —dijo William.

El jardinero clavó la manguera en el suelo, como si necesitara las manos libres para esa conversación.

—Yo también pensé que quizá no debía haber dicho nada.

—Hizo bien en decirlo.

—No sé. En mi casa las cosas de mi abuela casi no se tocaron nunca. Mi madre decía que cuando una vida ha sido dura, removerla por curiosidad es otra forma de faltarle al respeto.
William escuchó la frase con atención. No como objeción, sino como advertencia legítima.
—No es curiosidad —dijo.
—Eso lo dice usted.
William aceptó el golpe sin defenderse enseguida. Se sentó en el banco de la vez anterior y el otro, tras una vacilación breve, se sentó también, dejando entre ambos el espacio justo que permite una conversación entre hombres que aún no saben si comparten algo o solo un banco.
—Tiene razón —dijo William al cabo—. También podría ser curiosidad. Y podría volverse otra cosa peor. Podría volverse una historia bonita sobre el pasado de este sitio. Estoy intentando que no pase eso.
El jardinero lo miró de lado. Había en su cara la prudencia de quien ha aprendido a desconfiar de la gente que viene a pedir memoria en nombre de valores nobles y se marcha luego con un relato ya compuesto.
—¿Y cómo piensa evitarlo?
William miró el jardín. Ni siquiera ahora podía verlo como mero jardín. Las plantas, los setos recortados, los niños que cruzaban a ratos, la pareja mayor que se sentaba siempre a la sombra: todo coexistía con otra capa que no era fantasmal, sino materialmente ausente. Debajo de esa calma había trabajo, ruido, miedo, obediencias, jerarquías, cansancio, quizás algo peor.
—No hablando en nombre de nadie —dijo—. No cerrando lo que no se puede cerrar. No fingiendo que entiendo más de lo que entiendo.
El jardinero sonrió apenas.
—Eso ya suena mejor.

Pasaron un rato sin decir mucho más. A William no le urgía extraer nada. Estar allí, con ese hombre que llevaba el nombre de Charo en la boca como una herencia incierta, era ya una forma de trabajo.
Antes de irse, el jardinero preguntó:
—¿La van a poner en algún sitio?
—¿A Rosario Méndez?
—El nombre.
William dudó. No por falta de intención, sino porque esa era precisamente la clase de promesa que podía volverse violencia si no se cumplía o si se cumplía mal.
—Sí —dijo al fin—. Pero no como quien coloca una placa y ya está. Queremos hacer algo en agosto, aquí.
El jardinero recogió la manguera.
—Mi madre no vendrá.
—No hace falta.
—No. Hace falta no pedirle que venga. Es distinto.
William entendió de inmediato que esa frase merecía el mismo cuidado que las de Pilar.
No hace falta no pedirle que venga.
La apuntó más tarde en su teléfono, junto a los nombres y las notas del padre, no para apropiársela sino porque empezaba a comprender que el archivo verdadero de aquello no estaba hecho solo de identidades y fechas, sino de formulaciones éticas: frases en las que la gente dejaba ver cómo quería que se tratara a sus muertos, a sus pérdidas, a sus reservas.
La resistencia más inesperada no vino de fuera, sino de entre ellos.
Fue James quien la encarnó, aunque tardó un par de días en admitirlo. La víspera de presentar el formulario de uso del jardín, se quedó solo en la oficina más tiempo del habitual. Los demás se habían ido. Habían dejado apiladas las telas aún sin comprar, los bocetos de distribución del espacio, una lista tentativa de

nombres y otra de personas a las que transmitir la convocatoria. Sobre la mesa seguían el carrete y la nota de No proyectar, como dos piezas que todo lo que avanzaban seguían obligando a mirar atrás.
James abrió otra vez el documento de las cuatro frases que había escrito aquella madrugada, días antes. Leyó especialmente una: *No convertir la ausencia en prueba de nuestra sensibilidad.* La había escrito sin saber aún cuánto trabajo iba a exigir cumplirla.
Encendió el proyector. No para mirar el carrete completo, sino para oír el aparato, para sentir de nuevo el dispositivo en marcha, como si necesitara verificar cuál era el centro magnético de todo aquello. La luz golpeó la pared vacía. No puso la película. La luz sola bastó para que apareciera la duda en una forma menos abstracta.
¿Y si estaban haciendo demasiado?
No demasiado en cantidad, sino en ocupación. ¿Y si la energía del grupo, la emoción compartida, la aparición de vínculos inesperados, incluso eso que crecía entre él y Sarah, estaban produciendo una deriva inevitable hacia la obra, hacia el gesto con forma, hacia el acontecimiento que da sentido a quienes lo organizan tanto como a quienes convoca? ¿Y si la fiesta, precisamente por ser valiente y extraña, iba a convertirse en una redención privada con apariencia pública?
La puerta estaba abierta y Sarah entró sin llamar. Había vuelto porque se había dejado la libreta, o eso creyó decir al principio. Luego vio la luz del proyector sin película y supo que no era casual haber regresado.
—Te pasa algo —dijo.
James no se giró enseguida.
—Sí.

Sarah esperó. Ya había aprendido que, en él, el silencio previo a una frase no era maniobra ni afectación, sino el tiempo real que necesitaba para no mentir.
—Creo que estamos cerca de hacer algo importante —dijo—. Y precisamente por eso creo que podríamos estar a punto de arruinarlo.
Sarah no respondió de inmediato. Se acercó a la mesa, dejó la libreta donde solía dejarla y miró también la luz del proyector estampada sobre la pared desnuda. La luz sin imágenes parecía un interrogatorio.
—Sigue —dijo.
—No sé si la fiesta responde a lo que encontramos o a lo que necesitamos sentir que hacemos con lo que encontramos.
—Las dos cosas pueden ser verdad.
—Sí. Y ahí está el peligro.
Sarah apoyó las manos en la mesa. No se molestó en suavizar la respuesta.
—Todo esto tiene peligro, James. Ir a ver a Pilar tenía peligro. Nombrar a Carmen tenía peligro. Preguntar por Rosario Méndez tenía peligro. Hasta dejar el carrete en la caja tenía peligro. La cuestión no es eliminarlo.
—Lo sé.
—Entonces deja de hablar como si descubrir el riesgo fuese lo mismo que refutar lo que estamos haciendo.
James se giró hacia ella. No estaba ofendido. Estaba, de hecho, aliviado por la precisión de ese golpe.
—No quiero refutarlo. Quiero saber desde dónde lo hacemos.
—Desde un sitio impuro.
—Eso es demasiado fácil.
—No. Lo fácil sería imaginar uno puro.
La frase quedó entre ambos como una superficie firme. Sarah no estaba defendiendo la fiesta a toda costa; estaba defendiendo algo más difícil: la posibilidad de actuar sin garantía moral total. James, que había

pasado buena parte de su vida profesional construyendo mediaciones, sintió por un instante el deseo infantil de que alguien más resolviera por él el problema de la legitimidad. Pero ya no estaban en ese momento. Nadie iba a absolverlos de antemano.

—He pensado en cancelar la proyección del carrete para siempre —dijo.

Sarah lo miró con atención. No se sorprendió; quizá llevaba tiempo adivinándolo.

—¿Para siempre o por ahora?

—No sé si hay diferencia.

—La hay. “Para siempre” es una manera elegante de decidir cuando aún no soportas decidir. “Por ahora” al menos reconoce el tiempo.

James sonrió con cansancio.

—Te estás volviendo cruel.

—Me estoy volviendo útil.

La sonrisa de él duró un segundo más. Después volvió la gravedad.

—No quiero que la fiesta dependa de la película. No quiero que la imagen arrastre el resto. Las imágenes tienen demasiada fuerza. Demasiada autoridad. Si la gente ve unas caras en movimiento, aunque no sepa quiénes son, creerá que ya ha visto algo esencial. Y quizá lo esencial esté en lo que falta.

Sarah asintió despacio.

—Entonces no la proyectes.

—¿Así de simple?

—No. Así de difícil. Pero sí.

James apagó el proyector. La pared quedó otra vez muda, y esa mudez, lejos de vaciar el cuarto, pareció devolverle espesor.

Sarah se sentó en el borde de la mesa. Lo miró como había empezado a mirarlo en esos días: no solo con interés o con deseo contenido, sino con la extraña mezcla de ternura y vigilancia que nace cuando uno

reconoce en el otro una fragilidad compatible con la propia.
—¿Sabes qué creo? —dijo.
James negó con la cabeza.
—Que lo que te asusta no es solo hacer demasiado. Te asusta que esto salga bien de una manera que te haga feliz.
Él no contestó. Y precisamente por eso Sarah supo que había dado en un punto cierto.
La felicidad, cuando aparecía en contextos como aquel, parecía casi una indecencia. No una indecencia sentimental, sino histórica. ¿Cómo aceptar que entre nombres perdidos, cajas cerradas, silencios heredados y desapariciones mal archivadas pudiera surgir también algo parecido a una forma de vida? ¿Cómo no sospechar de ello? ¿Cómo no vigilar que la energía del vínculo no empezara a consumir el motivo que la había hecho posible?
Sarah extendió la mano y rozó la de James, como en las noches anteriores, sin apropiación y sin retirada.
—No confundas el brillo con eso —dijo—. El brillo es otra cosa. El brillo embellece. Esto no embellece nada. Esto duele y a la vez da ganas de estar.
James cerró los ojos un instante. No para descansar, sino para dejar que la frase se colocara dentro de él en el lugar exacto.
Duele y a la vez da ganas de estar.
Cuando volvió a abrirlos, la habitación parecía igual. La misma mesa, la misma pared, el mismo carrete sin proyectar. Pero algo se había ordenado ligeramente, no en la situación sino en su disposición a soportarla.
El formulario se presentó dos días después.
No lo entregó James, ni Sarah, ni William. Lo hizo Elizabeth, por una razón que nadie discutió una vez enunciada: si el espacio aceptaba esa actividad, debía aceptar también la presencia de alguien cuya relación

con aquello no pasaba por la novedad del descubrimiento sino por la larga duración del silencio. Elizabeth no se presentó como archivista ni como investigadora ni como organizadora cultural. Se presentó con su nombre y con una descripción deliberadamente insuficiente: *encuentro vecinal de memoria y nombres vinculados a la antigua fábrica*. Ni una palabra más de la necesaria. Ni una menos.

La persona que recibió el papel, en la oficina del centro cultural, lo leyó con la concentración burocrática de quien sabe que toda ambigüedad puede convertirse luego en problema. Preguntó cuánta gente esperaban. Elizabeth respondió que no lo sabían. Preguntó si habría amplificación sonora. Elizabeth dijo que quizá una mínima. Preguntó si se trataba de un acto político. Elizabeth sostuvo la mirada lo justo.

—Se trata de personas que trabajaron aquí —dijo.

La empleada marcó una casilla. No era aceptación ni rechazo; era solo el movimiento con que la institución convierte una frase en expediente. Aun así, Elizabeth salió de allí con una sensación física de roce, como si hubiera atravesado un tejido de resistencia blanda.

La respuesta tardaría unos días.

Esa espera cambió el ritmo de todos. Hasta entonces habían podido actuar dentro de un margen de imaginación. A partir de ese momento apareció la temporalidad exterior, la de los permisos, las decisiones aplazadas, las eventualidades administrativas. La vida real del proyecto empezó a depender de una instancia que no compartía ni el lenguaje ni la urgencia ni la ética de quienes lo estaban impulsando.

Sarah lo soportó mal. La impaciencia se le notaba en los hombros, en la velocidad con que pasaba páginas de la libreta, en la manera de responder demasiado rápido cuando alguien planteaba una nueva cautela.

Necesitaba movimiento. Temía, con razón, que la suspensión del trámite se pareciera demasiado a esa prudencia que ya habían identificado como otra cara de la cobardía.

William, en cambio, soportó mejor la espera. No porque fuera menos intenso, sino porque había entrado en una fase distinta. Empezó a leer de nuevo las notas de su padre, no ya en busca de un secreto central, sino de una textura moral que antes se le había escapado. Reparó, por ejemplo, en la sequedad extrema del "Recibido. Proceder", y por primera vez no lo leyó solo como obediencia o encubrimiento, sino también como la forma en que una estructura obliga a escribir a quienes participan en ella. La frase no absolvía a su padre. Pero lo devolvía a una zona menos simple que la del monstruo íntimo o la víctima del sistema. Ahí, precisamente ahí, estaba el nudo más incómodo: en que la responsabilidad no se distribuye nunca de manera que nos permita dormir bien.

Una noche fue a casa de su madre. No llevaba intención de hablar del padre, pero terminó haciéndolo. Ella estaba en la cocina, cortando melón con una concentración excesiva, como si la fruta exigiera una pericia quirúrgica.

—He estado pensando en él —dijo William.

Su madre no dejó el cuchillo.

—Yo también pienso a veces. Otra cosa es hablar.

—Quiero intentarlo.

La mujer terminó de cortar una rodaja, la apartó, limpió con el filo una hebra de pulpa.

—Si vas a preguntarme si sabía algo, no sé qué contestarte que te sirva.

William se apoyó en la encimera.

—No te estoy pidiendo que me sirva. Te estoy pidiendo que me digas lo que puedas.

Ella se quedó un momento quieta. Luego dejó el cuchillo.
—Tu padre no contaba el trabajo. Nunca. Pero había épocas en que llegaba distinto.
—¿Distinto cómo?
—Más callado no, porque ya era callado. Más... vigilante. Como si una parte de él siguiera obedeciendo órdenes aunque estuviera en casa. Como si hubiera aprendido que hablar de más no era prudente y luego ya no supiera apagar ese aprendizaje.
William sintió una punzada extraña. No alivio, desde luego. Tampoco condena. Era otra cosa: la aparición de una imagen más compleja de la obediencia, no como acto puntual sino como forma de alojarse en un cuerpo.
—¿Le tenías miedo? —preguntó.
Su madre respondió sin dramatismo.
—A veces sí. No porque pensara que fuera a hacernos algo. Sino porque había en él una parte inaccesible. Y lo inaccesible, cuando convive contigo, da miedo.
La frase se quedó flotando sobre la cocina. William pensó en cuántas familias estaban hechas, en realidad, de ese tipo de convivencia con zonas inaccesibles que se normalizan porque no hay cómo vivir si una las mira todo el tiempo de frente.
—Estamos preparando algo en la fábrica —dijo al cabo —. Bueno, donde estuvo.
Su madre levantó la vista.
—Ya me lo imaginaba.
—¿Cómo?
—Tienes esa cara. La cara de tu abuelo cuando algo le removía una idea y todavía no sabía en qué iba a convertirse. En tu familia los hombres no habláis mucho, pero cuando se os mete una cosa dentro se os nota en la nuca.
William sonrió pese a todo.

—No sé si eso es un elogio.
—No lo es. Tampoco una crítica.
Ella se secó las manos y por primera vez desde que él había llegado pareció mirarlo sin protegerse del todo.
—No conviertas a tu padre en el centro de nada de eso —dijo—. Bastante centro ocupó ya en esta casa sin quererlo.
William asintió. Era una advertencia justa. Quizá la más justa de todas. Su padre había sido el detonante íntimo, no el asunto. Si la fiesta acababa girando en torno a él, todo se desviaría hacia una genealogía privada y perdería aquello que la volvía necesaria: la restitución mínima de una pluralidad de nombres.
—Lo sé —dijo.
Su madre tomó una rodaja de melón y la colocó en un plato pequeño.
—Y no intentes perdonarlo deprisa. La prisa por perdonar se parece demasiado a la prisa por olvidar.
William no respondió. No hacía falta. Algunas frases no piden desarrollo; piden tiempo.
Cuando llegó la autorización, nadie la celebró de inmediato.
Fue un correo breve, casi descortés en su impersonalidad, confirmando la cesión del jardín para la fecha solicitada “salvo incidencia de programación”, con la condición de respetar niveles de sonido, horarios y limpieza posterior del espacio. Una frase añadía que cualquier material expuesto “deberá ser retirado al término de la actividad”.
Sarah leyó esa última línea en voz alta.
—“Deberá ser retirado”.
James apoyó las manos en la mesa.
—Pues claro que deberá ser retirado.
—Sí, pero escucha cómo suena.
Todos lo escucharon. Retirar los nombres al final de la actividad. Descolgarlos, plegarlos, llevárselos. No dejar

rastro material en la pared. La institución había formulado sin querer una verdad del proyecto: nada de aquello iba a quedar asegurado por un solo gesto. La presencia sería temporal. Habría que recomenzarla, sostenerla, volver a levantarla en otros sitios, en otras bocas, en otras memorias.

Elizabeth fue la única que sonrió, y no era una sonrisa irónica.

—Mejor así —dijo—. Que no parezca solucionado.

La fecha quedó fijada para el último sábado de agosto. A partir de ese momento el tiempo dejó de ser abstracto. Todo adquirió densidad de cuenta atrás. Había que comprar las telas, decidir el tamaño de las letras, transmitir la convocatoria con un texto lo bastante claro para convocar y lo bastante incompleto para no encerrar el sentido. Había que volver a ver a Pilar, hablar otra vez con el nieto de Rosario Méndez, quizá localizar a alguna de las otras mujeres nombradas sin certeza suficiente. Había que decidir si habría una mesa con agua y comida o si eso sería dejar entrar demasiado lo doméstico; y luego volver a decidir lo contrario al comprender que sin lo doméstico la palabra fiesta se volvería una coartada vacía.

La frase elegida para circular fue breve. La escribió Sarah, la corrigió James, la recortó Elizabeth y William fue quien insistió en una línea final que al principio parecía demasiado simple:

Fiesta de la memoria en el jardín de la antigua fábrica.

Para nombrar a quienes trabajaron aquí y a quienes faltan.

Trae un nombre, una historia, una presencia, o solo tu cuerpo.

Elizabeth quiso eliminar “solo tu cuerpo”. Le parecía una concesión retórica. Luego pensó en Pilar, en la

madre del jardinero, en tantas personas para las que acudir sin hablar ya sería un esfuerzo y una toma de posición. Lo dejó.
En la oficina del polígono, cuando terminaron de redactarla, nadie sintió euforia. Sintieron algo más sobrio y quizá más verdadero: que ya no podían echarse atrás sin mentirse.
Esa noche, al salir, Sarah y James caminaron de nuevo. No buscaban intimidad; la encontraban en movimiento, en esos trayectos sin destino que se habían vuelto una costumbre silenciosa entre ambos. La ciudad seguía siendo la misma y, sin embargo, empezaba a estar habitada por otra capa de atención. Ya no pasaban por una plaza sin imaginar qué nombres faltaban en ella, ni por una pared en blanco sin ver su capacidad de sostener algo más que publicidad o sombra.
—Tengo miedo del día después —dijo Sarah.
James la miró.
—¿Del fracaso?
—No. Del alivio.
Él entendió enseguida.
El fracaso era fácil de pensar. Encajaba con la lógica de lo precario, de lo incómodo, de lo no garantizado. Pero el alivio era otra cosa. El alivio podía llegar si la fiesta salía bien, si acudía gente, si se decían nombres, si Pilar iba, si el nieto de Rosario aparecía, si había una sensación común de haber hecho por fin algo justo. Y entonces, precisamente entonces, podía insinuarse la tentación más peligrosa: sentir que se había cumplido.
—No se va a cumplir —dijo James.
—Ya. Pero el cuerpo a veces lo cree antes que la cabeza.
Se detuvieron en un semáforo. Del otro lado de la calle, una terraza llena de gente reía con esa entrega inconsciente de los veranos urbanos, cuando la noche

todavía parece prometer tiempo. Sarah observó esa escena con una mezcla de ternura y distancia.
—Quizá después del brillo venga eso —dijo—. El momento en que uno tiene que seguir viviendo sin convertir lo que hizo en identidad.
James pensó que era la definición más exacta que había oído hasta entonces.
—Sí —dijo—. Y

Capítulo 10. Lo que queda del pasado

La semana anterior a la fiesta, el grupo dejó de reunirse en la oficina del polígono. No por decisión explícita sino porque el proyecto había empezado a ocupar otros espacios y otros tiempos, como una planta cuyas raíces ya no caben en el tiesto original. Cada tarea se había dispersado en cuerpos distintos y la coordinación pasó a depender de mensajes breves, de encuentros casuales en el centro cultural, de llamadas cortas a las que ninguno daba el nombre de reunión.
Sarah compró las telas. Lo hizo sola, un martes por la mañana, en un almacén textil de las afueras donde todavía se vendían piezas por metros y donde el dependiente, un hombre mayor que calculaba las cantidades a ojo, le preguntó para qué las quería.
Sarah dudó. La frase que tenía preparada le pareció de pronto una explicación excesiva. Dijo simplemente:
—Para escribir nombres.
El hombre no pidió más. Las enrolló en papel pardo y ató con un cordel grueso, con la minuciosidad de alguien que ha aprendido que los objetos frágiles requieren un cuidado que no se ve en la factura.
Elizabeth se quedó con la tarea más invisible: decidir cómo se escribirían los nombres. No el qué, que seguía siendo una zona movediza, sino el cómo. Tinta,

rotulador, pintura textil. Letra manuscrita o impresa. Mayúsculas o minúsculas. Cada opción cargaba un matiz que ella, mejor que nadie, sabía leer. La impresión daba uniformidad pero también autoridad: un nombre impreso parecía verificado, confirmado, sancionado por un dispositivo técnico. La letra manuscrita era más insegura y a la vez más honesta: delataba que había una mano detrás, una persona que no sabía si escribir bien y que aun así había escrito.
—A mano —dijo.
James, que estaba revisando la logística del sonido, levantó la vista.
—¿Estás segura?
—No. Pero lo decido así.
Decidir sin estar segura era, en cierto modo, la única forma de decidir que les quedaba. La certeza había quedado atrás, en algún momento entre el hallazgo del carrete y la firma del formulario. Lo que ahora tenían era una sucesión de actos sostenidos no por convicción sino por una integridad que no se confundía con confianza.
William, por su parte, había asumido la transmisión de la convocatoria. La frase que habían redactado juntos circuló de boca en boca, de mensaje en mensaje, con la velocidad irregular de las cosas que la gente recibe y decide reenviar o callar según una lógica que ningún algoritmo explica. Algunos la recibieron como lo que era, una invitación a acudir con un nombre o con el cuerpo. Otros la convirtieron en una pregunta: qué fiesta, qué fábrica, qué memoria. La pregunta se desplazaba por la ciudad con una imprecisión que William había dejado de intentar corregir. La imprecisión era parte del dispositivo. Fijar demasiado el sentido habría sido cerrar la posibilidad de que cada quien llegara desde el lugar desde el que necesitaba llegar.

Una noche recibió un mensaje de un número desconocido. Decía solamente: *allí estuvo mi tía. no sé su nombre de entonces. el de ahora no sirve*. William no contestó enseguida. Miró la pantalla durante un rato, como se mira una puerta que se ha abierto sola. Luego escribió:
No hace falta el nombre de entonces. Ven.
No recibió respuesta. Pero eso no significaba nada. Algunas personas necesitan tiempo para decidir si la confianza que se les ofrece es real o si es otra forma de disposición escénica.
El jueves anterior al sábado, Pilar recibió a Sarah y a Elizabeth en la cocina. Era la primera vez que las dos entraban juntas en ese espacio. Hasta entonces, Pilar había alternado: una vez Sarah, otra Elizabeth, como si la simultaneidad hubiera sido demasiado para el ritmo que ella misma había establecido. Que esta vez las recibiera a las dos juntas era, en su lenguaje indirecto, una forma de decir que algo había cambiado.
La cocina olía a pan tostado y a un desinfectante suave. Sobre la mesa había dos tazas preparadas, no tres. Pilar no iba a sentarse con ellas. Iba a estar de pie, moviéndose entre los fogones y la encimera, como quien necesita el movimiento para sostener una conversación que de otro modo le pesaría.
—No quiero que penséis que no voy —dijo sin preámbulo.
Sarah entendió que esa frase era la corrección de un silencio anterior. En la última visita, Pilar había dicho *ya veremos*, y ese *ya veremos* había quedado flotando entre las tres como un objeto que ninguna se atrevía a recoger.
—No quiero que penséis que no voy —repitió Pilar—. Pero tampoco quiero prometer que voy a estar allí como vosotras esperáis.

Elizabeth, que estaba apoyada en el marco de la puerta, no se movió.
—No esperamos nada —dijo.
—Eso lo decís ahora. El sábado, cuando la gente empiece a llegar, esperaréis. Es natural.
—Puede ser natural y no estar bien.
Pilar la miró. En sus ojos había una lucidez que no era agresiva sino defensiva, la de quien ha aprendido que el punto más vulnerable no es el silencio sino el momento en que alguien lo rompe en nombre del bien.
—Carmen no era una persona que gustara de los actos —dijo—. No porque fuera tímida. Porque no creía que las cosas se arreglaran con que la gente se reuniera.
Sarah se quedó muy quieta. Era la primera vez que Pilar decía algo que podía leerse como la opinión de Carmen sobre algo que se parecía a lo que ellas estaban organizando. No era una objeción directa. Era una transferencia: Pilar prestaba a Carmen una voz para que esa voz dijera lo que Pilar misma no se permitía decir en primera persona.
—Pero Carmen no está aquí para decidir —añadió Pilar —. Y yo sí.
Elizabeth asintió con la cabeza, un movimiento mínimo, casi imperceptible.
—Tú decides.
Pilar apartó la vista hacia la ventana. En el patio interior, la ropa tendida de una vecina se movía con una lentitud que parecía deliberada, como si las sábanas supieran que estaban siendo observadas.
—Voy a ir —dijo—. Pero voy a ir como Pilar. No como testigo de Carmen. No como representante de la planta B. Voy a ir porque yo también trabajé allí, aunque nadie lo cuente, y porque algunas cosas que recuerdo no son de Carmen sino mías.
Sarah escribió más tarde, en la libreta, esa distinción. *No de Carmen sino mías.* Era la línea más precisa que

Pilar había trazado: la que separaba la memoria compartida de la memoria apropiada. La que impedía que una vida se volviera anécdota de otra.

El viernes por la noche, James y Sarah estuvieron en el jardín del centro cultural por última vez antes del sábado. No había nada que comprobar que no hubieran comprobado ya. Fueron porque necesitaban estar en el lugar físico, medirlo con el cuerpo, confirmar que la pared existía y que la luz de la tarde caería como habían calculado.

La pared larga, encalada, tenía una textura irregular que solo se veía de cerca: pequeñas grietas, zonas donde la cal se había acumulado, una mancha de humedad antigua en la esquina inferior izquierda. No era una pared hermosa. Era una pared trabajada, una pared que había sido muchas cosas antes de ser blanca.

Sarah desplegó una de las telas sobre el césped. La tela cruda, sin tratar, tenía un color que no era exactamente blanco ni exactamente beige, sino algo intermedio, como un papel viejo o como la piel de algo que ha estado guardado. Pesaba más de lo que Sarah había imaginado. Al extenderla, el tejido se onduló y luego se aplacó, con esa docilidad de los materiales que aceptan ser usados pero que conservan una memoria propia de su forma.

James se acercó. Los dos miraron la tela sobre el césped, en silencio.

—Es grande —dijo él.

—Demasiado grande.

—O lo suficiente.

Sarah se arrodilló. Pasó la mano por la superficie. La tela no era suave; tenía una aspereza que raspaba levemente, como si el material mismo quisiera recordar que no estaba hecho para el confort.

—Mañana escribiremos aquí nombres de personas que quizá no existieron con esos nombres —dijo—. Y la

gente los verá y pensará que son reales. Y algunos lo serán. Y otros no. Y nadie sabrá cuáles.
—Eso es verdad.
—¿Y está bien que sea verdad?
James no respondió enseguida. Se sentó en el césped junto a ella, con las piernas cruzadas, como un adolescente que no ha aprendido aún que sentarse en el suelo es algo que se deja de hacer con la edad.
—No estoy seguro de que bien o mal sean las palabras —dijo—. Lo que sé es que mañana no vamos a resolver nada. Y que esa es la única condición bajo la que tiene sentido hacerlo.
Sarah lo miró. En la penumbra del jardín, con la luz del farol del aparcamiento que alcanzaba a teñirles la cara de un amarillo mate, vio en él algo que no había visto antes: una fatiga que no era cansancio sino madurez súbita, como si esos meses hubieran hecho en él un trabajo que los años anteriores no habían conseguido.
—¿Vamos a escribir todos los nombres? —preguntó.
—Los que tengamos. Los que Pilar haya dicho. Los que el jardinero recuerde. Los que lleguen mañana de boca de quien venga.
—Y los del carrete.
James se quedó muy quieto.
—No.
Sarah no se sorprendió. Lo había visto venir. Lo había visto en la forma en que James apagaba el proyector aquella noche, en cómo la luz sin imágenes le había dejado una marca más honda que las imágenes mismas.
—¿Ninguno?
—Ninguno que no sea confirmado por alguien que pueda decir *esta es ella*.
—Eso reduce mucho.
—Sí. Y así debe ser.

Sarah no discutió. Entendió, quizá antes que James mismo, que esa restricción era la última forma de cuidado que podían ofrecer. No usar el carrete como testimonio visual. No convertir unas imágenes en identidades. Dejar que el carrete siguiera siendo lo que era: un documento sin propietario, una prueba sin causa, una luz que no se debía proyectar sobre la pared porque la pared ya iba a sostener algo más frágil y más verdadero: nombres escritos a mano por personas que no sabían si escribían bien.

El sábado amaneció con un calor seco, de los que en Madrid se anuncian desde primera hora y no aflojan hasta que el sol se pone. James llegó al jardín a las cuatro de la tarde con una caja de cartón que contenía rotuladores de tela, pinceles, un bote de tinta negra y otro de tinta marrón que Sarah había comprado por impulso y que nadie sabía si se usaría. William llegó media hora después, con las telas enrolladas en papel pardo sobre el hombro, como un pintor que transporta lienzos a un estudio lejano. Elizabeth llegó sola, con una bolsa de tela que contenía una botella de agua, una libreta y algo más que no enseñó.

El centro cultural estaba abierto. La empleada que había recibido el formulario de Elizabeth apareció brevemente en la puerta del edificio, miró hacia el jardín con la atención neutra de quien verifica que un trámite se cumple, y desapareció. No preguntó si necesitaban algo. La institución había hecho lo que las instituciones hacen: ceder un espacio y lavarse las manos del sentido.

Montaron la tela sobre la pared con cuerdas que William había traído y con unos clavos finos que el jardinero, que apareció a las cinco sin que nadie le hubiera llamado, clavó con una destreza que delataba oficio. El jardinero no habló más de lo necesario. Trabajaba con la concentración de quien ha encontrado

en la acción manual una forma de estar presente sin tener que explicar por qué está allí.

La tela quedó extendida sobre la pared como una segunda piel. No cubría toda la superficie, sino una porción central, lo bastante amplia para que los nombres tuvieran sitio y no tan extensa que pareciera un mural. Los bordes de la tela quedaron sueltos, sin tensar del todo, de modo que el viento de la tarde, cuando llegara, los movería levemente. Ese movimiento era intencional. William lo había pedido sin que nadie discutiera: que los nombres no parecieran fijos, sino sostenidos.

A las cinco y media, Sarah escribió el primero.

Lo hizo de pie, con el rotulador negro en la mano, la tela a la altura de los ojos. Escribió despacio, con una letra que no era la suya habitual sino una versión más cuidada, como si la mano supiera que estaba haciendo algo que el resto del cuerpo tendría que sostener.

Carmen.

No escribió más. Dejó el rotulador sobre la mesa y se apartó un paso. El nombre estaba allí, sobre la tela, sobre la pared, en un jardín donde antes había habido una fábrica donde Carmen había trabajado y desde donde había desaparecido. No era una inscripción. Era una presencia. Algo que pesaba menos que una placa y que, por eso mismo, era más difícil de ignorar.

James se acercó. Tomó el rotulador marrón, el que nadie sabía si se usaría, y escribió:

Pepa algo.

Sarah lo miró. Él se encogió de hombros.

—Así la recordó Pilar. Así la escribimos.

Elizabeth escribió después, con una letra pequeña y precisa, la de quien ha pasado la vida entre documentos y ha aprendido que la caligrafía es una forma de respeto:

Rosario Méndez.

William no escribió ningún nombre. Se quedó de pie, un paso atrás, con las manos en los bolsillos, mirando los tres nombres sobre la tela como quien contempla algo que no ha hecho pero que lo ha hecho a él. Después de un momento, sacó el teléfono. Abrió las notas donde había copiado la frase del jardinero: *No hace falta no pedirle que venga.* La leyó una vez más, en silencio, y guardó el teléfono.

La gente empezó a llegar a las seis.

No llegó de golpe sino como llegan las cosas que se han transmitido de boca en boca: en grupos pequeños, con vacilaciones, con la expresión de quien no sabe bien si está en el sitio correcto. Una pareja mayor que se sentó en los bancos del fondo sin acercarse a la tela. Una mujer de unos cincuenta años que llevaba una flor en la mano y que la depositó sobre la hierba, al pie de la pared, sin decir nada. Un hombre joven con una mochila que se quedó de pie junto a la entrada, como si evaluara si el lugar correspondía a lo que le habían descrito.

El jardinero estaba sentado en su banco, el de siempre, el de las conversaciones con William. No se había movido de allí desde que llegó. Su madre no estaba. William no preguntó. La frase se cumplía: no hacía falta no pedirle que venga.

A las seis y media, Pilar cruzó la entrada del jardín. Sarah la vio primero. O más bien, sintió que estaba antes de verla, porque algo en el aire del jardín cambió, una alteración mínima que solo quien había pasado meses aprendiendo los ritmos de Pilar podía percibir. Pilar llevaba un vestido azul, no por elegancia sino porque era el que se ponía cuando algo requería que estuviera presentable. Caminaba despacio, no por fragilidad sino por una decisión que se notaba en cada paso: la de no entrar en un sitio como quien se precipita.

No se acercó a la tela de inmediato. Fue hacia los bancos. Se sentó. Miró el jardín, la gente, la pared, los nombres que ya estaban escritos. Su cara no mostraba emoción visible. Mostraba algo más difícil de nombrar: la concentración de quien está decidiendo, en tiempo real, cuánto de sí misma va a entregar a un momento que no se va a repetir.

James se acercó. No para hablarle, sino para sentarse en el banco contiguo, a la distancia que Pilar había enseñado a todos a respetar.

—Gracias por venir —dijo.

Pilar no respondió enseguida. Miró la pared.

—Habéis puesto a Carmen la primera.

—Sí.

—Ella no habría querido.

—Lo sé.

Pilar asintió. No con tristeza sino con algo que se parecía a la confirmación de una intuición. Como si haber sabido que Carmen no habría querido fuera, de algún modo, una forma de seguir siendo fiel a quien Carmen era.

—Pero está bien que esté —dijo al fin—. No por ella. Por los que vengan y vean que alguien fue la primera.

Sarah, que estaba cerca, escuchó. No intervino. Entendió que la conversación entre Pilar y James era de un tipo que no la incluía y que esa exclusión era correcta, era la forma de respeto que la situación pedía.

A las siete, la luz del atardecer cambió. El sol, al bajar, dejó de golpear la pared de frente y empezó a llegar de lado, dorando la tela cruda de un modo que la volvía más visible sin hacerla más brillante. Los nombres se leyeron mejor, como si la luz hubiera decidido colaborar.

La gente se acercaba a la tela por turnos. Algunos leían los nombres en silencio. Otros tomaban el rotulador y

escribían. Un hombre escribió *Antonia* y al lado, en letra más pequeña, *pero quizá Anita*. Una mujer escribió *mi madre, que no quiere que ponga su nombre aquí pero que me mandó que viniera*. Un joven que no habló con nadie escribió, con una letra temblorosa, un nombre que nadie reconoció y que no importaba que nadie reconociera.

La tela se fue llenando con una lentitud que no era falta de gente sino exceso de cuidado. Cada persona que se acercaba a escribir tardaba un tiempo que no se medía en minutos sino en la cantidad de vacilación que el acto requería. Escribir un nombre sobre una tela, en un jardín público, al lado de otros nombres que no se conocen, es un acto que parece simple y que en realidad contiene una decisión moral entera: la decisión de sacar algo de lo privado y exponerlo, de dar forma pública a lo que se ha guardado en la boca o en la memoria sin soporte.

No hubo micrófono. Lo habían discutido durante días y al final decidieron que cualquier amplificación convertiría el acto en discurso. Lo que necesitaban no era que se oyera sino que se escribiera y se mirara. Tampoco hubo música. William había propuesto al principio algo mínimo, una grabación antigua de canciones de fábrica, pero Elizabeth lo rechazó con una frase que cerró el debate: *La música le pondría banda sonora a algo que no debe tener banda sonora.* Todos entendieron. La música ordena el sentimiento. Y lo que querían era que el sentimiento no se ordenara, que cada quien llegara al borde de la tela con su propia desarmonía.

Hubo comida, sí. En una mesa pequeña, sin mantel, con pan, queso, fruta, agua. La comida no funcionó como sociabilidad sino como excusa. Personas que no se habrían acercado a la tela directamente se acercaron primero a la mesa, cogieron un trozo de pan,

y desde allí, masticando, miraron los nombres. Algunos se quedaron en la mesa toda la tarde. También eso era estar presente.
El momento que ninguno pudo haber preparado llegó a las ocho menos cuarto.
Una mujer que nadie conocía se acercó a la tela. Llevaba un vestido oscuro, simple, y un pañuelo en la mano que retorcía con la fuerza de quien está conteniendo algo. No cogió el rotulador. Se quedó de pie, mirando los nombres, durante un tiempo que a James le pareció larguísimo pero que en realidad no superó los dos minutos.
Después, sin decir nada, sacó de un bolsillo una fotografía. Era una foto pequeña, de bordes blancos, de esas que se hacían en máquinas de tren y de plaza. La sostuvo contra la tela, en un espacio vacío entre dos nombres, y la pegó con un trozo de cinta adhesiva que llevaba en el mismo bolsillo.
No dijo nada. Se dio la vuelta y se fue.
Sarah, que estaba cerca, se acercó a la tela. La foto mostraba a una mujer joven, de pelo oscuro recogido, con un uniforme que no se distinguía bien pero que tenía el color apagado de los uniformes de trabajo. La mujer de la foto no sonreía. No estaba triste tampoco. Tenía la expresión de quien posa para un documento sin saber que un día ese documento será lo único que quede.
Elizabeth llegó al lado de Sarah.
—No la toques —dijo en voz baja.
—No.
—Déjala ahí. Es lo único que ella podía hacer.
Sarah comprendió. La mujer no había escrito un nombre porque quizá el nombre que conocía no era el correcto, o porque escribirlo hubiera sido confirmar algo que no estaba segura de poder confirmar. Había

traído lo que tenía: una imagen, un rostro, una prueba de que alguien había existido y había estado allí.
La fotografía sobre la tela cambió algo que ninguno había previsto. A partir de ese momento, otras personas empezaron a traer cosas. No muchas. Tres o cuatro. Un papelito doblado con una fecha. Un nombre escrito en una libreta que alguien arrancó y clavó en la tela con una aguja. Una mujer mayor que no se acercó a escribir pero que dejó sobre la hierba, al pie de la pared, un par de zapatos viejos de tacón bajo, de esos que se usaban para trabajar de pie.
Los zapatos quedaron allí, sobre el césped, bajo los nombres, y nadie los movió. Eran un gesto que no necesitaba explicación. Eran la presencia material de alguien que ya no estaba y que había dejado en el suelo la huella de su paso.
A las ocho y media, Pilar se levantó del banco. Caminó hacia la tela. James y Sarah, que estaban hablando con un grupo de personas a unos metros, la vieron acercarse y callaron. No la siguieron. No la acompañaron. La dejaron ir sola, porque ir sola era lo que Pilar necesitaba.
Se paró frente a la tela. Miró los nombres. Su labio inferior tembló una sola vez, un movimiento breve que controló de inmediato, como quien cierra una puerta que se ha abierto por el viento.
No cogió el rotulador. Pilar no iba a escribir un nombre. Pilar iba a hacer algo que ninguno de ellos había imaginado y que, cuando lo hizo, tuvo la densidad de las cosas que no se pueden preparar.
Se volvió hacia la gente que estaba cerca. No buscó la atención. No pidió silencio. Simplemente habló, con la voz de alguien que ha decidido que ya es hora.
—Yo trabajé en esa fábrica —dijo—. Entré con quince años. Salí con diecinueve. No quiero contar qué pasó

allí porque ya no estoy segura de poder contarlo sin que se convierta en algo que no fue.
Hizo una pausa. La gente que estaba en el jardín se fue acercando, no en círculo sino en una dispersión que respetaba la distancia.
—Vine porque me dijeron que iba a haber nombres. Y los hay. Algunos son de personas que conocí. Otros no sé de quién son. Pero todos están aquí como estuvimos allí: juntos sin saberlo, sin habernos elegido, porque alguien nos puso en el mismo sitio.
Miró la tela.
—Carmen era mi hermana —dijo—, pero no todo lo que pasó allí le pasó a Carmen. Y no todo lo que yo recuerdo le pertenece a ella.
Nadie respondió. La tela, movida apenas por el aire de la tarde, parecía escuchar también. Los nombres escritos a mano habían dejado de ser una lista. Eran ya otra cosa: un campo desigual de presencias, una superficie donde cada palabra arrastraba una vida incompleta y, al mismo tiempo, suficiente.
Pilar miró un momento hacia los bancos del fondo, hacia la mesa con el pan y la fruta, hacia la puerta por la que seguía entrando gente con esa prudencia de quien no sabe si llega tarde a algo o justo a tiempo. Luego volvió a mirar la pared.
—Durante años pensé que si hablaba, iba a traicionarla. Que poner en palabras ciertas cosas las volvería pequeñas. O peor: útiles para otros. He tardado en entender que callarlas también las dejaba en manos ajenas.
James bajó la vista. Sarah sintió que el cuerpo entero se le tensaba, no por miedo sino por atención. Elizabeth permaneció quieta, con esa inmovilidad suya que no era frialdad sino disciplina. William dio un paso hacia un lado para dejar libre el espacio, como si

incluso entonces entendiera que había momentos en los que la mejor forma de estar era no ocupar el centro.
—No vengo a explicar nada —continuó Pilar—. Ni a cerrar ninguna historia. Las historias no se cierran porque una tarde alguien encuentre el tono correcto. Vengo a decir una cosa más sencilla. Estuvimos aquí. Trabajamos aquí. Nos cansamos aquí. Algunas aprendimos a ser adultas aquí antes de tiempo. Y hubo personas a las que después nadie nombró.
La última frase cayó con una claridad que nadie necesitó interpretar.
Una mujer mayor, la misma que había dejado los zapatos sobre la hierba, se secó la cara con el dorso de la mano. El joven de la mochila se acercó por primera vez a la tela. La pareja que había permanecido en el fondo se puso en pie, no para irse sino para oír mejor.
Pilar alargó la mano, no hacia el rotulador, sino hacia la fotografía pegada entre dos nombres. No la tocó. La señaló apenas.
—A veces queda esto —dijo—. Una foto. Un apellido a medias. Una manera de andar. Una frase que una repite y no sabe ya si la oyó de verdad o si la ha inventado para no perder del todo a quien la decía.
Sarah pensó en la libreta. En todas las frases anotadas durante aquellos meses. En la tentación de creer que registrar era lo mismo que comprender. De pronto vio con nitidez que no. Registrar era apenas un modo de no apartar la cara.
—Si habéis hecho esto —dijo Pilar, mirando ahora a la tela entera y no a ninguno de ellos en particular—, hacedme un favor. No intentéis terminarlo.
Aquello produjo un silencio distinto, más hondo. James fue el primero en entenderlo, quizá porque llevaba semanas bordeando esa misma idea sin saber nombrarla.

—¿Cómo? —preguntó, no como objeción sino como quien pide que una frase importante no se pierda.
Pilar se volvió lo justo hacia él.
—No lo convirtáis en algo limpio. No salgáis de aquí pensando que ya está. No lo archivéis demasiado deprisa. No le busquéis una forma definitiva. Si hacéis eso, os quedará una versión correcta y muerta.
Elizabeth cerró la libreta que llevaba bajo el brazo. No había tomado notas. No iba a tomarlas. Algunas frases, entendió, solo podían guardarse si antes aceptaban no pertenecer a nadie.
El jardinero, desde su banco, asintió una vez. No se sabía si lo hacía por acuerdo o por reconocimiento, como si hubiera oído en otras palabras algo que él llevaba tiempo sabiendo.
Después de eso no hubo aplausos. La ausencia de aplauso no fue una carencia sino una forma de inteligencia compartida. Aplaudir habría ordenado el momento, le habría dado un borde reconocible. Y lo que estaba ocurriendo allí no tenía borde. Era más parecido a una apertura.
Pilar se apartó de la tela y regresó al banco. No parecía aliviada. Tampoco vencida. Parecía, por primera vez desde que la conocían, exactamente presente.
La tarde siguió.
Siguió con una lentitud nueva, como si las agujas del reloj hubieran dejado de mandar en el jardín y el tiempo dependiera ahora de otras cosas: de cuánto tarda una persona en decidir si escribe un nombre, de cuánto tarda otra en acercarse a una fotografía, de cuánto tarda una memoria en aceptar que puede aparecer sin quedarse fijada para siempre.
Un hombre que había permanecido casi una hora junto a la entrada terminó acercándose a William. Tendría unos cuarenta años, quizá menos. Llevaba una camisa clara empapada en la espalda por el calor.

—Mi madre no vino —dijo—. Me pidió que viniera yo.
William asintió sin pedir explicaciones.
—Dice que aquí trabajó una mujer a la que siempre llamaron Nati, pero que en casa no era Nati. Era Encarnación. Que nadie la llamaba así en la fábrica porque parecía nombre de persona mayor, y ella entonces tenía diecisiete.
William le tendió un rotulador.
—Escribe lo que tu madre quiera que quede.
El hombre dudó.
—No sé si poner uno o los dos.
—Pon la duda también, si hace falta.
El hombre sonrió con una tristeza breve, se acercó a la tela y escribió:
Nati / Encarnación
Cuando se apartó, miró el nombre como si acabara de devolverle algo a alguien y no supiera todavía si el gesto había sido suficiente.
Cerca de la mesa, Sarah ayudaba a una mujer a sostener un vaso de agua mientras esta buscaba en el bolso un papel doblado muchas veces. Al abrirlo apareció una letra antigua, inclinada, hecha con tinta azul ya desvaída. No era una carta entera, solo un fragmento arrancado: "...si salgo tarde no me esperes despierta". La mujer explicó que no sabía de quién era la letra, solo que aquel papel llevaba décadas guardado en una caja de botones de su madre.
—No sé si tiene sentido traer esto —dijo.
Sarah miró el papel sin tocarlo.
—Lo tiene para usted.
La mujer asintió y volvió a doblarlo, pero esta vez no lo guardó. Lo dejó bajo la fotografía, sujeto por una piedra pequeña que recogió de la base del muro.
La tela seguía llenándose. No de forma homogénea ni armónica. Había huecos grandes, zonas casi vacías, acumulaciones inesperadas en los márgenes. Algunos

nombres estaban escritos con firmeza; otros parecían borrarse en el mismo gesto con que habían sido trazados. Había apellidos completos y nombres sin apellido. Había un "Maruja?" con signo de interrogación. Había un "la Sevillana" escrito por alguien que probablemente nunca supo otro modo de recordar. Había también silencios, y esos silencios ocupaban sitio.

James pasó buena parte de la tarde sin escribir nada más. Iba de un extremo a otro del jardín, comprobaba que quedara agua, recolocaba una silla, recogía un tapón caído, tareas pequeñas con las que el cuerpo se protege cuando no sabe dónde poner lo que siente. De vez en cuando se detenía frente a la tela y leía. No todos los nombres: solo algunos, como si al elegirlos pudiera sostener mejor su peso.

Poco antes de que anocheciera, Elizabeth se acercó a él.

—Esto no se puede documentar del todo —dijo.

James soltó una risa breve, sin humor.

—No.

—Y eso te inquieta.

—Sí.

Elizabeth miró la pared.

—A mí también. Pero quizá ahí está la única verdad que podemos defender.

James tardó en responder.

—Pensé que el problema era no saber suficiente.

—Y ahora sabes que no. El problema es creer que saber suficiente autoriza a cerrar.

Él la miró. Elizabeth tenía el rostro cansado, pero en sus ojos había una serenidad nueva, menos rígida que al comienzo de todo. Como si el proceso no la hubiera convencido de nada, pero sí le hubiera enseñado a no exigirle a los hechos una obediencia que los hechos nunca prometen.

—¿Entonces qué queda? —preguntó.
Elizabeth observó la tela, la foto, los zapatos, el papel sostenido por la piedra.
—Queda esto. Una forma de cuidado que no coincide con la prueba.
Cuando cayó la noche, encendieron las luces del jardín. No eran bonitas. Eran tubos y faroles funcionales, de una luz algo ingrata, demasiado blanca en unos puntos y demasiado amarilla en otros. Sin embargo, al tocar la tela produjeron un efecto inesperado: los nombres parecieron acercarse. La imperfección de la caligrafía se volvió más visible. Ya no eran palabras vistas a distancia sino trazos hechos por manos concretas, en momentos concretos de vacilación o de firmeza.
La gente empezó a marcharse sin despedidas generales. Cada cual encontraba su momento y salía por la puerta de hierro con la naturalidad con que se sale de un lugar donde ha ocurrido algo que no pertenece del todo a nadie. Algunos tocaron el hombro de Sarah o de William al pasar. Otros inclinaron la cabeza hacia Pilar. Otros se fueron sin gesto alguno. No hacía falta ceremonial.
La mujer del vestido oscuro no regresó. La fotografía se quedó.
El jardinero fue de los últimos en levantarse de su banco. Se acercó a la tela cuando ya quedaban pocas personas y leyó los nombres de arriba abajo, despacio, como si revisara una hilera de plantas recién puestas en tierra.
—No está mal —dijo al final.
James, que estaba a su lado, sonrió apenas.
—¿No?
—No. Está sin acabar. Eso es mejor.
Después se marchó con las manos a la espalda, sin esperar respuesta.

Quedaron al final los cinco: Pilar, Sarah, James, Elizabeth y William. El calor del día se había retirado por fin y en el jardín empezaba a sentirse ese cansancio amable de las noches de verano cuando ya no se espera nada más y, precisamente por eso, todavía puede suceder algo pequeño.

Nadie propuso recoger enseguida.

Pilar se acercó por última vez a la tela. Miró el nombre de Carmen, el de Pepa algo, el de Rosario Méndez, los añadidos de las últimas horas, la fotografía, el papel, la piedra, los zapatos bajo el muro. Luego dijo:

—Mañana vendré sola.

Sarah entendió que aquello no excluía a nadie. Nombraba una necesidad.

—Bien —respondió.

Pilar la miró con una gratitud discreta. No por el permiso, que no necesitaba, sino por la comprensión. William, que había pasado buena parte del día sintiendo que las cosas ocurrían un poco fuera de él y un poco a través de él, sintió entonces algo cercano al descanso. No porque todo hubiera salido bien. Salir bien era una categoría demasiado pobre para lo que había sucedido. Descansaba porque por fin veía que el acto no pedía conclusión, solo continuidad en la memoria de quienes habían estado.

Elizabeth fue la primera en recoger un vaso vacío de la mesa. Después otro. Sarah dobló con cuidado el papel pardo en el que habían traído las telas. James cerró la caja de los rotuladores, aunque dejó uno aparte por si alguien, al irse, aún necesitaba volver a escribir. Pilar permaneció frente al muro un poco más. No tocó nada.

Esa noche, cuando por fin se marcharon, la tela se quedó colgada. El centro cultural había aceptado dejarla hasta el lunes. La pared, bajo la luz fija del jardín, parecía distinta a como había sido por la tarde. Ya no era solo soporte. Era testigo de un testimonio

incompleto, que acaso era la única forma decente de testimonio.

Sarah apenas durmió. En la madrugada abrió la libreta y leyó lo anotado durante semanas. Muchas frases le parecieron de pronto insuficientes. Otras, en cambio, se le revelaron con una precisión que no había entendido cuando las escribió. Subrayó una: **No de Carmen sino mías**. Más abajo añadió otra, nacida de la tarde: **No terminarlo también es cuidar**.

A la mañana siguiente, Pilar volvió sola, como había dicho.

El jardín estaba vacío. La tela seguía allí, moviéndose apenas en el aire más fresco de primera hora. La fotografía continuaba pegada en su sitio. Los zapatos seguían sobre la hierba, oscuros por el relente de la noche. Pilar se sentó primero en el banco y miró mucho tiempo sin levantarse. Luego caminó hasta la pared.

No iba a añadir un nombre. Tampoco a retirar nada. Había llevado en el bolso una pequeña caja de lata. La abrió. Dentro había una hebilla de pelo, vieja, con el esmalte saltado en una esquina. La sostuvo en la palma unos segundos y después la dejó en el suelo, junto a los zapatos.

No dijo nada. No era un mensaje. Era una compañía. Permaneció allí un rato más y luego se fue.

El lunes, cuando desmontaron la tela, lo hicieron sin ceremonia. William desató las cuerdas. James sostuvo el peso para que no arrastrara por el suelo. Sarah retiró la fotografía con la misma delicadeza con la que se despega una costra que no conviene arrancar de golpe. Elizabeth guardó los papeles en una carpeta sin clasificarlos todavía. Los zapatos y la hebilla quedaron aparte, no como objetos a exponer, sino como cosas

cuya custodia exigía antes una pregunta que aún no sabían formular.
No discutieron en ese momento qué hacer con todo. Era pronto. Habían aprendido algo, y ese aprendizaje, más que cualquier resultado, era quizá el verdadero cierre posible: que la memoria no se administra como un archivo ni se escenifica sin resto; se acompaña.
Al salir del centro cultural, la pared volvió a ser solo una pared. Blanca, irregular, con su mancha de humedad en la esquina. Pero no del todo. Algo quedaba en ella, aunque no pudiera señalarse con el dedo. No un rastro visible. Más bien una alteración en la manera de mirarla.
Eso era también una forma de permanencia.

Epílogo

Los meses siguientes no trajeron una consecuencia única ni una resolución clara. Trajeron, como suele ocurrir después de los actos verdaderos, una serie de efectos menores, desordenados, difíciles de medir desde fuera y, sin embargo, decisivos para quienes los viven.
La tela no se convirtió en exposición.
Durante unas semanas permaneció enrollada en el estudio de Sarah, dentro de una funda improvisada con sábanas viejas para protegerla del polvo y de la tentación de desplegarla cada vez que surgía una visita, una duda o un deseo de comprobar que aquello había ocurrido de verdad. Sarah entendió pronto que mirar demasiado un objeto así también puede vaciarlo. Hay presencias que necesitan reposo.
Elizabeth comenzó a ordenar los materiales sin prisa. No elaboró un catálogo completo. Renunció pronto a la idea de construir una cronología limpia de la fábrica, de

sus trabajadoras, de los tránsitos entre nombres, apodos, turnos y desapariciones de la memoria pública. En su lugar abrió carpetas parciales, provisionales, con títulos que no fingían totalidad: "Nombres confirmados", "Nombres recordados de oídas", "Objetos sin contexto suficiente", "Frases repetidas por más de una persona". Aquella organización, más humilde, era también más honesta. No prometía una verdad final. Permitía, al menos, no confundir tipos distintos de certeza.

James volvió una vez al cuarto donde guardaban el carrete. No lo proyectó. Se limitó a tenerlo en la mano durante un rato, como si pesara algo distinto desde aquella tarde. Comprendió entonces que su valor no estaba en lo que pudiera revelar si se insistía lo bastante, sino en haber obligado a todos a preguntarse qué derecho tenían a convertir una imagen en prueba de una identidad. Lo devolvió a la caja y cerró la tapa con una calma que meses antes no habría conocido.

William siguió recibiendo mensajes durante un tiempo. Algunos eran concretos: un nombre, una fecha probable, el recuerdo de un comedor, una encargada con una cicatriz en la barbilla. Otros eran apenas tanteos, personas que escribían para decir que habían oído hablar de lo ocurrido en el jardín y que no sabían si lo suyo tenía relación, pero aun así querían dejar constancia. William contestó menos de lo que al principio habría creído necesario. Aprendió que responder siempre no equivalía a cuidar mejor. A veces bastaba con recibir.

Pilar cambió de un modo que no era visible para cualquiera.

No se volvió locuaz. No empezó de pronto a relatar el pasado. No acudió a reuniones ni se dejó convertir en fuente principal de nada. Pero dejó de esquivar ciertas frases. Si alguien nombraba la fábrica, ya no desviaba

la conversación con la rapidez de antes. Si Carmen aparecía en una sobremesa, ya no permitía que el nombre quedara suspendido como una pieza frágil que nadie sabe dónde apoyar. Decía alguna cosa breve. Una costumbre. Un gesto. Una queja que Carmen repetía al llegar a casa. Fragmentos mínimos. Suficientes.

Una tarde, varias semanas después, Sarah volvió a visitarla. Esta vez Pilar puso tres tazas sobre la mesa antes de que sonara el timbre de Elizabeth, que llegaba un poco más tarde. Ese gesto, pequeño para cualquiera, tenía en su idioma el peso de una decisión. La simultaneidad ya no era intolerable.

—He estado pensando —dijo Pilar mientras servía el café— que quizá lo importante no era recordar bien.

Sarah la miró, esperando.

—Quizá lo importante era dejar de recordar sola.

La frase quedó entre las tres con la densidad tranquila de las conclusiones que no se imponen. Elizabeth no la anotó. No hacía falta. Algunas frases encuentran su archivo en la respiración misma de quienes las oyen.

Con el tiempo, parte de los nombres recogidos aquella tarde encontraron confirmaciones parciales. Una sobrina trajo una partida de nacimiento. Un vecino reconoció en la fotografía a una prima de su madre. El "Pepa algo" de Pilar no dejó de ser "Pepa algo", pero alrededor de esa imprecisión empezaron a reunirse dos recuerdos más, luego tres, suficientes para que el hueco dejara de ser puro vacío y se volviera contorno.

No todo avanzó.

Hubo líneas de investigación que se agotaron. Personas que prometieron volver y no volvieron. Datos contradictorios. Un apellido atribuido a dos mujeres distintas. Un testimonio que se deshizo al contrastarlo con otro. También eso pasó a formar parte del trabajo. La frustración dejó de vivirse como fracaso y empezó a

entenderse como textura inevitable de cualquier memoria colectiva que llega tarde a sí misma.
El centro cultural siguió con su programación. Hubo talleres, conciertos pequeños, exposiciones escolares, cine de verano. El jardín volvió a llenarse de usos que no tenían relación con la fábrica ni con los nombres. Sin embargo, para quienes habían estado allí aquel sábado, el lugar ya no era inocente. Había adquirido una segunda capa, invisible para la mayoría y nítida para unos pocos. No era un santuario. Era algo más exigente: un espacio común tocado por una verdad sin monumento.
Pasó el verano. Después el otoño.
Una mañana de noviembre, William encontró en su buzón un sobre sin remite. Dentro había una nota con letra irregular: **Gracias por no pedir pruebas**. No había firma. Tampoco hacía falta. Guardó la nota entre las páginas de un libro y durante varios días no se la enseñó a nadie. No por secreto, sino porque algunas gratitudes, cuando son verdaderas, necesitan antes alojarse en silencio.
Cuando por fin se la llevó a Sarah, a James y a Elizabeth, ninguno dijo gran cosa. Leyeron la frase. Se miraron. Luego Sarah sonrió con cansancio y alivio, dos emociones que a esas alturas ya no sabía separar del todo.
—Eso era —dijo James.
Nadie necesitó preguntar a qué se refería.
A finales de año desplegaron de nuevo la tela, esta vez en una sala cerrada y sin público. Solo ellos cuatro y Pilar, que había aceptado ir con la condición de que no hubiera más nadie. La extendieron sobre unas mesas juntas. Los nombres, vistos en horizontal y a plena luz, parecían distintos a como habían sido en la pared. Menos solemnes, quizá. Más vulnerables. La fotografía

mostraba una pequeña curvatura en una esquina. El papel doblado conservaba la marca de la piedra. Había manchas mínimas de humedad en el borde inferior, traídas de la noche en el jardín.

Pilar pasó la mano por encima de la tela sin llegar a tocarla.

—Ahora sí parece lo que era —dijo.

—¿Qué era? —preguntó Sarah.

Pilar tardó un poco en contestar.

—Algo hecho por personas. No por la historia.

Era una distinción decisiva. Durante meses habían luchado, sin decirlo del todo, contra la tentación de entregar lo vivido a una abstracción más noble y más falsa: la Historia, la Memoria, el Archivo. Pilar les devolvía la escala justa. Lo que habían hecho no arreglaba el pasado ni ordenaba su sentido. Había sido, sencillamente y de manera nada simple, una acción humana ante la persistencia humana de una ausencia.

Después volvieron a enrollar la tela.

No decidieron aún su destino final. Quizá entraría algún día en una colección vecinal. Quizá permanecería bajo custodia privada hasta que apareciera una forma más responsable de compartirla. Quizá no habría una sola solución. La incertidumbre ya no los humillaba. Habían aprendido a convivir con ella sin convertirla en excusa.

Si algo cambió de manera duradera fue la relación entre ellos.

No se hicieron imprescindibles unos para otros. No se prometieron lealtades enfáticas ni confundieron el trabajo compartido con una intimidad automática. Pero quedó una forma de reconocimiento difícil de sustituir: la de quienes han asistido juntos a una verdad parcial y no han intentado forzarla para que parezca completa.

Se llamaban menos que antes y, al mismo tiempo, sabían mejor cuándo una llamada era necesaria.

Sarah siguió escribiendo. No un libro todavía. No un informe cerrado. Escribía notas, escenas, dudas, descripciones de gestos que se negaba a convertir demasiado pronto en símbolo. Había entendido que narrar también puede ser una forma de violencia si no acepta sus límites. Y, sin embargo, renunciar del todo a narrar habría sido otra forma de abandono. Se movía en esa tensión con una disciplina nueva.

Una de sus últimas anotaciones de aquel año decía:

Hay pasados que no piden ser resueltos, sino acompañados hasta que dejen de estar solos.

No sabía aún si esa frase era suya. Quizá la había oído en algún matiz de Pilar, en alguna cautela de Elizabeth, en alguna negativa de James, en algún silencio de William, en la obstinación muda del jardinero, en la mujer que dejó la fotografía, en la anciana que dejó los zapatos. Tal vez pertenecía a todos un poco. Tal vez por eso era verdadera.

Y acaso ahí residía, al final, la única forma de justicia que les había sido posible alcanzar.

No en reconstruir por entero lo perdido.

No en decir por fin esto fue así.

No en arrancarle al pasado una confesión imposible.

Sino en hacerle sitio, entre varios, a lo que aún seguía llamando desde él.